



Aharon  
Appelfeld  
Katerina

Lectulandia

Appelfeld recrea de nuevo en *Katerina* ese momento histórico que se ha convertido en su particular territorio literario: los años de entreguerras, la génesis del odio antisemita que se extendió por los pueblos permitiendo que sucediera el Holocausto mientras los vecinos miraban para otra parte. A través de la historia de *Katerina*, una campesina ucraniana que entra como criada en una casa judía, Appelfeld retrata al europeo medio de entonces: inculto, hondamente prejuicioso y necesitado de encontrar a un culpable genérico para su situación de pobreza y temor. Y nos narra el nacimiento de una tragedia al tiempo que la historia de una redención, la que viene del respeto, el conocimiento y el amor.

**Lectulandia**

Aharon Appelfeld

**Katerina**

ePub r1.2

Titivillus 08.01.15

Título original: *Katerina*  
Aharon Appelfeld, 1989  
Traducción: Luis Álvarez Mayo  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
Corrección de erratas: El 13-11-14  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

Me llamo Katerina y pronto cumpliré ochenta años. Pasada la Semana Santa, volví a mi aldea natal, a la granja de mi padre, pequeña y ruinoso, en la que no queda en pie construcción alguna excepto esta cabaña en la que vivo. Pero tiene una ventana, abierta de par en par, que deja entrar todo el ancho mundo. Mis ojos, a decir verdad, ya no son lo que eran, pero aún late en ellos el deseo de ver. A mediodía, cuando más potente es la luz, frente a mí se extiende un paisaje abierto que llega hasta los márgenes del Prut, que en esta época tiene el agua de color azul y vibra esplendoroso.

Dejé atrás este lugar hace más de sesenta años —hace sesenta y tres años, para ser exactos—, pero no ha cambiado mucho. La vegetación, esa verde eternidad que envuelve estos montes, conserva su verdor. Si los ojos no me engañan, está todavía más verde. Algunos árboles de mi lejana infancia siguen en pie, con hojas brotando, y las colinas tienen aún ese movimiento encantador, como de olas. Todo sigue en su sitio, menos la gente. Se han ido todos, y ya no están.

Por la mañana temprano, aparto las envolturas que oscurecen los largos años y los examino, observándolos en silencio, cara a cara, como dicen las Escrituras.

Las noches de verano en esta época son largas y espléndidas; en el lago se reflejan no solo los robles, sino hasta los humildes juncos que se nutren de sus aguas claras. Siempre me ha gustado este lago humilde, pero especialmente durante esas brillantes noches de verano, cuando se difumina la línea que separa tierra y cielo y todo el cosmos queda bañado de luz celestial. Los años que pasé en tierra extraña me distanciaron de estas maravillas y me las borraron de la memoria, pero parece que no del corazón.

Ahora sé que esta luz es lo que me hizo volver. ¡Qué pureza, Dios mío! A veces siento el deseo de extender la mano y tocar la brisa que viene a mi encuentro por el camino, porque en esta época es suave como la seda.

Cuesta dormir en estas brillantes noches de verano; a veces me parece que es pecado dormir en medio de tanto brillo. Ahora entiendo lo que dicen las Sagradas Escrituras: «Él, que extiende los cielos como un tenue velo»<sup>[1]</sup>. La palabra *velo* siempre me sonaba rara, lejana; ahora veo ese velo.

Caminar me resulta muy difícil. Si no tuviera mi ancha ventana, abierta de par en par, que me saca de aquí y me vuelve a traer adentro, estaría encerrada como en la cárcel, pero esta abertura me concede la gracia de dejarme salir con facilidad y vagar por los prados como cuando era joven. A última hora de la tarde, cuando la luz va muriendo en el horizonte, vuelvo a mi jaula, saciada mi hambre y aplacada mi sed, y cierro los ojos. Entonces me encuentro con otros rostros, unos rostros que veo por primera vez.

Los domingos, reúno todas mis fuerzas y bajo hasta la capilla. La distancia entre

la capilla y mi cabaña no es grande, un cuarto de hora a pie. De joven, yo salvaba esa distancia de un salto. En aquella época toda mi vida era como una única bocanada de aire, pero hoy, aunque cada paso me duele, ese paseo aún me resulta precioso. Las piedras me despiertan el recuerdo, más bien el recuerdo anterior al recuerdo, y veo no solo a mi madre que en paz descansa, sino a todos los que alguna vez anduvieron por este camino, todos los que cayeron de rodillas, lloraron y rezaron. No sé por qué, ahora me parece que siempre llevaban abrigo de pieles. Será por un campesino anónimo que una vez vino aquí en secreto, rezó, y luego se quitó la vida. Sus gritos me perforaron las sienes.

La capilla es antigua y desvencijada, aunque tiene encanto en su sencillez. Los puntales de madera que instaló mi padre todavía la sostienen. Mi padre no era muy mirado con el culto, pero creía que era su obligación cuidar de nuestro pequeño santuario. Recuerdo, aunque como en penumbra, las vigas que trajo a hombros, gruesos troncos, y cómo los clavó en la tierra con un enorme mazo de madera. Por entonces mi padre me parecía un gigante, y su trabajo era el trabajo de los gigantes. Y esas vigas, aunque ahora están podridas, siguen bien arraigadas al suelo. Los objetos inanimados tienen larga vida; solo el hombre es arrancado antes de tiempo.

¿Quién iba a pensar que yo volvería? Yo había borrado este primer seno familiar de mi memoria como un animal, pero la memoria de una persona es más fuerte que ella misma. Lo que el deseo no hace, se hace por necesidad, y la necesidad llega a ser, al cabo, deseo. No lamento haber vuelto. Al parecer, estaba de Dios.

En el banco que hay a la entrada de la ermita me quedo sentada una o dos horas. Aquí el silencio es muy grande, quizá gracias al valle que rodea el lugar. Cuando era pequeña correteaba detrás de las vacas y las cabras por estos senderos. Qué ciega y maravillosa era entonces mi vida. Yo era como uno de esos animales a los que guiaba, fuerte como ellos, y como ellos muda. De esos años no queda visible rastro alguno, solo yo, los años que se han ido acumulando en mí, y mi vejez.

La vejez le acerca a uno a sí mismo y a los muertos. Los muertos bienamados nos acercan a Dios.

En este valle oí una voz que me hablaba desde las alturas por primera vez; de hecho, fue en una de las laderas más bajas de este mismo valle, donde se abre y se expande en una pradera llana. La recuerdo con gran claridad. Yo tenía siete años, y oí de repente una voz, que no era la de mi padre ni la de mi madre, una voz que me decía: «No tengas miedo, hija mía. Encontrarás la vaca que se ha perdido». Era una voz muy segura, tan calma que me quitó todo el miedo del corazón en un segundo. Me quedé sentada, sin moverme, mirando. La oscuridad era cada vez más densa. No se oía sonido alguno, y de repente la vaca salió de lo oscuro y vino hacia mí. Desde entonces, siempre que oigo la palabra *salvación* veo esa vaca parda que había perdido y que volvió a mí. Aquella voz se dirigió a mí solo una vez, nunca más. No se lo

conté a nadie; guardé el secreto en mi corazón y me regocijaba en él. Por aquella época yo tenía miedo de todo; de hecho, fui presa del miedo durante muchos años y solo me libré de él cuando llegué a cierta edad. Si hubiera rezado, las oraciones me habrían enseñado a no tener miedo. Pero mi destino se determinó de otra manera, si se puede decir así. Aprendí la lección años más tarde, inmersa en muchas experiencias.

Cuando era joven, no sentía inclinación alguna ni a la oración ni a las Sagradas Escrituras. Lo que decían las oraciones que recitaba me sonaba ajeno; iba a la iglesia solo porque mi madre me obligaba. A los doce años, tenía visiones obscenas en mitad de las plegarias, unas visiones que me oscurecían enormemente el espíritu. Un domingo tras otro fingía estar enferma y, por mucho que mi madre me pegara, no servía de nada. Tenía tanto miedo a la iglesia como al médico del pueblo.

Sin embargo, gracias a Dios, no me aparté del todo de los manantiales de la fe. En mi vida ha habido momentos en que me olvidé de mí misma, en los que caí a lo más bajo, en los que perdí hasta la imagen de Dios, pero, incluso en esas épocas, era capaz de ponerme de rodillas y rezar. Señor, recuerda esos momentos, porque muchos han sido mis pecados y solo Tú, en Tu inmensa misericordia, conoces el alma de Tu sierva.

Ahora, como dice el dicho, las aguas han vuelto a su cauce, el círculo se ha cerrado, y yo estoy aquí otra vez. Los días son largos y espléndidos, y paseo a placer. Mientras mi ventana esté abierta y mis ojos despiertos, la soledad no me pesa en el alma. Qué pena que a los muertos no se les permita hablar; tienen cosas que contar, estoy segura.

Una vez a la semana el ciego Jamilio me trae comestibles del pueblo. Yo ahora no necesito gran cosa: tres o cuatro tazas de té, pan y queso de granja. Aquí hay fruta de sobra; he probado ya las cerezas nuevas, vino puro.

Jamilio ya no es ningún jovencito, pero sus andares de ciego son firmes. Tantea el camino con su grueso bastón, y su bastón nunca le engaña. Cuando se inclina, me sorprende la fuerte curvatura de su espalda. Según me cuentan, cuando era joven las chicas se le pegaban como lapas, y no me sorprende porque fue muy guapo. Pero mira en lo que le han convertido los años. Primero se quedó sordo, luego perdió la vista y ahora de él solo quedan los restos. Cuando le veo acercarse a mi cabaña con mis provisiones auestas, no sé por qué le veo un aire cansino y sumiso, pero es solo una apariencia.

Cuando yo me fui del pueblo él era un recién nacido, pero he oído muchas habladurías sobre él, no siempre favorables. Después de años de soltería viviendo a salto de mata, se casó. La novia era rica y guapa, y aportó una dote considerable, pero no era fiel. Se dijo que era su castigo por tantas mujeres a las que él había engañado, pero también ella tuvo su pena por infiel: en mitad del campo sufrió el ataque de un

enjambre de avispones, que la mataron. Por una vez, pareció que el delito y el castigo se habían unido en este mundo, pero quién soy yo para juzgar ese misterioso equilibrio.

Todos los jueves, Jamilio viene a traerme mis provisiones; solo Dios sabe cómo se orienta para llegar. A mí me parece un ser de otro mundo; sin él, yacería en el polvo. «Gracias, Jamilio», le digo bien alto, aunque dudo de que pueda oírme. En cualquier caso, hace un gesto como apartando una idea. Cuando yo le dejo algo en la palma de la mano, golpea el suelo con su grueso bastón murmurando entre dientes y luego se va. Su ropa huele a hierba y a agua; da la impresión de que se pasa gran parte del día al aire libre.

«¿Cómo estás?», digo, y casi de inmediato caigo en lo estúpido de la pregunta. Él hace su tarea lenta y firmemente. Primero coloca los comestibles en la despensa y luego trae madera cortada y la deja cerca de la estufa, todo ello en silencio y a conciencia. Trabaja durante casi una hora, y en esa hora me deja la cabaña llena de aromas del campo, un perfume que se me queda flotando alrededor durante toda la semana.

Me encanta sentarme y seguirle con la mirada mientras se va a paso lento, en una lenta partida que a veces dura otra hora entera. Primero baja hasta la ermita, se postra de rodillas en la entrada y reza. A veces me da la impresión de que oigo su silencio. De repente, sale de su ensimismamiento, sin gestos bruscos, sin aspavientos, como si se diera la vuelta, se levanta y baja andando hasta el lago. Cerca del agua, se detiene en seco y se queda allí parado.

A veces creo que se demora allí para poder oler el aroma del agua. En esta época, el agua tiene fragancia; de hecho, Jamilio se aproxima al borde del agua y se inclina, pero no se queda allí mucho rato, enseguida baja hasta al sendero y los árboles se lo tragan.

Cuando desaparece en el bosque, vuelve a aparecer ante mí con una claridad diferente, robusto y atractivo, y empiezo a añorarlo. La oscuridad me hace olvidarme de él súbitamente, y solo el jueves por la mañana llega a mi nariz el olor del agua, me acuerdo y un estremecimiento expectante me recorre la espalda.

La mayoría de los días me siento en mi sillón, un sillón de madera bien mullido con cojines gruesos. Los años no lo han dañado: aún se compadece de los huesos de la gente. Aquí es donde mi madre se sentaba los domingos, con los ojos cerrados, con todo el cansancio de la semana grabado en el rostro, el pelo ralo y gris. Yo ahora tengo cuarenta años más que ella entonces. Han cambiado las tornas: la madre es joven y la hija vieja y así, al parecer, seguirán ya para siempre. Cuando los muertos vuelvan a la vida, seguramente se quedará impresionada: ¿es esta mi hija, Katerina? No obstante, cuando rezo por mí también rezo por ella: estoy segura de que nuestras madres nos protegen, de que, sin ellas y sin sus virtudes, los malvados ya habrían

acabado con nosotros hace tiempo.

Me paso gran parte del día sentada, observando. Ante mis ojos el lago centellea en su esplendor; en esta época su luz es intensa. Hubo un tiempo en que aquí bullía la vida, pero ahora solo queda silencio. Cuando estoy atenta al silencio, se levantan de los prados visiones lejanas y me llenan los ojos. Ayer tuve una visión muy clara: yo tenía tres años, estaba sentada en la hierba y nuestro perro pastor, Zimbi, me lamía los dedos. Padre estaba sentado bajo un árbol, emborrachándose lentamente con una botella de vodka, feliz y contento. Papá, le llamo yo, no sé por qué. Él está tan embebido en su botella que no me contesta. Yo rompo a llorar, pero mi llanto no le mueve de su sitio. Mi madre sale como una tormenta de la casa, y yo me callo de inmediato.

Mi madre, Dios bendiga su memoria, fue una mujer desafortunada y todos la temíamos, hasta mi padre, que era tan robusto. Ni las vacas se atrevían a llevarle la contraria. Recuerdo que una vez sometió a una vaca desbocada con sus propias manos. Sus manos, Dios me perdone, están impresas en mi cuerpo hasta hoy. Me pegaba por cualquier cosa, seria o fútil, furibundamente y sin piedad. Solo en Pascua dejaba de pegarme. En Pascua le cambiaba la cara, y los ojos se le llenaban de un recogimiento secreto, como un río cuyas aguas se remansaran. Durante la Pascua la luz de su rostro irradiaba por toda la casa, con una piedad que no parecía de este mundo.

Yo pasaba la Pascua sentada en algún escalón con Zimbi al lado. Atesoro el recuerdo de Zimbi con un grato calor. Era un perro grandote al que le gustaba la gente, los niños en especial. Si aún queda algo de calor en mi cuerpo, es el que absorbió del suyo, y aún noto su olor en las ventanas en la nariz. Cuando me fui de casa, aulló amargamente, como si supiera que nunca volvería a verle. Para mí aún está vivo, y lo están especialmente sus ladridos, unos ladridos apagados que me sonaban como un saludo amistoso. Mi alma se aferró a la suya, si se puede decir así. Desde que volví, oigo a veces sus gemidos, y añoro su cuerpo redondo y suave, su pelaje sedoso, y el olor del río que llevaba prendido en las patas.

Mi madre también quería a Zimbi, pero con un amor diferente, retenido, sin contacto. Pero ese ser mudo parecía sentir que aquella mujer infeliz le quería bien, y salía corriendo a su encuentro para saltarle encima con afecto. Zimbi sentía un miedo mortal hacia mi padre. A veces siento que estoy unida a mi madre que en paz descansa a través del cuerpo de Zimbi; nuestro amor por él nos unió en espíritu como una fuerza invisible. Solo Dios conoce los secretos del corazón, y solo Dios sabe lo que nos une, en la vida y en la muerte.

Nada más pasar la Pascua, la luz del rostro de mi madre se apagaba y volvía a nublarlo la ira. Yo era aún muy pequeña cuando oí decir: «Es una mujer muy desdichada, hay que tener compasión de ella. Sus hijos murieron en la tierna

infancia». Sin embargo, yo estaba convencida de que el ángel de la muerte no pasaría sobre mí. Cada noche rezaba para no morirme y, milagro de milagros, las oraciones tuvieron efecto, y mi vida se ha prolongado más allá del plazo que se concede a los hombres.

Mi madre murió muy joven. Veo su rostro con tanta claridad como el día en que nos dejó. Veo especialmente el impulso airado de sus largos brazos. Todavía hoy, tantos años después, la recuerdo con temor y temblor, como dicen las Escrituras. Cada vez que pienso en ella, la veo viniendo hacia mí furiosa. ¿Por qué, madre —le pregunto—, te enojas conmigo? Ya he recibido el castigo por mis pecados, y seré azotada por mis faltas en el reino de la verdad. Pero mi madre sigue con lo suyo; es muy joven, y seguirá siéndolo por toda la eternidad. Si hubiera vivido tantos años como yo, se le hubiera calmado la sangre; a mi edad, ya nadie se enoja.

A veces pienso que todavía nos guarda rencor a todos porque la enterramos en hielo. El cementerio estaba blanco e inhóspito, y los dos sepultureros tuvieron que abrir la tierra para su tumba con un hacha. La gente se quedó a cierta distancia de la sepultura, temblando. El cura despotricaba contra los enterradores por su pereza, por no haber preparado la tumba a tiempo, y les metía prisa susurrándoles unas palabras que sonaban a maldiciones.

Después, cuando ya estaba oscuro, las plegarias cayeron como granizo. Yo me envolví la cabeza con la pañoleta para no ver cómo bajaban el ataúd a la tumba con cuerdas, pero el frío me penetró en los huesos igualmente, y sigo sintiéndolo hasta hoy.

En cuanto mi madre murió, mi padre se sumió en la bebida. Dejó de atender la casa y la granja, vendió los manteles bordados, y hasta el baúl de la dote de mi madre. Entonces yo empecé a tenerle miedo, como si fuera un desconocido. Volvía a casa muy tarde, y caía de inmediato sobre la cama como muerto. Pasaba la mayor parte del día durmiendo y solo empezaba a moverse cuando se acercaba la puesta de sol, para dirigirse a la taberna sin demora.

Esa primavera ya no fue al campo. Me ignoraba como si yo no existiera. A veces blandía el puño hacia mí y me abofeteaba, distraídamente, como quien espanta una mosca. La muerte de mi madre le dio libertad para beber cuanto quisiera; a veces llegaba a casa con el ánimo alegre, como un joven loco.

Una noche se acercó a mí, Dios me perdone, y me habló con una voz que no era la suya: «¿Por qué no te acuestas con papá? Está la casa fría». Tenía los ojos vidriosos, y una especie de rojez lasciva le brillaba en ellos. Nunca me había hablado antes con esa voz. «Acostarse con papá no es malo», me dijo, otra vez con la voz que no era suya. Yo sentí en mi corazón que eso era pecado, pero no lo sabía con certeza. Me metí a gatas debajo de la mesa y no dije ni una palabra. Padre se agachó y dijo: «¿Por qué huyes de mí? Soy tu papá, no un desconocido». Entonces me agarró por

los hombros con sus manazas, me atrajo hacia él y me besó. Luego se puso en pie, hizo un gesto de desdén y cayó redondo en la cama, dormido. Después de eso, no volvió a mirarme.

## II

Pocos meses después de la muerte de mi madre, Padre trajo a casa a una nueva esposa; una mujer alta, grande, que nunca decía ni una palabra. Tenía personificada en la cara la montaña de la que venía: era una cara oprimida, como la de una bestia de carga. Padre le hablaba a gritos, como a una sorda.

—¿Qué haces? —me preguntaba la mujer, en tono amenazante.

—¿Yo? —y yo retrocedía, del miedo que me daba.

—Tienes que trabajar —decía—. No puedes sentarte sin hacer nada.

Yo pasaba gran parte del día al aire libre. Ya entonces sabía que esta vida iba a pasar y que entonces otra vida, diferente y muy lejana, emergería de esta. Veía a mi madre en sueños cada noche y, como siempre, estaba muy atareada con el trabajo doméstico, con las deudas y los animales enfermos. «¡Madre!». Yo quería tenerla cerca de mí, pero ella, como en vida, estaba enfadada con todo el mundo. Le contaba que Padre había traído a casa a una nueva esposa; parecía que alcanzaba a comprenderlo, pero hacía oídos sordos.

En el otoño, me fui de casa. «¿Adónde?», me preguntó mi padre.

—A trabajar.

—Ten cuidado, y no te apartes de la buena senda —me previno y, sin añadir ni una palabra más, desapareció de mi vida.

Mi padre era fuerte; no se atrevía a atacar a mi madre, pero he oído que golpeaba con saña a su segunda esposa. Me contaron que en los últimos años de su vida cambió mucho y empezó a ir a la iglesia los domingos.

Oigo a mi madre como un rumor bullente, pero veo a mi padre ante mí como negándose a abandonar este mundo. Una vez, en verano, hace muchos años, estaba mi padre apoyado en una larga horca y empezó a chasquear los labios en dirección a las vacas, como si estuviera tirando besos a unas mozas descaradas. Las vacas le miraban sonriendo, y eso le hizo gracia y siguió. Una extraña intimidad crecía entre él y las vacas.

Aquel verano, cuando yo estaba en tercer grado, oí de repente la voz de mi padre cuando yo salía para el colegio. «¿Adónde va?».

—Al colegio —respondió mi madre sin levantar la cabeza.

—¿Y qué falta le hace? Allí no aprenden nada.

—Tú no eres cura, y el cura nos ha mandado que enviemos a las niñas al colegio.

—Yo digo que no —dijo, como a propósito.

Pero mi madre no se alarmó, y le dijo:

—Hay un Dios en el cielo que es el rey y es el padre, y nos mandan obedecerle a Él, no a ti.

Madre era una mujer fuerte y valerosa. Ese coraje lo vi un invierno, cuando peleó

con un ladrón de caballos que tuvo que huir para que no lo matara. Pero no me legó ese valor, no sé por qué. Yo tenía miedo hasta de las sombras; por la noche, incluso los grillos me llenaban de inquietud.

Este lugar apartado no me procuraba felicidad alguna, pero mis primeros recuerdos siguen claros como el agua; las lluvias, por ejemplo, aquellas lluvias furiosas, las lluvias torrenciales como las llaman aquí. A mí me encantaban las lluvias súbitas del verano, y la bruma que se alzaba desde los prados tras el chaparrón.

Nunca veo juntos a mi madre y a mi padre. Como si nunca hubieran estado juntos. Cada uno tenía una relación especial con los animales; mi madre se ocupaba de ellos con dedicación, pero de forma fría; para ella, una vaca sana era como si no existiera. Por el contrario, mi padre tenía una relación provocadora con ellas, como si fueran mujeres a las que fuera a seducir.

Mi madre le despreciaba por ese comportamiento. Después de su muerte, yo empecé a ir ocasionalmente a la ermita; me parecía verla tumbada sobre el gran icono, rezando junto a la Sagrada Madre. Yo me sentaba y miraba rezar a las mujeres, unas mujeres desoladas, que a veces me daban un pedazo de pastel y me bendecían. Allí, entre los cirios humeantes, el moho y las ofrendas, aprendí a observar a la gente.

Mi padre y su nueva esposa, al parecer, no llevaban una vida feliz. El espíritu de mi madre les acechaba desde cada esquina. La nueva esposa, la extraña, se esforzaba en vano por arrancarla de sus dominios. Más de una vez la oí refunfuñar: «Parece que no soy capaz de hacer nada. En mi casa todo el mundo estaba contento conmigo y aquí todo lo hago mal». Padre, por supuesto, no aceptaba estas excusas y, cada vez que el pan se quemaba en el horno o la comida se estropeaba, le pegaba. Ella chillaba y amenazaba con huir a su casa. Años después, oí que también ella repartió a gusto, y cuando mi padre se puso enfermo le trató mezquinamente. Hubo rumores de que le había envenenado. ¿Quién lo sabe? También ella está en el reino de la verdad. Si pecó, pagará sus deudas; al final, todas las cuentas se saldan.

De otra cosa, y no pequeña, se hablaba también entre susurros en mi casa: los bastardos de mi padre. Mi madre, por supuesto, nunca se lo perdonó, y le recordaba sus pecados uno por uno. Cada vez que mencionaba el asunto, una extraña sonrisa se le extendía por el rostro, como si ya no fuera un pecado sino un desliz trivial. Mi padre tenía dos bastardos de la misma mujer, una notoria libertina. De muy pequeña, yo los había visto con mis propios ojos: unos jóvenes robustos, sentados en una carreta estrecha conducida por dos caballos flacos. La forma en que estaban encaramados en aquella carreta tan pequeña me hizo reír. Al volver a mirarlos, me di cuenta de que se parecían a mi padre. «Los míos mueren y sus bastardos viven y prosperan», oí decir a mi madre más de una vez, rechinando los dientes.

Abandoné mi hogar sin pena ni remordimiento, por el sendero lateral que todo el mundo llama el camino de los judíos. Aquí, en primavera como en invierno, se

reunían los judíos, delgados como saltamontes, para vender su mercancía. Eran una de las maravillas que más miedo me daban en la infancia. Con su aspecto, con su forma de sentarse y regatear, no parecían seres de este mundo, sino unos espectros negros a punto de saltar sobre aquellas patitas de alambre. «No vayas allí», oí decir a mi madre más de una vez. La advertencia solo servía para aumentar mi curiosidad y, cada vez que aparecían, allí estaba yo. Los judíos solían colocar unas maletas en el suelo y extender su mercancía para que todos la vieran. Tenían muchas formas de exhibirla: en cuerdas colgadas de árbol a árbol, en mostradores improvisados, sobre las ramas, o simplemente en el suelo. Aquellas maletitas arrugadas resultaban estar llenas de tesoros: camisas de colores, medias, zapatos de tacón y lencería bordada; casi toda ropa de mujer y confecciones femeninas. Las mujeres se tiraban como buitres encima de las prendas y robaban todo lo que podían. A mí me encantaban los olores de la ciudad, embebidos en aquellos camisones bordados.

Si ignorabas su presencia atemorizante, el espectáculo era entretenido. Yo envidiaba a las mujeres que iban a regatear y a comprar cosas nuevas, que les envolvían en papel y cartones. Yo nunca tenía ni un centavo. Una vez le pedí a mi madre que me diera una moneda para comprar caramelos, y me riñó diciendo: «No vayas allí. Los judíos te timarán». Pero yo me pasaba horas allí sentada. Los vendedores ambulantes eran rápidos y vivaces, y a veces parecía que no anduvieran sobre piernas humanas sino sobre patitas de ave que les permitieran saltar. De vez en cuando, aparecían súbitamente unos cuantos campesinos que los espantaban a latigazos y, en una ocasión, al salir corriendo, se dejaron un par de medias de colores. Cuando se las enseñé a mi madre, me dijo: «No te las pongas ahora, guárdalas para los días de fiesta».

Casi siempre estaban vendiendo hasta que anochecía. Entonces volvían a guardar lo que les había quedado y desaparecían. Una vez un judío se presentó en nuestro patio y nos ofreció su mercancía. Era alto y delgado, con barba negra y el cuello flaco y largo. Yo jamás había visto una nuca tan desnuda en toda mi vida.

Con el tiempo, me habitué a ellos, y a veces robaba alguna prenda de ropa o un saquito de caramelos. Recuerdo aquellos hurtos perfectamente; en ellos había algo de triunfo, y alegría reprimida sobre el miedo, porque robarles no estaba prohibido: como decía mi madre, el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

Una vez vino a buscarme mi prima María:

—Los demonios ya llegaron, ¿qué haces aquí?

—¿Qué demonios?

—Los demonios con las maletas.

—Me has asustado, María.

—No hay que asustarse —me dijo sin inmutarse—. Si te acostumbras a ellos, les puedes sacar lo que quieras.

Mi prima María tenía siete años más que yo. Había trabajado para los judíos, y los conocía de primera mano. También ella, como todos nosotros, los odiaba, pero ya sabía que no hacían ningún daño aparente, y que no envenenaban a nadie. María tenía vestidos y ropa interior que le habían dado, y una vez me trajo una combinación bordada y me la regaló.

Mi prima María, que en paz descanse, era, Dios la perdone, más fría que un témpano. No conocía la palabra miedo. Más de una vez la vi rajar un cerdo: le clavaba el cuchillo sin repugnancia, y cuando el pobre bicho chillaba, ni siquiera le cambiaba la cara. En una ocasión la oí jurar como uno de los campesinos. Recuerdo que una vez, por la primavera, se fue a uno de los puestos, escogió una blusa muy bonita y preguntó el precio. El judío dijo una cifra.

—No traigo dinero hoy —dijo ella—. Te la pago la próxima vez.

—No te la vendo —dijo el judío.

—¿Cómo que no me la vendes? —María le habló en tono normal, pero con firmeza—. Te arrepentirás.

—Yo no le he hecho daño a nadie —el hombre levantó la voz.

—Si no me la das, mi hermano te matará como a un perro en el campo —le dijo ella entre dientes.

—No tengo miedo —gritó el judío.

—Pues vaya cosa, que te maten por una blusa —susurró ella, echando a correr con la prenda. El judío estuvo a punto de seguirla, y llegó a dar un par de pasos, pero no fue muy lejos.

Aquella misma noche, María me explicó:

—Los judíos tienen miedo a la muerte, no como nosotros. Ese miedo es su problema, su punto débil. A nosotros nos da igual tirarnos desde un puente, pero a ellos no. Esa es la diferencia, ¿me entiendes?

María, Dios la perdone, era una descarada. Hasta yo le tenía miedo.

En el pueblo, los judíos aparecían en cualquier momento, y en lugares donde no esperabas verlos, junto al lago o detrás de la ermita. Su forma de vestir los hacía destacar; la gente les pegaba o los perseguía, pero ellos, como los cuervos, siempre volvían, en cualquier época del año.

—¿Por qué son así? —le pregunté una vez a mi madre.

—¿No lo sabes? Ellos mataron a Jesús.

—¿Ellos?

—Ellos.

No pregunté más. Tuve miedo de preguntar. Se me aparecían en sueños y pasé muchas noches negras por su culpa. Siempre con el mismo aspecto: delgados, morenos, saltando sobre las patas de pájaro y levantando el vuelo de repente. Una vez, me acuerdo, se me acercó un judío en medio del campo y me ofreció un

caramelo. Pero tuve tanto miedo que salí corriendo como si huyera de un demonio.

### III

Dos días caminé por los senderos llenos de barro. El otoño había llegado ya por todas partes, lluvia y densas nieblas, pero más amargo que todo ello era la mirada indiferente de mi padre. Me abandonó como se abandona un animal enfermo al que uno no quiere matar de inmediato. Yo no tenía miedo de los perros; estaba acostumbrada a los perros. Cada vez que me cruzaba con uno, me quedaba quieta y me hacía amiga suya, porque entiendo el lenguaje de los perros. Me basta juzgar la forma en que ladran para saber si están contentos o enfadados. Los perros vagabundos son mudos. No es fácil reconocerlo, pero estamos más cerca de los animales que de los humanos. ¿Cuántos amigos se gana una persona en toda su vida?

Entre una lluvia y otra, cogía una manzana o una pera, me sentaba, y trataba de aferrarme a la memoria de mi madre. Cuando uno tiene un alma cercana, uno se aproxima a los muertos. Mi madre, en vida, fue una mujer amargada, y esa amargura se incrementó con la muerte. Más de una vez pedí compasión para ella. Hasta en el mundo de los muertos está consumida de amargura. ¿No nos libera la muerte de nuestros afanes mundanos? ¿Es que todo lo que hicimos, nuestras estupideces y nuestras porquerías, están vinculados a nosotros eternamente?

Por la noche, dormía en algún granero o en un cobertizo abandonado. Desde muy pequeña estaba acostumbrada a la humedad. Quien nace en un pueblo sabe que la vida no es un eterno festejo. Yo no lloraba, ni le echaba la culpa a nadie, pero me detenía junto a la ermita para rezar. En las bajas y humildes capillas aprendí a orar. Es difícil superar el orgullo y caer de rodillas, pero cuando uno deja su casa y no tiene ningún otro hogar en el mundo, las rodillas caen de por sí. En esas pobres ermitas se aprende cómo acercarse al prójimo con compasión. Al lado de esas casas de devoción, la gente me ofrecía un pedazo de pastel o de queso. Un campesino hasta me dio una moneda. Pero eso no sucedía siempre. Alguna vez vi a alguna paisana salir de la ermita y arrojarle sobre su animal para golpearlo salvajemente, como si no fuera una bestia muda sino un delincuente de nacimiento.

Una noche llegué a Strassov, ciudad que consistía en una calle y una bulliciosa estación de tren. María me había hablado mucho de la ciudad, pero lo que vi no era como lo había imaginado. La gente se agolpaba cerca de las salidas, los trenes iban y venían y unos hombres robustos cargaban sacos de grano en los andenes.

—No permitas que te toquen —me había advertido María.

Más tarde, la estación se fue vaciando, los trenes dejaron de correr, la cafetería cerró, y de las esquinas oscuras empezaron a salir mendigos y borrachos.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó uno de los borrachos.

Yo estaba asustada, y me había quedado muda.

—¿De qué pueblo? —siguió preguntando.

Se lo dije.

—Ven con nosotros, enseguida vamos a hacer café.

Y así fue como conocí el mundo de la noche en la estación. Tenía dieciséis años. Todos me llamaban la nena, pero allí ese término no era condescendiente. Si alguien no da lo que debe, le echan hasta de esa esquina oscura y fría.

Al día siguiente empecé a lavar platos en un restaurante. Quien haya nacido en un pueblo conoce los abusos. Mi madre me pegaba, y mi padre tampoco se compadecía de mi cuerpo. El dueño del restaurante no era mejor que ellos. A última hora de la tarde, antes de pagarme, me sobaba los pechos. Por las noches, muchas manos me manoseaban. Hacía frío en la oscuridad, y la ropa de los pobres exhalaba un fuerte olor a moho. Ese olor fétido llegó a impregnarse también en mi ropa. «El cuerpo no es sagrado, no te va a pasar nada», me dijo uno de los borrachos, estirando la mano para tocarme la entrepierna.

Aquel otoño fue muy frío en la ciudad. Si hubiera tenido una habitación, habría huido, pero una persona sin habitación es como un perro callejero. Todo el mundo se mete con él. Y, ya que no tenía opción, yo me sentaba, daba mis cosas y recibía las de los demás. Daba la calderilla que había ganado, y recibía de ellos algo de beber y una taza de café. Yo sé que la bebida amortigua el miedo. Mi madre no bebía vodka fuera de casa, pero durante el frío invierno se sentaba a solas y se emborrachaba. Cuando ya estaba borracha, en su rostro volvía a insinuarse algo de cuando era joven; me contaba cosas de su pueblo natal, de las fiestas y las celebraciones. Me gustaban mucho esos raros momentos, pero al día siguiente se levantaba otra vez amargada y furiosa, y caían sobre mí rayos y truenos.

En la estación de Strassov aprendí a meterme en el cuerpo un trago de un solo golpe. Después de dos o tres, ya no sientes miedo ni dolor; hasta disfrutas de los manoseos. De hecho, ya nada te molesta: reposas la cabeza contra la pared, cierras los ojos y cantas.

Una noche, mientras estaba allí hecha un ovillo con los borrachos, ante mí apareció mi madre, despavorida y llena de ira.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté yo como una estúpida.

—¿Y tú me lo preguntas? —me contestó iracunda.

Quise ponerme de rodillas y pedirle perdón, pero desapareció, tal como lo hacía en vida, en un remolino de furia, con la urgencia de quien no tiene en cuenta la opinión de nadie. Al día siguiente le conté a otra borracha mi sueño. Ella hizo un gesto de desdén con la mano y me dijo: «No la escuches. Mi madre también solía atormentarme en sueños. Yo no creo en nadie, ni en los muertos. Todo el mundo intenta aprovecharse de ti. Yo no volvería a mi pueblo por nada del mundo. Para mí, mi cuerpo no vale nada en absoluto. Si alguien quiere acostarse conmigo, le dejo. Así los dos estamos más calentitos».

De esta forma iban pasando los días, sin ver el final. En el restaurante, no sé por qué, me despidieron. Ahora no tenía ni un centavo, y robaba lo que tuviera a mano. Más de una vez me sorprendieron, y más de una vez me pegaron, pero yo no lloraba ni imploraba compasión. Solo apretaba los dientes.

Las promesas que me hacían los chicos fueron mentira. Durante el otoño me sobaron todo el cuerpo, pero cuando el frío del invierno se hizo más glacial, desaparecieron dejándome con los enfermos y los viejos. La gente vieja sabe cuándo se acerca el fin, y se acurrucan en una esquina para esperarlo en silencio. Se dice que morir de frío no duele, pero yo he visto con mis propios ojos cómo la gente se retuerce bajo las quemaduras del frío y gime de dolor. ¿Quién les escucha en el ajeteo de una estación de tren? Cada uno va a lo suyo. Durante aquel invierno, maldije a mi padre por no haberme dado ni un centavo para mantenerme.

Pero no hay oscuridad absoluta, aunque a veces lo parezca. Mientras estaba allí, abandonada en aquella bulliciosa estación, una mujer baja se me acercó y me dijo sin más: «¿Quieres trabajar para mí?». No sé qué aspecto tiene un ángel de Dios, pero aquella voz me sonó como venida de las alturas. Mirándola de cerca, me di cuenta de que su rostro, envuelto en un chal, no era suave. Tenía cierta severidad coagulada en los ojos. A mí no me gusta la gente baja: siempre me provocan cierto desasosiego y sentido de culpa. «Pero si alguien se ofrece a resguardarte del frío, debes quererle», me dije, y fui tras ella.

—¿De dónde eres? —me preguntó.

Se lo dije.

—¿Y alguna vez has visto judíos?

—A veces —sonreí.

—Yo soy judía. ¿Te doy miedo?

—No.

—Pero, antes de nada, debes tomar un baño.

Hacía meses que mi cuerpo no veía el agua. Mi ropa estaba empapada de olor a moho, vodka y tabaco; uno se acostumbra a la mugre y deja de notarla. En aquel momento, allí desnuda, el miedo me recorrió todo el cuerpo y me hizo estremecer. Por todas partes aparecían judíos que se quedaban junto a mí, todos con el mismo aspecto: un hombre flaco con una espada desenvainada en la mano. Yo caí de rodillas y me persigné. Mis pecados habían llegado a lo alto, y ahora estaba a punto de pagar por ellos.

Aquella noche me acordé de los judíos que solían vagar por nuestro pueblo, dando brincos entre los árboles y por los patios de las casas, o junto a sus puestos improvisados, demonios vivientes, demonios que hablaban, y me acordé de los paisanos que aparecían y hacían restallar el látigo sobre ellos. Entonces, no sé por qué, me pareció que eran más ligeros, que podían saltar sobre las zanjas y por encima

de las vallas; parecía que les hubieran quitado su peso terrenal. «No se les puede derrotar», oí que decía María, riéndose, «el cuerpo de un demonio no siente el dolor». Los paisanos seguían dándoles latigazos, y la risa de María, su risa franca, era engullida por el chasquido de los látigos. Me desperté.

## IV

«Estoy con los judíos», dije, y no sabía lo que decía. Aquella noche, quemé mis ropas húmedas y andrajosas. Las prendas que ya no usaba la señora de la casa me servían: estaban limpias, no olían a nada, y no sé por qué me despertaron la sospecha de que habían pertenecido a judíos muertos. La señora de la casa, al parecer, se dio cuenta de mis aprensiones, así que abrió la puerta y me enseñó el piso: tres habitaciones oscuras, no muy grandes, una salita y dos dormitorios.

—¿Habías visto judíos antes de ahora?

—Solían venir al pueblo a vender mercancías.

El trabajo era sencillo, pero agobiante. Mi padre y mi madre me habían enseñado a trabajar, pero no a ser meticulosa, y aquí había que tener cuidado hasta con el último cazo. El señor de la casa, un hombre alto y reservado, solía sentarse a la cabecera de la mesa y, tras recitar la bendición, no decía ni una palabra más. La religión de los judíos, por si ustedes no lo saben, es sobria.

La señora de la casa no me pasaba ni una. Me enseñó, con gran rigor, lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido. *Cashrut*, así es como se llama la separación entre leche y carne. Para ellos, la estricta observancia de la *cashrut* está conectada como una especie de preocupación continua, como si no fuera un asunto de cacharros domésticos sino de sentimientos. Durante muchos años traté en vano de entender esa preocupación.

Si no hubiera sido invierno, me habría escapado. Hasta la libertad más miserable es libertad, y aquí no había más que prohibiciones. Pero cuando me asomaba a la ventana, veía la nieve amontonada sobre los tejados, el tráfico escaso por la calle, nadie entraba ni salía de las tiendas; no tenía valor de saltar y caer sobre aquella helada.

No he mencionado aún a los dos chicos, Abraham y Meir. El mayor tenía siete años y el pequeño seis. Dos criaturas rosadas y alegres, como dos payasitos viejos, que de repente se quedaban en silencio mirándote de hito en hito con sus ojazos, como si fueras un ser de otro mundo.

Los chicos estudiaban desde buena mañana hasta última hora de la tarde. Esa no es forma de hacer estudiar a niños: se hace estudiar así a curas y monjes. Entre nosotros, se estudiaba como mucho cuatro horas al día. Pero ellos le meten a un bebé un libro en las manos antes de que abra los ojos; ¿y se asombra alguien de que tengan el rostro hinchado y rosáceo? Entre nosotros, un crío va a nadar en el río, va de pesca, y agarra un potro en plena carrera. Todo mi ser retrocedía de horror ante la visión de esos dos niños a los que llevaban a su cárcel cada mañana a primera hora. En esos momentos, odiaba a los judíos. No hay nada más fácil que odiar a los judíos.

Yo pasaba los domingos muy a menudo con los de mi propia clase, en la taberna.

La mayoría trabajaba también para los judíos, algunos en sus cultivos, algunos en sus tiendas. Todos teníamos de ellos la misma impresión. Nuestra juventud, nuestra forma de disfrutar de la vida, nos hacían despreciar a los judíos: su altura, su ropa, su comida, su forma de hablar, la forma en que se vestían y en que se emparejaban. No nos perdíamos ni un detalle. Lo que no sabíamos, lo suplíamos con la imaginación, que florecía tras dos o tres tragos.

Competíamos a ver quién era más divertido. Cantábamos maldiciendo a los hijos de Satanás, para los que todo es contabilidad, dinero, inversiones e interés. Todo se hacía con medida: la comida, la bebida, el copular. Durante horas cantábamos:

Un judío paga en centavos  
Y se guarda los billetes  
El jueves le toca baño  
Y el viernes echa un polvete

En primavera me enteré de que estaba embarazada. Tenía diecisiete años. Yo sabía que a las chicas embarazadas las despiden al instante, así que no dije ni una palabra a la señora. Hice un esfuerzo por trabajar con mucha atención, por no engañarles ni robarles, pero, en cuanto al chico que me había dejado así, lo acosé. Hizo un gesto muy raro con la cabeza y me dijo: «Deberías volver al pueblo. En los pueblos nadie da ninguna importancia a eso».

—¿No nos vamos a casar?

—No tengo ni un centavo.

—¿Y qué pasa con el niño?

—Déjalo en un convento. Es lo que hace todo el mundo.

Supe que hablando no conseguiría nada. Gritando solo le hubiera enfadado más, pero, de todas formas, ¿cómo iba a quedarme callada? Así que, como una estúpida, le pregunté:

—¿Y qué hay de tus promesas?

—¿Qué promesas? —dijo, enrojeciendo de ira. Yo me callé la boca y me di la vuelta.

Ahora no recuerdo su altura, no sé si era alto o bajo, y su rostro se me ha borrado completamente de la memoria, pero a la niña recién nacida, carne de mi carne, a ella no puedo olvidarla. Es como si no la hubiera abandonado, como si hubiera crecido conmigo. Hace años tuve un sueño, y en sueños la llevaba al altar. La joven era hermosa como un ángel, y yo la llamaba Ángela. Quién sabe, quizá todavía camine por la tierra de los vivos.

Otra vez me he adelantado a los hechos. En el quinto mes, confesé mi secreto a la señora. Estaba segura de que me iba a despedir al instante, pero, para mi sorpresa, no

lo hizo. Me quedé en la casa y seguí trabajando. El trabajo no era fácil, pero ella no me apuraba ni me echaba en cara mi desgracia. Sin darme cuenta, me fui acostumbrando a los olores de la casa, a la extraña separación entre leche y carne, a la penumbra que reinaba de la mañana a la noche.

En el noveno mes del embarazo viajé hasta Moldovitsa y allí, en una casa junto al convento, pregunté a una campesina dónde podía alquilar una habitación. La anciana supo por qué había ido a preguntarle a ella, y me pidió un alquiler muy alto. Yo no tenía dinero: había robado una joya de oro y eso fue lo que le ofrecí.

—¿De dónde la has sacado?

—La heredé de mi madre.

—No perturbes el descanso de tu pobre madre, y no digas mentiras.

—¿Qué quiere que le diga, Madre?

—Di la verdad.

—No es fácil decírla, Madre.

La anciana me cogió la joya de la mano y no preguntó más.

Desde mi ventana veía los muros del convento, el campanario y los prados que lo rodeaban. Pasé muchas horas detrás de aquella ventana, y por la tarde tenía la cabeza embotada y mareos.

—Debes rezar, hija mía.

—No me resulta fácil rezar.

—Véndate los ojos con un pañuelo. Los ojos son los grandes seductores del pecado. Sin ojos es más fácil rezar.

Hice lo que me ordenaba y me até una pañoleta alrededor de los ojos.

El embarazo se prolongó más allá de su término y yo daba vueltas alrededor de los muros del convento día tras día, como los hijos de Israel marchando hacia Jericó. El deseo de entrar, de tocar el altar y prosternarme a sus pies, era fuerte, pero no me atrevía. Cuando volvía de caminar por los prados, el temor de Dios me dominaba. Conseguí controlarme durante unos cuantos días, pero al final le hablé de ello a la señora.

—¿De qué tienes miedo, hija mía? —me preguntó con dulzura.

—De Dios.

—No tienes nada que temer. Dejarás al bebé en una caja, como dejaron a Moisés, y luego el buen Dios sabrá lo que hay que hacer. Las monjas son compasivas y lo cuidarán. Todos los meses vienen aquí mujeres que dejan a sus bebés. Los niños serán educados en el convento y se harán curas o monjes.

La señora me hacía cada mañana una papilla de cereales. Yo tenía todo el cuerpo hinchado, y el cansancio me llevaba directamente al lecho. Ya no me quedaban fuerzas para acercarme a los muros del convento, ni llegaba muy lejos andando. La anciana me insistía todas las mañanas en que rezara. «No debes ser perezosa. Todos

debemos levantarnos por la mañana y cumplir con nuestras tareas». Sus reproches se me hincaban en el cuerpo como espinas. Yo sabía que no había forma de compensar mi pecado.

El parto fue duro y doloroso. La partera dijo que no había visto un parto tan malo en muchos años. Si alguien va a dar a luz a un sitio así, nadie respeta su honor, y la partera no me respetaba:

—A partir de ahora, no te fíes de los hombres. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Y cómo sé que vas a cumplir tu promesa?

—Lo juro.

—Los juramentos se quebrantan fácilmente.

—¿Qué quiere que haga, Madre?

—Te ataré una cadena al tobillo, y así siempre te recordará que no debes acostarte con chicos.

—Gracias, Madre.

—No me des las gracias. Con que no te acuestes con chicos, me doy por pagada.

Al día siguiente estuve a punto de abandonar al bebé, pero no tuve fuerzas para levantarme. La anciana no parecía muy satisfecha, pero no me echó. Se quedó junto a mi cama y me contó cosas de su lejana juventud, de su marido y sus hijos. Su marido se había ido siendo joven, y sus hijas no habían elegido el buen camino. Se habían echado a perder en la ciudad, y ahora ella no tenía nada más que esas cuatro paredes.

—¿Y dónde trabajas? —me preguntó de repente.

—Para unos judíos.

—¿Y esto es de los judíos?

—Es de los nuestros —dije yo—. Es nuestro.

Cuando anocheía, se vio más tranquila y me consoló. Las monjas del convento la criarían y la llamarían Ángela. A veces, es mejor para una persona no tener recuerdos de su padre ni de su madre: así la fe le viene directamente del cielo. Todos nacemos en pecado. Tú ya has sufrido bastante. A partir de ahora, la Iglesia se ocupará. En la iglesia todo está limpio y tranquilo. Nuestras vidas pasan como torbellinos, y allí existe la paz perfecta. No tienes que preocuparte de nada. Estás haciendo lo correcto. Sin darme cuenta, se me cerraron los ojos y me quedé dormida.

La niña mamaba sin pausa y me dejaba extenuada. Si no hubiera estado tan cansada, quizá me hubiera quedado más tiempo. Pasé una semana refugiada allí, dándole el pecho. Tras esa semana, me fallaron las fuerzas. Le pedí a la anciana que me trajera la cesta para que pudiera acolcharla con mis propias manos. La anciana me ayudó en silencio, como cómplice total. Al día siguiente, cuando la oscuridad aún cubría los prados, coloqué al bebé en la cesta. La niña dormía tranquila y no emitió ningún sonido. Crucé el jardín con largos pasos y, en la puerta del convento, reuní

todo mi valor y la dejé en el peldaño de la entrada.

A veces, en las largas noches de invierno, la veo de lejos, alta y delgada, envuelta en muchos velos de luz, tan hermosa como los cuadros de las iglesias. He pasado tanto, me digo, y siento que pronto estaremos frente a frente, sin divisiones. Mi fe en el otro mundo a veces me inunda como una ola cálida.

## V

Volví, y me sumergí en el trabajo como si lo hiciera en el olvido. Extraña es la vida de los judíos. Con el paso de los años, aprendí a observarlos. Son temerosamente diligentes. Tras las plegarias de la mañana, el hombre de la casa se va a trabajar a su almacén, no una tienda grande, en un extremo del mercado, y más tarde su esposa se reúne con él y trabajan juntos sin una sola pausa y sin siquiera un trago hasta última hora de la tarde. Yo estoy en la casa, limpiando y ordenando. Aún no me he acostumbrado a los olores del hogar judío. La casa está llena de libros como un convento. Mi prima María me reveló una vez que al octavo día circuncidan a los bebés varones, para incrementar su virilidad cuando maduren. No hay por qué creerse toda palabra que sale de la boca de María; casi siempre exagera o se inventa cosas, pero no es una mentirosa completa. Por ejemplo, no tiene miedo de los judíos. Ella me aseguró que ningún mal caería sobre mí estando con ellos.

El viaje a Moldovitsa estaba ya olvidado. De no ser por lo que soñaba de noche, mi vida de entonces se hubiera desarrollado sin sobresaltos. En sueños, todos mis pecados se desplegaban ante mí, de esa forma en que solo los pecados se exponen al aire, con todos sus detalles al rojo vivo. Más de una vez oí la voz de Ángela: «Mamá, mamá, ¿por qué me has abandonado?». Pero, a la luz del día, se borraban todas las cuentas. Aprendí a trabajar sin hablar mucho. En el pueblo la gente dice que los judíos son unas cotorras, buscando siempre tres pies al gato para intentar engañar. No conocen a los judíos. Solo se habla para cosas prácticas; lo de hablar por hablar no existe entre ellos. Hay algo compulsivo en su forma industriosa de trabajar.

¿Es una buena vida la suya? ¿Son felices? Me lo pregunté más de una vez. «Cada uno debe cumplir con sus tareas sin esperar recompensa», me dijo una vez la señora. Y sin embargo, ellos aspiran a la grandeza. No se privan de los placeres de este mundo, pero no ponen avidez en buscarlos. Los judíos son dueños de tabernas, pero ellos mismos no se emborrachan.

No solo yo estaba observándolos, parece. También ellos me seguían los pasos de cerca. Se fijaron, por ejemplo, en que ya no salía a divertirme los sábados por la noche. La señora estaba contenta, pero no expresó su aprobación con tantas palabras. Decir las cosas abiertamente no es lo habitual entre ellos.

Mis horas más felices eran las que pasaba con los niños. Los niños son niños; aunque es verdad que poseen una dosis de inteligencia mayor, no son demonios.

Al cabo de unos pocos meses me rendí a la tentación y volví a la taberna. Mis conocidos se quedaron estupefactos: «¿Qué te pasó, Katerina?».

—Nada, ¿qué me va a pasar? —trataba yo de disculparme.

Sin embargo, algo había cambiado en mi interior. Me tomaba un par de tragos, pero mi alma no se remontaba. Todos a mi alrededor, los jóvenes y los no tan jóvenes,

me parecían bastos y patosos. Seguía bebiendo, pero no me emborrachaba.

—¿Dónde estás trabajando?

—Con los judíos.

—Los judíos tienen una mala influencia sobre ti —me dijo una joven.

—No tengo otro trabajo.

—Podrías venir conmigo. Trabajo en una cantina.

—Ya estoy acostumbrada.

—No deberías acostumbrarte a ellos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tienen mala influencia. Al cabo de un año o dos, se te pegan sus gestos. Conocí a una chica, una buena amiga mía, que trabajaba para los judíos. Al cabo de dos años, perdió el aspecto de persona sana. La cara se le puso pálida, y sus movimientos carecían de libertad... tenía como un temblor en la mandíbula. Nuestra vida es diferente. Yo no trabajaría para ellos ni por todo el oro del mundo.

En aquel tiempo, no voy a ocultar la verdad, yo sentía una intensa atracción hacia el señor de la casa. No sé qué es lo que me excitaba de él: su altura, su cara pálida, sus oraciones de buena mañana, el abrigo, o quizá el ruido de sus pasos por la noche. Mi joven cuerpo, que había conocido ya el oprobio y el dolor, se despertaba. En secreto, esperaba que llegara la noche en que se acercaría a mi cama.

Al parecer, los judíos son muy sensibles. La señora, sin decir una palabra, me mantuvo alejada de la cocina a las horas de las comidas, y en el sabbat no me permitía entrar al comedor. La distancia no hizo menos agudo mi deseo; al contrario, lo intensificó. En el pueblo me atraían los pastores, y en la ciudad los chicos habían codiciado mi cuerpo y lo habían devorado. Ahora era un deseo distinto, pero ¿qué iba a hacer yo? ¿Morder mi propia carne? Si hubiera tenido valor, habría ido al cura a confesarme, pero tenía miedo de que el cura me hiciera reproches y me impusiera ayunos y promesas solemnes. Entonces, yo no entendía que mis deseos estaban arraigados: imperceptiblemente, me había vinculado a los judíos.

Mis amigos de la taberna tenían razón: los judíos tienen un poder silencioso y hechicero. Cuando llegué a su casa por primera vez, me habían parecido inmersos en sí mismos, tristes y muy poco interesados por aquellos a quienes no conocían. Parecían inclinados bajo un peso, como dominados por la depresión. Y a veces tenían en los ojos un brillo de arrogancia y yo parecía no existir. Pero, tras dos años de servicio, se produjo un cambio. Olas de miradas empezaron a tocarme; primero lo sentí con los niños, y luego con la señora. No son indiferentes, va a resultar. Pero mis sueños de aquellos días se tornaron vergonzosamente desenfrenados. Ya sé que los sueños hablan en vano, y sin embargo su poder era grande y maligno. En mis sueños solo existíamos yo y el señor de la casa, sentados a la mesa, bebiendo un trago tras otro. Su forma de tocar no era la de los rutenos. Me acariciaba el cuello con suavidad.

Así era, una noche tras otra.

Tenía también otros sueños, más difíciles de soportar que esos, que me aterraban como la visión de la iglesia en los días de ayuno. En mis sueños, veía a una banda de judíos junto a una fosa. Les apuntaban unas luces muy intensas, pero ellos no se dejaban arredrar, no se movían. Hemos matado a Jesús de una vez por todas, y no permitiremos que resucite; había furia en sus ojos. Las luces les maceraban el cuerpo, pero ellos seguían igual, como si se hubieran convertido en una masa indistinta, cerrando el paso.

Estas visiones no se han borrado de mi memoria. Todavía hoy las recuerdo con gran claridad. En aquellos sueños, yo conocía todos mis pecados. No solo había abandonado a mis antepasados y su tierra, había abandonado a mi hija y, peor aún, estaba viviendo entre aquellos que le habían levantado la mano a Dios y a Su Mesías. Sabía que mi castigo sería imposible de soportar, no solo en el reino de la verdad, sino también antes, aquí, en esta tierra.

Valoré la idea de abandonar la casa e irme adonde mis pies me llevaran, pero fui débil, tuve miedo, y todo lo que me rodeaba me parecía ajeno, abandonado. Mis amigos de la taberna no se rendían: «Debes dejar a esa gente maldita», «es preferible pasar hambre», «tú no te das cuenta de lo que te han hecho».

—Mucha gente trabaja para los judíos —yo intentaba no alterarme.

—Pero tú has cambiado.

—No me han hecho ningún daño.

—Eso no lo sabes. Ellos trabajan en silencio, en secreto. Te cambian desde dentro. Esos felones son listos y vivos, un día irás a levantarte y ya verás: estarás infectada de la lepra judía. ¿Y qué vas a hacer? ¿Quién te va a acoger? Ningún hombre joven querrá acostarse contigo. ¿Adónde irás entonces? ¿Adónde?

Estos eran los reproches que me hacían.

Al final, ellos tuvieron razón: el miedo me fue venciendo poco a poco. No un miedo muy marcado, sino un temor que me roía por dentro. Seguí trabajando, comiendo y durmiendo, pero todo lo que hacía tenía un sesgo de miedo. Más de una vez vi con mis propios ojos la espada que se abatía sobre mi cabeza.

Una noche salí y me escapé de la casa. Era a finales de octubre. El frío y la oscuridad soplaban por las calles desiertas. Sentí que me estaba volviendo loca, y que no podía hacer otra cosa. El miedo me condujo a cubierto, a los túneles de la humedad y el frío. Después de caminar una hora, me sentí aliviada. Tenía los pies mojados y frío en el cuerpo, pero no me arrepentía. La alegría me inundó, como si me hubieran liberado de la cárcel.

La taberna estaba cerrada aquella noche, así que me fui hacia la estación de ferrocarril. En la estación no hallé a nadie conocido: unos cuantos borrachos andaban tirados por las esquinas, gruñendo felizmente. Por un momento sentí el deseo de

unirme a ellos y echar un trago.

—¿Por qué no vienes aquí con nosotros?, se está calentito —me dijo uno de los borrachos. Yo sabía que esa llamada no venía de las alturas, sino de a ras de tierra, pero aun así me alegró oír la lengua rutená, mi lengua materna. Me quedé donde estaba, sin acercarme.

—Ven con nosotros, tómate un trago. ¿Dónde trabajas, guapa?

—Con los judíos —dijo, y de inmediato lamenté haber revelado mi secreto.

—Malditos sean, menos mal que te has ido. Nosotros necesitamos la libertad igual que el aire que respiramos.

Aquel súbito y rudo contacto con mi lengua materna hizo correr un escalofrío de placer por todo mi cuerpo. Aquellos hombres gruñían, gritaban y se lamentaban a gritos. Como si obraran un hechizo, sus groseros ruidos me recordaron las tranquilas praderas de mi pueblo natal, el agua y las aisladas filas de árboles plantados en la llanura, repartiendo sus sombras aquí y allá con mano generosa.

Solo ahora me daba cuenta de lo mucho que me había alejado de la buena tierra, de mi difunta madre, de la luz de la gracia que me había rodeado en días lejanos. Los borrachos parecieron adivinar lo que estaba pensando, y me volvieron a llamar.

—Menos mal que has dejado a esos malditos. Mejor pasar hambre que cobijarse bajo su techo.

Ahora sé con claridad de qué estaban hablando. En aquel lugar descuidado y mugriento que todos llamaban la estación central de trenes sentí por primera vez que el talante judío me había penetrado en los huesos y había destruido mi alegría de vivir.

—¿Por qué no vienes con nosotros? ¿Qué te hemos hecho? —volvieron a llamarme.

—Tengo que volver al trabajo.

—No tienes que volver. De ninguna forma. Los judíos están malditos. Ya te han convertido en una esclava.

—No me han hecho daño alguno.

—Si eso es lo que crees, es que eres tonta.

Cuando me acerqué a ellos, la visión me golpeó en pleno rostro. Los borrachos estaban revolcándose entre harapos, botellas y restos de comida como animales. La idea de que pronto iba a estar entre ellos me dejó helada. Grité y traté de zafarme, como en una pesadilla.

—Niña tonta —me gritó uno, tirándome una botella—. Esos malditos ya te han convertido en su esclava. Estás atrapada en su red, tonta. Lo que tú tenías, que no era mucho, es justo lo que te han quitado. Tú no lo sabes, tonta, pero nosotros ya lo sabemos. Acabarás arrepintiéndote de tu vida.

Salí a la calle y estuve vagando toda la noche. Mi corazón gritaba: «Jesús, Jesús,

sálvame como Tú siempre salvabas a las pecadoras. Llévame con ellas y no me dejes morir en pecado». La noche era fría, y yo andaba penosamente de calle en calle, de callejón en callejón, de plaza en plaza. Si el ángel de la muerte hubiera venido a llevarme, le habría dado las gracias, pero el redentor no llegó, solo oscuridad, todas las sombras de lo oscuro, todas las formas del frío.

Si nadie me quiere, volveré con los judíos. También Jesús hubiera vuelto con ellos, me dije, pero el miedo me vencía.

Por fin, la lluvia decidió por mí. La lluvia se mezcló con el granizo cuando ya casi amanecía, y me obligó a entrar. Abrí la puerta. La casa estaba sumida en un profundo sueño, y todo estaba en su sitio. A gatas, me arrastré hasta mi cama.

## VI

—Tienes los ojos rojos —me dijo la señora.

—Los sueños me torturan —mentí.

Mientras tanto, la vida seguía su curso: levantarse, limpiar la casa, lavar, planchar. Durante los ratos de descanso, o por la noche, les hablaba a los niños de mi casa, de los prados y los ríos, todas las cosas tan amadas que preservaba en mi interior desde la infancia. Pero, para que no pensarán que todo era apacible y agradable, me levantaba las mangas y les enseñaba las cicatrices de los brazos.

Más de una vez los contemplé mientras dormían y pensé para mí: «Ay, Dios, son tan frágiles. ¿Quién los defenderá si vienen malos tiempos? Todo el mundo les odia, y todos quieren hacerles daño». Más de una vez les hablé de esto. Los niños de su edad, en el pueblo, montan a caballo, van a recoger la hierba, afilan las guadañas. Los de diez años son como los de veinte, meten mano en todo. Nadan en el río y navegan en balsas y, cuando hace falta, también se enzarzan en peleas. Cuando les contaba todas estas maravillas, me miraban con mucha atención y asombro, pero sin miedo. Al parecer, sabían lo que podían esperar del futuro. Estaban preparados para ese futuro. Hablar con ellos, en cualquier caso, me divertía mucho: aprenden a preguntar de muy pequeños. Mis historias les hacían reír y les maravillaban. Pedían detalles, a veces los más mínimos detalles.

Por diversión, también yo empecé a preguntar. Fueron muy parcos con las respuestas; no hablan mucho. Eso es una regla general para los judíos, con la que son muy estrictos. También yo había aprendido a callarme, por otras razones. Mi madre me pegó varias veces por irme de la lengua. Desde entonces, me resulta difícil hablar.

Mientras tanto, recibí noticias de mi pueblo. Mi primo Karil me buscaba y me encontró. Las lluvias de invierno eran malas, las cosechas magras, la peste se había extendido entre el ganado. Ahora, mi viejo padre necesitaba un poco de dinero. Mi primo Karil hablaba con voz seria y mesurada. Yo me desanudé la pañoleta y le di todo lo que tenía.

—¿Tienes algo más? —preguntó.

—Esto es todo lo que tengo. —¿Cuándo tendrás más?

—Dentro de un mes o dos, cuando me den.

—Honra a tu padre y a tu madre —mi viejo primo encontró la ocasión perfecta para enseñarme una lección de moral, y añadió—: hónralos no solo de palabra, sino también con dinero.

Me hace reír la forma en que los campesinos aplican las frases de la Biblia.

En un corto espacio de tiempo, mi primo se las arregló para contarme por qué la nueva esposa de mi padre no era tan buena como mi madre. Era perezosa, se hacía la enferma, y en el verano anterior no se la había visto por el campo. Los detalles de su

relato elevaban mi pueblo natal ante mis ojos, a mi padre y a mi madre. Ahora sentía la extrañeza que flotaba entre yo y ellos, como si un profundo abismo y un río negro nos separaran. Dios Todopoderoso, ¿qué había pasado? Quise gritar. Todo aquel verdor amado había sido mío en tiempos. ¿Qué me lo había arrebatado? Yo no sabía entonces que los pocos años que llevaba en la ciudad me habían moldeado, cambiándome, y que todas las posesiones que traía de la casa de mis antepasados se habían perdido. Pero no importa: yo había recibido mucho, más de lo que merecía. Los judíos no me abandonaron. Yo estuve con ellos hasta el final.

Al día siguiente brillaba un sol frío y la señora me anunció: «Se acerca la fiesta de Pésaj<sup>[2]</sup>». ¿Quién recuerda todavía un Pésaj judío por aquí? Yo soy la última, creo yo. Aquellos días no eran fáciles: trabajé mucho, fregué las ollas con arena. Luego, las sumergía en agua hirviendo, para purificarlas. Tengo aún aquellos olores encerrados en mi interior, como secretos escondidos. Años de servicio a los judíos no son cosa de risa: el aroma judío es un asunto complicado. De pequeña, había oído decir que los judíos huelen a jabón. Es mentira. Cada uno de sus días y cada una de sus fiestas tiene un olor diferente, pero los más penetrantes son los aromas del Pésaj. Viví muchos años rodeada de aquellas fragancias.

El Pésaj huele a muchas cosas, pero para mí las flores de primavera se convirtieron en flores de luto. En el segundo día de Pésaj, en mitad de la calle, mataron al señor de la casa. Un asesino cayó sobre él y le apuñaló hasta matarlo. Cada Pésaj matan a un judío, a veces a dos. Luego, en la taberna, oí cómo lo habían asesinado. Uno de los bravucones de allí había decidido que ese año mi señor sería la víctima, porque se había negado a fiarle a uno del pueblo. Era solo una excusa, claro está. Cada Pésaj hacen un sacrificio, y aquella vez le tocó a Benjamin.

Así, a plena luz del día, murió mi amado. Perdóname, Jesús, si digo algo que Te desagrade, porque si ha habido un hombre al que yo haya amado en mi vida, fue Benjamin. He amado a muchos judíos en mi vida, judíos pobres y ricos, judíos que se acordaban de que lo eran o que trataban de olvidarlo. Pasaron años antes de que aprendiera a amarlos como es debido. Hubo muchas trabas que impidieron que me acercara a ellos, pero tú, Benjamin, si me permites dirigirme a ti personalmente, tú pusiste los cimientos para mi gran amor, tú, en cuyos ojos yo no osaba mirarme, cuyas plegarias oía desde lejos, en cuyos pensamientos es posible que yo nunca llegara a entrar. Tú me enseñaste a amar.

En los preparativos del entierro, como en otros asuntos rituales, los judíos son terriblemente prácticos. Todo su dolor y su duelo se desarrollan sin una melodía, sin una bandera, sin una sola flor. Colocan el cadáver en la tumba y lo cubren rápidamente, sin demora.

Al día siguiente, tras el funeral, yo estaba segura de que todos los judíos reunirían sus enseres y saldrían corriendo. También yo sentí miedo a la muerte pero, para mi

sorpresa, ni uno dejó la ciudad. La señora se sentó en el suelo con sus dos hijos, y la casa se llenó de gente. Hubo pocos llantos, nadie maldijo, nadie levantó la mano al prójimo. Dios nos dio y Dios nos quitó; ese es el versículo, y esa es la enseñanza. La opinión corriente de que los judíos son cobardes no tiene base alguna. Una gente que deja a sus muertos yaciendo en una tumba desnuda, sin adornos ni galas, no es cobarde.

Yo me mantuve recluida, para que nadie pudiera ver mi duelo. Los pensamientos me torturaron toda la semana: la visión del rostro de Jesús y del rostro de mi madre. Pero con más claridad que a ninguno veía yo a Benjamin: no como a un fantasma, sino como lo había visto durante cinco años, sentado a la mesa, el rostro concentrado, pero lleno de luz.

Tras la semana de duelo, Rosa se levantó y fue a la tienda; los niños volvieron a la escuela. La muerte de Benjamin me acompañaba a todas partes. Si no hubiera tenido miedo, habría ido a postrarme sobre su tumba. Ese duelo disimulado me hizo volver a la taberna. Tomé unos cuantos tragos. No me emborraché, pero volví a casa aturdida. Cuando iba hacia allá, me encontré con uno de mis conocidos rutenos, que me propuso pasar la noche con él.

—Estoy enferma —le dije.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé.

—¿Por qué no dejas a los judíos?

—Son buenos conmigo.

La cara se le torció en un gesto de repugnancia, asco y desprecio. Escupió y se dio la vuelta. Ese fue el final de mis relaciones íntimas con mis paisanos rutenos. En lo más profundo de mi alma, decidí que no dejaría la casa, aunque me pagaran menos, a partir de entonces. La muerte de Benjamin me acercó a Rosa, su mujer. Hablábamos mucho de los niños, de insultos y heridas. Los judíos no se permiten a sí mismos la charla ligera, pero Rosa, en el momento del dolor, se acercó. Más de una vez nos quedamos inmersas en la conversación hasta muy tarde.

Y así se unió mi alma con la de ellos. Criaba a los niños como si fueran los míos. Rosa confiaba en mí, y no cerraba con candado los armarios ni los cajones. El reparto de la tarea era simple: ella trabajaba en la tienda, y yo trabajaba en la casa. Los niños estudiaban y sobresalían en clase y, como ella, yo me alegraba de cada uno de sus logros.

Me escapaba de mis antiguos amigos, pero ellos me seguían a todas partes, y siempre con la misma pregunta:

—¿Qué te pasa, Katerina?

—Nada, ¿qué me va a pasar? —decidí contestar.

A veces iba a la taberna y me tomaba un traguito o dos, pero no me sentaba

mucho rato. La vida de mi pueblo natal me quedaba muy atrás. Seguí yendo a la iglesia, pero solo en las fiestas. Los judíos son malvados, los judíos son corruptos, hay que arrancarlos de raíz, oía en todas las esquinas. Ese runrún me recordaba los inviernos del pueblo, cuando los jóvenes del lugar se organizaban para salir a cazar judíos. Pasaban muchos días hablando sobre ello y riéndose. Para la caza llevaban caballos, perros y espantapájaros, y al final conseguían acorralar a algún judío viejo en el centro del pueblo, torturarlo y amenazarle con la muerte porque él había matado a Jesús. El anciano suplicaba que no lo mataran y, al final, tenía que pagarse él su propio rescate en dinero, y se quedaba allí como helado del susto, mucho rato después del acuerdo.

Entretanto, me enteré de que mi padre había fallecido. Nadie se molestó en informarme. Un paisano del pueblo, con el que me encontré por casualidad, me lo dijo. Cuando volví a casa y se lo conté a Rosa, me dijo: «Quítate los zapatos, siéntate en el suelo, y llora a tu padre como si hubiera muerto hoy».

—Mi padre no me quería.

—Eso no cambia nada. Tenemos el mandamiento de honrar a nuestros padres.

Esa respuesta me impresionó en su sencillez. Me quité los zapatos y me senté. Rosa me dio una taza de café. No lloré a mi padre, que Dios me perdone, sino a mi amor secreto.

Abraham y Meir me enseñaron a leer alemán, y les estoy muy agradecida. No hay placer mayor que la lectura. Abro un libro y ante mis ojos se abren puertas de luz. He ido perdiendo mi lengua materna, y cuando hablo ahora con un campesino, se me mezclan palabras en yiddish con mi idioma. El paisano se ríe y me pregunta: «¿De dónde eres?». Y, cuando le digo que soy rutena, una hija de este pueblo, me reprende. Un campesino me maldijo a voz en grito, diciendo que yo era una bruja, peor que el demonio.

Ciertamente, tras la muerte de Benjamin adelgacé. Ya no tenía los andares de antes, me costaba digerir la comida que no fuera judía y el vodka me daba ardor de estómago, pero no estaba débil ni enferma. Muchos sueños llenaban mi descanso, y eso no era buena señal. Todos los sueños auguran enfermedad. A veces me parecía ver ángeles negros y a veces aves de rapiña. Cuando me levantaba, el olor de la sangre me rodeaba por todas partes. Esos sueños volvían noche tras noche. No le había hablado a Rosa de ellos, pero por fin ya no pude retenerlos más, y se lo conté. La respuesta de Rosa me sorprendió: «¿Y qué querías? Están siempre ahí, acechando».

Al parecer, no era consciente de cuánta razón tenía. En Jánuca, las hordas brotaron de las tabernas y saquearon todas las tiendas judías. Había mucha nieve, las carreteras estaban cortadas y nadie acudió a los gritos de socorro. Los brutos hicieron su sangriento trabajo sin cortapisas. Tampoco pasaron por alto a las mujeres ni a los

viejos. Sus gritos se elevaron hasta el cielo, pero nadie vino en su ayuda.

Al día siguiente la policía contó veintiún muertos, entre ellos tres niños. Rosa había protegido su tiendecita con fiera tenacidad, pero las hordas fueron más fuertes, y la estrangularon.

Nunca olvidaré aquel funeral en la nieve. Los muertos eran más que quienes los lloraban. La nieve cayó sin tregua, y el silencio era como hielo. Los campesinos se encerraron en sus casas como bestias salvajes en sus guaridas. Yo apreté a los niños contra mi pecho y juré sobre la tumba de Rosa que no los abandonaría.

A veces me parece que el tiempo ha detenido su fluir: estoy aún en casa, junto a la pila, lavando sus camisas, sacando brillo a sus zapatos y acompañándolos al colegio. El aire, fuera, es claro. Con los años, su claridad solo se ha hecho más pura. Mi amor por Benjamin no decayó, ni quedó olvidado. Lo veo a veces claramente, pero Rosa está más cerca de mí, como una hermana. Con ella puedo conversar en cualquier momento, y durante horas. Y es siempre como si estuviera sentada a mi lado, con un sentido práctico sin mancha. Hubo un tiempo en que yo no era capaz de valorar como esa rectitud. Ahora sé que vosotros, queridos míos, sois mi raíz en este mundo. He servido en muchas casas durante mi larga vida, he amado a mucha gente y algunos de ellos me amaron a mí, pero de ti, Rosa, recibí valor y paciencia.

Ahora, Dios Todopoderoso, no hay otra alma cerca mí en la tierra. Todos han perecido con muertes horribles. Ahora solo yo los guardo en mi interior. Por la noche, los siento. Se apiñan cerca mí, juntos, y con todas mis fuerzas intento protegerlos. Todos a mi alrededor son delatores y malvados. Nadie es honrado ni nadie tiene compasión.

A veces oigo sus voces, bajas pero muy claras. Entiendo hasta la última palabra. El vínculo no se ha roto, gracias a Dios, y continuamos nuestra larga conversación del verano, las buenas charlas del invierno y vosotros, hijos míos, Abraham y Meir, vuestros uniformes planchados, los maletines atados a la espalda y los excelentes boletines de notas... estáis todos conmigo. Los años no os han hecho separaros de mí. Ahora estoy aquí y vosotros allí, pero no alejados, y no extraños.

## VII

El otoño llegó a tiempo, y Jamilio me trajo dos cestas de víveres. Su expresión es muda y concentrada, como si su voluntad se hubiera borrado completamente. Su cercanía me resulta embarazosa. Y, aunque ya casi no sea ni humano, es más que humano. Gracias, Jamilio, por tomarte tantas molestias. Dios te bendiga, me gustaría decirle en voz alta. Coloca sus provisiones en la despensa y se va a cortarme un poco de leña.

El otoño se nota en mis piernas. La lluvia no es abundante, pero no para. Sin una estufa encendida, uno podría congelarse en esta casa. Jamilio trabaja de firme durante un buen rato arreglando la casa. Cuando acaba, se va en silencio. «Mi ángel, te doy las gracias», le digo con todas mis fuerzas. Hoy, no sé por qué, me parece que ha llegado a oír mi grito.

Estoy conmigo misma durante días enteros. Enciendo la estufa, y el olor de la madera al fuego me lleva a las dispersas regiones de mi vida. Estoy otra vez en Strassov, los huérfanos están conmigo, todo el mundo sumido en el duelo, y nadie viene a visitarnos. Un silencio húmedo nos envuelve, a todos juntos en el suelo. Por la noche, las hordas se desmadran por las calles gritando: «Muerte a los mercaderes, muerte a los judíos». Han forzado la entrada principal de la tienda de cueros de Weiss, robando toda la mercancía, pero el olor de la piel permanece y se dispersa por la calle. Ese olor me saca de quicio.

Sentí que los últimos días me habían cambiado. Era como si un temblor me recorriera los dedos, y supe que si uno de aquellos desalmados hubiera entrado por la fuerza, yo me las hubiera visto con él como lo habría hecho mi padre. No hubiera dudado en clavarle un cuchillo. Sin embargo, decidí que no iba a ponerme a prueba. Recogí algo de ropa y, sin pedir permiso a nadie, salí para el campo con los dos niños.

Había dos judíos pálidos junto al muro de la casa. Tenían el miedo coagulado en el rostro y en los largos abrigos. «¿Por qué no os marcháis?», supliqué. Mi ruego no les hizo ni moverse. Parecían animales enfermos, hipnotizados y sumidos en la ensoñación de la muerte.

Llegué al pueblo a mediodía. Era un pueblo pequeño, colgado en las faldas de una montaña, no como mi pueblo natal, donde las casas están hundidas en el valle y en el fango. Aquí las colinas sonrían, las barrancas son anchas y abiertas y la nieve se reclina en calma, suave y tersa.

Alquilé una casa de inmediato, una casa baja, hecha de gruesas vigas de madera y con techo de paja. «Las ventanas son grandes pero cierran bien, y hay leña de sobra para la estufa», me dijo el casero, feliz de hacer un negocio que no esperaba.

—¿Ha habido disturbios aquí?

—Nada. Ha sido un invierno normal.

Los niños dormían, y yo me cobijé a escondidas en su sueño. Salía a por víveres solo una vez a la semana. Tenía cuidado de no comer nada que no fuera *casher*, prometiendo a Rosa que vigilaría bien a los niños para que ni una brizna de impureza se les pegase. En mi corazón, sabía que prometía en falso. Aquí los rutenos eran los que mandaban en todo, también en mí. El panorama invernal me cautivaba con su encanto. ¿Qué iba a hacer? «¿Qué hago?», me preguntaba, y en el fondo de mi corazón yo sabía que todo aquí —la estufa y los platos, el pan y el aceite, cada centímetro del suelo, el olor de la ropa blanca, todo, hasta las sábanas— era *tref* <sup>[3]</sup>.

—¿Qué hago? —vuelvo a preguntar.

—No importa —dijo Abraham, el mayor, aliviándome de mis dudas.

Así empezó nuestra vida aquí. Fue un invierno largo, del cual pasamos la mayor parte en la gran cama rústica. La estufa rugía y esparcía su calor por la fina penumbra. Los chicos descubrieron rápidamente los placeres de la lengua rutena. Al principio hablaban titubeando, pero luego se acostumbraron a ella. Yo les contestaba en yiddish y les advertía, con una voz que no era la mía, de que debían conservar su idioma, y de que el olvido tenía mucho poder aquí.

El invierno se recrudeció, y me dejó muda. El vodka me arrancaba del silencio por unos instantes. Yo no bebo mucho, pero lo poco que bebía me quitaba el miedo y me devolvía las palabras. Les hablaba a los niños de la necesidad de ser fuertes y de enfrentarse a los malvados sin temor. Sabía que había un punto débil en este discurso, pero no podía reprimirme. Mi valiente, mi amarga madre, hablaba por mí. Aquel invierno, que Dios me perdone, yo amaba a los niños y odiaba a los judíos. Una noche les mostré un cuchillo de carnicero y les dije que era nuestra arma para los momentos de apuro. No debemos temer. Contra los malvados, uno debe luchar con todas sus fuerzas. Estaba borracha, claro está.

Los vientos cálidos llegaron pronto, y fueron desmenuzando imperceptiblemente la nieve de las montañas. Grandes bloques de hielo caían en los barrancos y se hacían añicos con un trueno ensordecedor. Yo sabía que era una señal de lo alto, pero no sabía qué quería decir.

Poco después, la primavera brotó de la nieve muerta. Fue una primavera llena de barro, húmeda, amasada como de por sí. Estos dolores de parto duraron un mes, y por fin la niebla se rindió y el sol bañó la casa y el patio con su cálida luz.

Los niños trabajaban conmigo en la huerta. El sol refulgía agradablemente desde primera hora de la mañana hasta que oscurecía. El día se nos pasaba en un abrir y cerrar de ojos. Por la noche, yo cocinaba *mamaliga* con queso, con un tazón de leche y huevos cocidos. Teníamos buen apetito, el tacto de la oscuridad era agradable, y nuestro sueño profundo.

Los chicos crecieron y se pusieron morenos. En mi corazón, yo sabía que Rosa no

hubiera estado contenta al ver a sus niños en la huerta. Pero yo, o más bien el espíritu malvado que tenía dentro, decía: hay que ser recio. La gente recia devuelve ojo por ojo. Esos judíos muertos de miedo son los que despiertan a los demonios.

En estos paisajes de verano, es fácil convertirse en adicto a las vistas, al agua tan agradable, a la hierba suave y lisa. Mi vida estaba llena de límites, pero también de energía. Por la noche me derrumbaba junto a los niños, y parecía como si mi mano quisiera hacer la señal de la cruz. Sabía que algo no iba bien, pero no sabía exactamente qué es lo que iba mal. Los chicos fueron perdiendo sus recuerdos junto a mí. Los días se hicieron más largos, y por la noche nos sentábamos en un peldaño y devorábamos sandías.

En el curso de aquel largo y maravilloso verano, que Dios me perdone, me olvidé de Rosa más de una vez. No les recordaba a los niños sus deberes y no les insistía en que rezasen. Después de trabajar todo el día, corrían por las laderas como los hijos de los campesinos. Más de una vez, pequé por embuste. Les prometí que un día regresaríamos a la ciudad y a los judíos. Ellos no hacían muchas preguntas, y yo no les daba respuestas. Yo sabía, lo sabía en todo momento, que este placer no duraría mucho más, pero dejaba de lado los malos pensamientos y los temores. Trabajaba en el campo. Lavaba. Planchaba. Estaba segura, en mi inocencia, de que esas tareas tenían el poder de ocultarme de los malos ojos.

El verano estaba en su cénit cuando, como en mitad de una pesadilla, apareció la cuñada de Rosa, una mujer recia y decidida, a la que acompañaban dos matones rutenos. La vi en la puerta de la cabaña, y me quedé helada. «¿Dónde habéis estado?», increpó a los niños como si yo no existiera. Los niños se quedaron estupefactos. Luego se dirigió a mí, con una voz que yo no había oído desde que mi madre muriera, mezcla de ira y ahogo, y me dijo: «¿Por qué has secuestrado a los niños? Es delito secuestrar a niños. Todo el mundo confiaba en ti, ¿y así es como nos pagas?».

La sangre me hervía en las venas, pero no me salían las palabras. Era como antaño, en el campo, cuando mi madre caía sobre mí por sorpresa y me pegaba hasta hacerme sangrar. Esta vez no me golpeaba una mano, sino una boca. La mujer se volvió hacia los niños de inmediato y, con una sonrisa falsa, les dijo: «No nos habíamos olvidado de vosotros. Os hemos estado buscando por todas partes. Hasta en el último rincón». Los niños no dijeron ni una palabra. Se acercaron más, apretándose contra mí, y su cercanía me liberó del silencio. Abrí la boca y dije: «¿Por qué hace usted esas falsas acusaciones contra mí? He cuidado de los niños. Los hijos de Rosa me son tan queridos como los míos propios. ¡Deje que los niños hablen por sí mismos!».

Los niños seguían a mi lado, temblando.

La mujer no me hizo el menor caso.

—¿No reconocéis a la tía Frantzi? —les dijo con voz gruesa.

Yo no podía moverme, como prisionera de un sueño. Todo el mundo parecía más alto y más fuerte que yo. Me volví hacia uno de aquellos rutenos rústicos y le dije:

—No la creas. Te está malmetiendo.

—¡Secuestradora! ¡Cállate! —la mujer me oyó y me increpó.

—¡Maldita seas! —las palabras se me escaparon desde lo más profundo.

Los rutenos se acercaron y me dijeron que los judíos estaban pagando seis mil en monedas por cada persona desaparecida a la que localizasen.

—¿Para qué quieres a estos chicos? Te daremos un abrigo nuevo y unos chanclos alemanes —me dijeron en mi lengua, como a una hermana.

Mientras tanto, la mujer se había agachado y estaba hablando con los niños. Sus palabras se me clavaban en la carne.

Déjales en paz, quería gritarle.

—Coged vuestras cosas y vámonos —dijo uno de los rutenos a los niños.

Esa interpelación directa les asustó, y se me pegaron aún más.

—Queremos devolveros a vuestra familia.

—Yo quiero con Katerina —dijo Meir, estallando en lágrimas.

—Katerina no es vuestra madre, ni siquiera es vuestra tía.

Entonces les habló su tía:

—No debéis olvidar que vosotros sois judíos. Vuestra madre está en el reino de la verdad, y no tiene paz allí. Llevo ya dos meses yendo de pueblo en pueblo.

—Queremos con Katerina —aulló Meir otra vez.

—No debéis hablar así. Vuestra tía ha venido a rescataros. Sois judíos; no debéis olvidar que sois judíos.

—¿Por qué hablas con él? ¿Por qué tenemos que rogar nada? —dijo uno de los rutenos—. Nos los llevamos y en paz.

—No te los llesves por la fuerza —las palabras me salieron solas.

La paciencia del ruteno se quebró.

—Hacemos lo que podemos. Pero, si la gente no quiere entender, no hay elección. ¿Qué quieres? ¿Vernos suplicar?

—Chicos —dije, y la voz se me quebraba en la garganta—, vosotros decidís. Yo no quiero interferir.

—Nos quedamos contigo —dijo Abraham, que aún no había pronunciado palabra.

—¿Qué dices? —le dijo el ruteno con brusquedad—. Tenéis que volver. Donde tenéis que estar es con los judíos. Esta señora os ha estado cuidando, pero ahora os vais a casa. ¿Entendido?

Por un instante, estuve a punto de suplicar a los rutenos, mis paisanos, de decirles que esos niños eran para mí lo más precioso del mundo. Yo los había criado y, sin

ellos, mi vida no era vida. Pero me di cuenta de que no iban a renunciar a la recompensa, y me callé.

De repente, los niños dieron un salto y echaron a correr en dirección al bosque. En cuestión de segundos, habían desaparecido.

«¿Qué les has hecho?». La mujer estaba conmocionada, pero los dos rutenos no se arredraron. Subieron a la cima de una ladera y se separaron. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver su fuerte determinación. Avanzaron con lentitud, con pasos ágiles y, en el borde del bosque, saltaron sobre la vegetación como lobos. El bosque cerró de un golpe sus accesos.

—¿Qué les has hecho? —me repitió la mujer, rechinando los dientes—. ¿Por qué huyen de mí?

—No lo sé, no soy bruja —dejé caer toda mi ira en la última palabra.

Al parecer, la mujer notó mi furia y dijo:

—Soy su tía. La obligación de criarlos y educarlos recae sobre mí. Llevo ya dos meses de acá para allá. ¿Por qué no nos los trajiste?

—Tenía miedo —y ahí revelé una media verdad.

Esa simple frase le hizo efecto. La mujer escondió el rostro entre las manos y se echó a llorar. Yo entonces supe con gran claridad que había adoptado a los niños en las dos estaciones que había pasado con ellos. Nadie podría romper ese vínculo.

Mientras tanto, la mujer se sacudió las lágrimas.

—He ido a pie de pueblo en pueblo. Por fin, los judíos tuvieron piedad de mí y pagaron a esos rutenos para que me encontraran a los niños. Yo no tenía confianza en ellos, pero la verdad es que sabían dónde buscar.

Me sentía débil y, en mi gran debilidad, dije:

—Los niños han rezado todas las mañanas.

—Gracias. Te doy las gracias de corazón —dijo la mujer, sin prestar mucha atención—. ¿Que han rezado, dices?

—Sí.

—Gracias a Dios, no todo es tan negro —el temor se le borró del rostro por un instante, y añadió—: es duro andar de acá para allá. Se me hincharon las piernas. Pero hay cosas más importantes que la vida de una. Esto debes decírtelo de vez en cuando. Más de una vez, me dije a mí misma, «deja a tu pobre cuerpo que descanse un rato». Gracias a Dios superé la tentación. ¿Qué hacían los niños todo este tiempo?

—Jugaban en el patio.

—¿Y tú no les decías nada?

—¿Qué les iba a decir?

En el fondo de mi corazón, sabía que la suerte de los niños estaba echada. Nada escapa a las fauces del lobo, y esos rutenos eran peores que lobos. No saldrían del bosque con las manos vacías. Pero en secreto, Dios me perdone, estaba satisfecha del

valor de los niños. Era una señal de que yo había hecho germinar algo de mí en su interior.

—¿Dónde están? —la mujer pareció salir de un letargo—. ¿Tú conoces el bosque?

Me sobrepuse a la reticencia y la miré de cerca. Tenía unos cuarenta años, el pelo ralo, y dos grandes arrugas rosadas le surcaban la frente. Había sido robusta en tiempos, según parecía, pero ahora tenía las piernas hinchadas y apenas se sostenía de pie.

—Rosa nos ha dejado —siguió murmurando—. Dios quiera que sus méritos protejan a los niños. Yo ya no puedo más con las piernas.

Cayó la tarde, pero el cielo no se oscureció. Las luces del atardecer ardían en las copas de los árboles.

—¿Dónde están? Soy su tía. Es mi deber. ¿Por qué han huido de mí? No soy ningún monstruo.

No te preocupes, que los encontrarán, estuve a punto de decirle, pero fue innecesario. Desde el bosque nos llegaron unos gritos rotos, sofocados. En cuestión de segundos, los gritos se convirtieron en llantos ahogados.

Los rutenos salieron del bosque, enarbolando a sus presas como si fueran conejos. «Hijos de puta», las palabras llegaron a mis oídos antes de que arrojasen a los niños al profundo remolque de su carreta. La mujer se levantó y corrió hacia ellos con cierta torpeza apresurada, como quien oye que ha sucedido una catástrofe. Los dos rutenos la esperaban junto a uno de los caballos, en una postura que traslucía su brutal satisfacción.

—¿Dónde están los niños? —preguntó la mujer, con voz estúpida.

Subió a la carreta a gatas y se agarró a las barras. Los rutenos montaron de un salto y, sin decir nada, hicieron restallar los látigos. Los caballos alzaron las patas y la oscuridad los engulló.

Yo me derrumbé como un edificio al cual le hubieran quitado los cimientos. Durante un buen rato traté de obligarme a entrar en la casa, pero me pesaba todo el cuerpo, y las fuerzas se me habían acabado.

## VIII

Al día siguiente me levanté temprano, empaqué mis escasas pertenencias y, sin demora, me puse en camino. Los vientos del otoño soplaban ya con fuerza, pero el cielo estaba despejado. Todo lo que había sucedido el día anterior parecía haberse borrado de mi memoria. Mi cuerpo estaba hueco, como después de una noche de borrachera.

Al mediodía me sentía más animada y me senté bajo un árbol. Un cachorrito se me acercó y estuve jugando con él. Después, me sentí tentada de bajar al río y darme un baño, pero cambié de idea inmediatamente. Me puse de pie y volví a la carretera principal.

El atardecer iba esparciendo sus frías sombras por los campos cuando volví a ver, como en un escenario, a los dos rutenos que habían llegado en secreto y estaban en el patio. Tampoco aquella mujer se me borraba de la vista, su cuerpo torpe y sus piernas hinchadas, y la pregunta que me repetía: «¿Quién te enseñó yiddish?». Al final, no pude reprimirme y le dije: «Nada judío me es ajeno». Al parecer, notó mi ira y no me preguntó nada más.

Aquella misma noche me senté en El Ratón de Campo y me bebí unos cuantos tragos. Las calles estaban tan iluminadas como el primer día en que yo había llegado allí. Estaba cansada, y me temblaban los dedos. Desde que no había ido por allí, la gente había cambiado. Los borrachos de siempre se habían ido, y ahora otros nuevos ocupaban su lugar. Mientras buscaba alguna cara conocida, vi a mi prima María. Llevaba años sin verla. No había cambiado nada: la misma mirada de descaró, la misma vitalidad vigorosa. La apreté contra mi pecho y todas las humillaciones que había pasado parecieron levantarse frente a mí. María pareció notar que me sentía perdida, y allí mismo, en el momento, declaró: «Vamos a darnos una cena a cuerpo de rey».

—¿Dónde estás tú?

—Con los judíos.

—A mí me cuesta mucho trabajar para judíos más de un mes.

—¿Por qué?

—Me ponen nerviosa.

Desde mi infancia, siempre que me sentía deprimida, María me sacaba del hoyo. No conocía la palabra peligro. Saltaba al río desde el puente como los pescadores, montaba a caballo, navegaba en una balsa y gritaba a voz en cuello «¡Hijo de puta!». Si se le metía algo en la cabeza, lo hacía sin vacilar.

—¿Adónde te diriges? —le pregunté.

—Me voy dentro de dos horas.

—¿Adónde?

—A Viena.

Se había complicado en más de una ocasión y más de una vez necesitó un ginecólogo. Y sin embargo, de todas sus tribulaciones salía más fuerte y más audaz.

—Estoy cansada de todos. Necesito renovar el paisaje —exclamó.

La envidié, porque mi voluntad está siempre acobardada. Por un instante, estuve a punto de decir: yo también voy, pero sentí que no estaba preparada aún para un viaje como ese. A María le bastaba con formular un deseo para extender las alas y despegar.

Dimos cuenta de una cena estupenda. De repente, vi mi pueblo frente a mí, los prados y el ganado, y a mi madre delante de la puerta del establo con una horca en la mano, los ojos llenos de desprecio condensado. Claramente, su desprecio iba dirigido no solo a su marido y a su cuñada, sino también a sus amigas de la infancia que se habían enriquecido y ahora fingían no conocerla. Algo de esa mirada asomaba ahora en los ojos de María.

La acompañé hasta el andén. Supe entonces que, de no haber sido por María, es posible que yo no hubiera llegado a dejar mi pueblo. María me miró con bondad pero sin compasión, y dijo: «No te desalientes. Debes aprender a escuchar tus deseos y a no tener en consideración los de nadie. La gente que es demasiado considerada cae en la trampa. Si estás decidida a robar, pues roba. Si un muchacho te gusta, acuéstate con él allí mismo. La verdadera voluntad no tiene límites».

Así era María. La acompañé hasta la escalerilla y me eché a llorar. Mi corazón me decía que no la iba a ver más. Mucha gente se me ha borrado de la memoria, pero María no. La tengo bien guardada en el corazón, y muchas veces pienso en ella. Hay que decir en su favor que nunca daba falso consuelo a nadie. Exigía valor a todo el mundo, incluso a los débiles. Despreciaba a los judíos porque aman la vida, porque se aferran a la vida a cualquier precio. «Si no arriesgas tu vida, no merece la pena vivirla», solía decir.

Me separé de María, y se apagó de golpe la luz que brillaba sobre mí. Si aquel viejo revisor hubiera venido a mí y me hubiera dicho: «Ven conmigo a la casa del guarda y caliéntame los huesos», me hubiera ido con él. No había en mí voluntad alguna. Me derrumbé en una esquina y me quedé dormida.

La mañana siguiente fue fresca y despejada, y yo sentía ardor de estómago. Unos cuantos borrachos se apiñaban en una esquina y maldecían la oficina de impuestos y a los judíos. Había unos judíos vendiendo, en puestos ambulantes, caramelos envueltos en un repugnante papel rosado.

—No tengo miedo —dijo uno de los judíos más viejos, emergiendo de una abertura en la pared.

—Volveré —le amenazó el matón.

—Ya no tengo miedo a la muerte.

—Eso lo veremos.

—Iré hacia la muerte con los ojos abiertos —el judío salió de su escondrijo y se puso en mitad de la acera.

—¿Y por qué tiembles?

—No estoy temblando. Ven y lo verás.

—Me das asco.

—Tú no eres un ser humano. Eres una bestia de rapiña —dijo el judío, y se metió en su agujero sin darse prisa.

Yo no tenía amigos ni parientes allí. Mi bolsa primero disminuyó y luego se vació. Me quedé en la bulliciosa estación de tren igual que el día de mi llegada. Mi lengua materna me evocaba una visión escondida en mi interior: el funeral de mi madre. Yo me había prometido a mí misma con frecuencia que volvería al pueblo y me arrodillaría ante la tumba de mis padres, pero no había cumplido la promesa. Mi pueblo natal siempre me había dado miedo, y más aún entonces. Me acurruqué en una esquina y me quedé dormida. En sueños vi a Rosa sentada en la cocina, rodeando con la palma de la mano una taza de té. Una luz fría se derramaba sobre su frente, tenía los pómulos muy marcados y no se cubría el cabello gris con una pañoleta. En su rostro no había belleza, solo un raro sosiego.

Al día siguiente, estaba allí de pie, perdida entre la masa, cuando una mujer se acercó a mí y me dijo: «Quizá quieras trabajar para mí». Tras varios días deambulando, viviendo penosamente y desesperándome, de nuevo aparecía un ángel de las alturas. Dios Todopoderoso, no me suceden más que milagros. Milagros que se renuevan cada día y yo, con mis prisas, diciendo que aquí no hay más que fealdad y tinieblas.

La mujer era alta, de movimientos medidos, muy hermosa, como una heroína de la nobleza polaca. Por un instante, me agradó que la suerte me hubiera favorecido con una cara nueva, esta vez. Un hogar judío es un lugar tranquilo, pero estricto.

—¿Dónde has trabajado hasta ahora?

Se lo dije.

—Yo también soy judía, espero que no te importe.

Me quedé boquiabierta y, muy abochornada, le dije:

—Estoy familiarizada con las leyes del *cashrut*.

—Nosotros somos judíos, por supuesto, pero no seguimos los mandamientos.

No supe qué responder, así que respondí:

—Como usted diga.

La casa era espaciosa, diferente de los hogares judíos habituales. En el salón había un piano, y estanterías de libros en todas las habitaciones. Aquí nadie bendecía ni rezaba, y en la cocina no había separación entre leche y carne. Aquí solo se cuidaba una cosa: el silencio. «También hay judíos de otras clases», me había

informado María en una ocasión. «Judíos librepensadores. No me gustan. Los ortodoxos son un poco ásperos, pero estables». En aquel momento, no entendí a qué se refería.

—Me llamo Henni, y soy pianista —se presentó la mujer—. No me llames señora ni señorita Trauer, y no te dirijas a mí formalmente. Llámame Henni y te lo agradeceré.

—Como usted diga.

—Comemos muy poca carne pero mucha fruta y verdura. El mercado no está lejos. Aquí está la despensa, y estas son las cazuelas y las sartenes. Yo no tengo tiempo de nada. Soy una esclava, como podrás ver. ¿Qué más? No me parece que se me olvide nada.

Henni practicaba hora tras hora, y por la noche se encerraba en su habitación y no salía hasta la mañana. Con Rosa yo me había acostumbrado a hablar y comentábamos todo, hasta los secretos. Hubo días en que me olvidaba de que yo había nacido de padres cristianos, de que estaba bautizada y había ido a la iglesia, tan inmersa llegué a sentirme en el modo de vivir judío y en sus días sagrados, como si no hubiera habido otros. Y aquí no había sabbat ni días de fiesta. Al principio aquella vida me pareció un camino de rosas continuo, pero pronto me di cuenta de que la vida de Henni no era fácil en absoluto. Una vez al mes viajaba hasta Czernowitz para actuar en el auditorio y cuando volvía su rostro casi siempre estaba demacrado, tenía el humor sombrío y no salía de su habitación durante días. Su marido, Izio, un hombre callado y de modales suaves, intentaba consolarla, pero las palabras no servían de nada. Henni estaba furiosa consigo misma.

—Henni, ¿por qué estas enfadada? —me atreví a preguntar.

—Mi actuación fue horrible, peor que despreciable.

—¿Quién dijo eso?

—Yo lo dije.

—Uno no debe culparse a sí mismo —usé aquí una de las expresiones de Rosa.

—Eso es fácil de decir.

No me hacía caso. Me resultaba difícil acercarme a ella. No la entendía. En el pueblo nunca había conocido a mujeres como ella, y Rosa era distinta. A veces, tras muchas horas tocando el piano, venía a mí y, como distraída, me decía: «Katerina, te agradezco mucho tus servicios. Te doy cien de más. Si no fuera por ti, yo no tendría casa. Mi casa eres tú».

La madre de Henni solía aparecer antes de las vacaciones; era una mujer alta y poderosa, que daba miedo a todos. La anciana señora era muy ortodoxa y le angustiaba el modo de vida de su hija. Se dirigía directamente a mí, diciendo: «Mi hija, y bien que lo siento en el corazón, ha olvidado sus orígenes. Su marido no es mejor que ella. Lo que uno debe hacer es lo que place a Dios».

De inmediato, me ordenaba sacar todas las cazuelas y sartenes de los armarios, hervir una gran perola de agua y preparar arena y lejía. Henni se encerraba en su habitación y no salía de ella. La anciana señora se puso muy contenta de que las leyes del *cashrut* no me fueran desconocidas, y de la alegría me dio un gran abrazo y me dijo: «Estoy contenta de que haya en este mundo alguien que me entiende. Mi hija no me entiende, piensa que estoy loca. Katerina, tenga la atención de vigilar la casa y le pagaré bien por estar en guardia. ¿Qué puedo hacer? Para mi hija son más importantes los conciertos que una casa *casher*. Pero usted me comprende, ¿verdad?».

Pasamos una semana trabajando para purificar la casa. Al final de ese periodo, la cocina estaba dividida en dos zonas, de lácteos y de carnes, como mandan las reglas. La anciana señora me dio un billete de doscientos y dijo: «Esto es mucho dinero, pero me fío de usted. Mi hija está viviendo en pecado, y no puedo hacer nada. Todo lo hace solo por molestarme. Si usted vigila la cocina, quizá la comida *casher* le transmita buenos pensamientos».

Luego, se acercó a la puerta de la habitación de su hija y dijo: «Henni, Henni, he dejado la cocina organizada junto con Katerina. Me vuelvo a casa. ¿Me oyes?». No se oyó respuesta alguna. La mujer subió a su coche de caballos y se puso en camino.

Por la noche, ya tarde, Henni salió de su habitación y dijo: «Se acabó. Hemos sobrevivido al paso de la apisonadora otra vez». En ese instante, nuestros ojos se encontraron y mi alma se unió a la suya. Aquella misma noche me contó que había habido un tiempo en que su madre y ella estaban muy unidas, pero que en los últimos años su madre había sido presa de los escrúpulos religiosos. Aparecía una vez cada dos meses, como un tornado. Era una mujer muy fuerte y el efecto de sus temores era fuerte también. Le parecía, nadie sabía por qué, que Henni estaba a punto de convertirse al cristianismo.

Aquella noche Henni me contó que Izio no era su marido sino un amigo de la infancia, con el que llevaba años viviendo. Izio estaba estudiando los antiguos, maravillosos monasterios que se hallan dispersos por Bucovina. Con el paso de los años, había empezado a hallar placer no solo en las antigüedades, sino en el modo de vida de los monjes. Los fines de semana volvía, cansado y lleno de polvo, como un vagabundo. Eso, por supuesto, era solo lo que estaba a la vista; se hallaba completamente anegado de descubrimientos y experiencias, y parecía uno de los monjes.

Yo estaba feliz allí. Tenía toda la casa a mi entera disposición, y la recorría de parte a parte, con la música por compañía en cada rincón. A veces me parecía una iglesia donde reinaban los ángeles. Cuando Henni se iba a Czernowitz, el silencio me pertenecía solo a mí.

Me pasaba días enteros sola, siguiendo escrupulosamente las reglas de la anciana

señora. Henni a veces me tomaba el pelo y decía: «Tú eres mi rabino, tú eres mi Biblia. Si no fuera por ti, ¿quién iba a saber que hoy es Shavuot?». Para la fiesta de Shavuot preparé queso y tarta de fresa; me acuerdo de cómo Rosa me contó que Shavuot era una fiesta blanca, que la Torá se había dado en un día en el que todo era luz. Mis pasteles no conseguían endulzar la tristeza de Henni. Cuando volvía de sus viajes, estaba hecha trizas y tenía el ánimo turbio.

—¿Por qué no estás contenta? ¿Qué ha pasado? Todos los periódicos alaban tu actuación.

—Pero yo, querida mía, sé de los defectos. Los aplausos no pueden reparar unos defectos tan hondamente arraigados.

—¿Por qué te torturas a ti misma? —ya no puede reprimirme más.

—Soy así, ¿qué le voy a hacer?

En el fin de semana, Izio solía volver con un fardo de libros apretados contra el pecho. Parecía un monje de los que van recorriendo el patio en silencio con pasos firmes e iguales; cuando llegan a la pared norte, dan un golpe con un mazo de madera, para recordar a sus hermanos que ha llegado la hora de la oración.

—¿Adónde vas? —oí la voz de Henni.

La respuesta de Izio me impresionó:

—Voy a mí —respondió, sin añadir más.

Me resultaba difícil entender su vida juntos. A veces parecían enamorados, y a veces era como si estuvieran juntos por azar. Yo, en cualquier caso, respeté mi promesa y observaba las leyes del *casher*. Observarlas me da mucha alegría, como si hubiera vuelto con Rosa y con los niños.

Al cabo de un tiempo, la vieja señora volvió a caer sobre la casa como un torbellino. Cuando se hubo asegurado de que todas las ollas y sartenes estaban aún en su lugar, y los utensilios para la leche separados de los de la carne, me abrazó y me besó. Henni, naturalmente, no se sintió muy complacida. Unos días antes había vuelto de la capital, cansada y, otra vez, deprimida. Una vez más, los periódicos habían alabado su forma de tocar, pero ella los despreciaba y ahora tenía a su madre en casa, con sus creencias anticuadas y todos sus miedos. Como Henni no quería abrirle la puerta, su madre se sentó conmigo y me explicó el asunto: «Todo es culpa de Izio. Él la ha corrompido».

—Es un hombre muy apacible —dije yo en favor de Izio.

—Eso no es paz, sino locura. Está enamorado de los monasterios, y no me sorprendería nada que un día se convirtiera, abandonando la fe de sus antepasados.

Antes de irse, me dijo: «Los grandes días sagrados están a punto de llegar. Por favor, sea atenta y recuérdelos a Henni. Ha perdido todo contacto con el cielo. Está completamente sumida en sí misma. Ojalá Dios tenga compasión de ella; necesita mucha compasión».

Pasó aquella estación, y así año tras año; yo estaba inmersa en la vida de Henni como si fuera la mía propia. La acompañaba cuando se iba, y le daba cariño cuando volvía. Volvía hecha trizas, sombría, pero yo también le tenía cariño a su tristeza. Al cabo de una semana de sueños inquietos, solíamos sentarnos durante horas. Yo vi con mis propios ojos cómo la música la iba destruyendo día tras día, cómo se embriagaba, vomitaba y se embriagaba otra vez. No tenía el poder de salvarla.

El desastre, o como se le quiera llamar, vino de otro lado. Izio se derrumbó y se aferró a los monasterios con una especie de deseo morboso. Le cambió el rostro y una luz verdosa lo cubrió. La anciana señora resultó tener razón: Izio fue demasiado lejos. La fe cristiana le dio alcance, y un día apareció con hábito de monje.

Esa misma semana, Henni vendió la casa, hizo tres maletas y, sin despedirse de nadie, se fue a Czernowitz. Me liquidó hasta el último céntimo. Antes de dejar la casa, me dio un paquetito de joyas y me dijo: «Esto es para ti. Te será muy útil».

## IX

Volví a la taberna. Cada vez que dejaba una casa, volvía a la taberna. Me sentaba junto a la ventana, y ante mis ojos aparecían una por una las imágenes de los días del pasado. Dos comerciantes habían comprado la casa de Henni tras una breve negociación; Henni no regateó mucho. Quería vender la casa, pero sobre todo quería quitársela de encima; los comerciantes se dieron cuenta y consiguieron hacerle firmar un contrato rápidamente.

Tras la venta, Henni rompió en lágrimas. Los sollozos le hacían temblar todo el cuerpo. Yo quise decir algo, pero nada de lo que se me ocurría parecía apropiado. Me quedé allí como una imbécil y, cuanto más tiempo pasaba, más evidente parecía mi imbecilidad.

—Haz una sopa de verduras —me dijo Henni de pronto.

—Ahora mismo —respondí, contenta de que me liberara de la vergüenza de estar en silencio.

Comimos la sopa, y Henni habló con entusiasmo de la necesidad de huir de los empresarios dominantes y vivir una vida sencilla, lejos de la gente y cerca de un bosque. Me costaba seguir sus palabras, pero sentía que estaba intentando determinar el error que había arruinado su vida, y advertirme contra la ceguera que la va arrastrando a una, imperceptiblemente, hacia la destrucción.

Al día siguiente Henni estaba ya de camino a Czernowitz y yo, con dos fardos a cuestas, me hallaba sin hogar, como el día de mi llegada. Podría haber vuelto al pueblo. Las mujeres de mi edad solían volver al pueblo, casarse y tener hijos, y el pasado quedaba borrado. Hasta las prostitutas volvían y se casaban y criaban a sus niños, pero yo sabía que ese no era mi sitio y no volví.

Me sentaba en la taberna y esperaba un milagro. Mientras tanto, las proposiciones ofensivas no escaseaban. Los campesinos jóvenes se me pegaban, me hacían promesas, me amenazaban. En tiempos me hubiera acostado con cualquier tipo de buen grado, pero los años de servicio a los judíos me habían cambiado, al parecer. Aquellos bastos campesinos ahora me daban asco.

—Estoy enferma —mentía.

—¿Qué te pasa?

—Me duelen los riñones.

Los rumores corrían de boca en boca. Ahora me evitaban o se mantenían a distancia y, cuando se emborrachaban, me echaban a empujones. Yo me daba cuenta de que miraban como se mira a un judío: con una mezcla de ira y asco.

Pasaba horas sentada recordando el rostro de Henni. Su presencia era palpable incluso en su ausencia. Me parecía entonces que podía tender un vínculo hacia ella, como con una hermana, pero Henni estaba en Czernowitz y yo allí. Bebía un trago

tras otro y me animaba. Con Rosa yo había intentado quitarme de beber, pero mi fuerza de voluntad no era firme. Sin un trago, me entraban temblores. Cinco o seis me elevaban por encima de la depresión y me daban fuerzas para vivir. Pero en los días en que se me iba la mano —y una vez a la semana se me iba— tenía alegres alucinaciones. A veces me parecía que estaba sentada junto a mi madre. También a mi madre le gustaba beber, pero ella siempre bebía sola. Todas sus acciones se realizaban en soledad, con los dientes apretados.

Mientras tanto, empezaban a rodearme unas miradas llenas de maldad. Tienes que volver a tu pueblo, me regañaban los ojos de los rutenos. Así era la costumbre de esta zona: si alguien está enfermo o ha perdido la cabeza, le devolvían a su pueblo natal. Si los hermanos no conseguían devolverle, le devolvían sus primos. A veces, la buena acción la realizaba un ruteno cualquiera: un ruteno siempre es un ruteno. Si la vida se te ha torcido, debes volver a tu pueblo natal y pedir perdón a tus difuntos padres, prometiendo que en adelante no vas a volver a dejar su amparo y, si te vas, todo lo que suceda será por tu propia culpa.

Esos ojos llenos de maldad me persiguieron durante semanas. A final, hice lo que tenía pensado hacer: me subí en el expreso de la noche y me fui a Czernowitz. Tuve la mala suerte de encontrarme a bordo a mi vieja prima Sarina, que empezó a acosarme a gritos: «Has abandonado la casa de tus antepasados. No se abandona la casa de los antepasados». La recuerdo muy bien: era una mujer con mala suerte, viuda desde muy joven. Sus hijos no la querían, se apartaban ella, y ella no les dejaba en paz. Una vez azuzó a un cura contra sus hijos para que les recordara su deber de honrar a la madre. Había pasado su vida en soledad y amargura. Y ahora me había encontrado a mí.

¿Qué iba a responder yo? Me callé, por supuesto. Le dije que iba a hacerme unas pruebas al hospital y que, cuando las acabaran, volvería a casa. Se aplacó un poco, pero no del todo: insistió en que se lo prometiera, y de hecho se lo prometí. Durante el viaje me habló de los últimos días de mi padre, de su enfermedad y de su esposa, que lo había atormentado. Mientras estuvo enfermo hablaba a menudo de mi madre, su amor de juventud, y con eso solo había conseguido echar más leña al fuego de la maldad de su mujer.

—Ella lo envenenó —dije, sin poder contenerme.

—Eso dijo la gente. Pero su castigo no fue pequeño, tampoco —escupió Sarina, no sin cierto placer ante la desgracia ajena.

Al cabo de una hora de viaje, Sarina dejó de hablar y se quedó dormida. Yo eché un vistazo a mi alrededor: no había extranjeros, solo rutenos hijos de rutenos. Su naturaleza campesina llenaba el vagón. Yo entendía su forma de hablar y apreciaba los sabores de su idioma, y cuando sacaban una torta de maíz de sus cestas de colores, sabía que ese alimento les deleitaba el paladar más que ninguna otra

exquisitez. Incluso el olor de sus abrigos, el sudor de sus cuerpos... todo, hasta la forma de anudarse los cordones de los zapatos, me era cercano y familiar, pero una fina barrera seguía separándome de ellos. Esa barrera me impedía acercarme, preguntarles cómo estaban y probar sus alimentos tan queridos.

—¿Por qué no te bajas conmigo? —me preguntó distraídamente Sarina, cuando la desperté. Parecía haber olvidado los pretextos que yo le había aducido.

—Iré pronto —dije, y la ayudé a bajar sus fardos.

—Júralo —me sorprendió.

Juré.

El olor de los campos tan familiares me abrumó a la vez que el juramento, y me eché a llorar. Lloré por mi soledad, por mis pasos errantes, por aquel lugar que me había expulsado sin una sola bendición. Recordé a los dos niños a los que habían arrancado de mí, y la herida volvió a sangrar. Los vagones se pusieron en movimiento, y el tren empezó a ganar velocidad. Mi llanto fue serenándose.

En las siguientes estaciones el paisaje cambió. Unos cuantos judíos se unieron al viaje. Yo era capaz de distinguir a los judíos desde lejos, tanto si eran religiosos como si no. De joven les había tenido miedo, pero ahora, cuando me encontraba a un judío, sentía una secreta afinidad. Se les distinguía por unas cuantas señales: eran bajos, delgados, e iban cargados de bultos. Su abundancia de fardos llamaba inmediatamente la atención. En los trenes, los campesinos trataban de robarles. Ellos suplicaban y sobornaban y, cuando el soborno no surtía efecto, defendían sus maletas con peligro de sus vidas. A mí me gustaba observarlos. No voy a ocultarlo: me atraían. Los años que había pasado con ellos no habían echado a perder esa atracción secreta. Me embrujaba su forma triste de sonreír, pero Rosa estaba más cerca de mí que ninguno de ellos. En compañía de Rosa, yo podía hablar o quedarme callada, y no importaba.

Mientras les miraba maravillada, un judío viejo se acercó a mí y me preguntó si querría ayudarle a llevar sus bultos desde el andén hasta el tranvía.

—Encantada.

—Te pagaré.

—No hace falta.

—¿Por qué? Tengo seis bultos, y pesan mucho.

—No necesito el dinero.

Al judío le asustaron mis palabras, y dijo: «Lo haré yo solo». No conseguí convencerle: todas mis súplicas fueron en vano, y se mantuvo en sus trece: «Lo haré yo solo. Siempre lo hago yo solo». La confianza que había depositado en mí un momento antes parecía haberse desvanecido. Cuando llegamos a Czernowitz, ató los seis bultos en uno, se los sujetó al cuerpo y, muy lentamente, los arrastró hasta el tranvía.

Pasé en la taberna mi primer día en la capital. Las tabernas de la capital, hay que admitirlo, son más vistosas, pero están hechas más o menos con las mismas pautas: dos largas mesas de madera con un banco macizo a cada lado. Yo había tenido en mente la idea de irme directamente al auditorio de la ciudad, donde solía actuar Henni, pero, como me sucedía tantas veces, no llegué a tiempo. Bebí demasiado, y a última hora ya no podía tenerme en pie. El dueño de la taberna me dejó dormir en el suelo, pagándole.

Al día siguiente encontré a Henni, y las dos lloramos como crías. Henni se había quedado muy delgada, tenía el rostro demacrado y llevaba un vestido que le marcaba todos los huesos de los hombros. «Necesitas descansar», le dije. Y, aunque ella dijo que era verdad, ¿cómo iba a librarse de un contrato que la obligaba a dar veinticuatro conciertos?

Solo entonces me di cuenta de cuánto la había echado de menos. Por cierto, no había abierto aún el paquetito de joyas que me había dado; lo llevaba atado al cuello, y me decía a mí misma: «Este será mi talismán». Ahora sentía el deseo de adornarme con una de ellas.

Henni estaba de un humor difícil y determinado. Hizo unos comentarios despectivos sobre Izio y su decisión de hacerse monje, y al final dijo: «Odio los monasterios. Nunca perdonaré a los monjes por los pecados que cometen. La gente es libre».

Al día siguiente conocí a su empresario: un judío joven y rechoncho, codicioso y exigente. Él había preparado la gira de conciertos hasta la última nota. A mí, no sé por qué, aquella precisión me sonaba como una orden de destierro. No debes alejar a la gente de su hogar, estuve a punto de gritarle, pero mi voz no me secundó.

Más tarde, nos sentamos y bebimos unos tragos. La voz de Henni vibraba. Hablaba con algo parecido al entusiasmo de la necesidad de superar las debilidades y practicar mucho, ya que solo la práctica puede enmendar los fallos. Aquella voz no era la suya, sino una prestada para esa conversación. De qué hablas, quise decir para que se detuviera. Debes cuidar de tu salud, descansar en el campo. Pero no fui capaz de hablar. Su voz salía a borbotones y me sumía en el silencio. Al final, dijo: «No importa, nos veremos mucho y pasaremos muchos días hablando. Tenemos mucho de qué hablar. Mucho».

Al día siguiente, Henni salió hacia las provincias y yo, en mi desesperación, me senté en la taberna y me tomé unos cuantos tragos. Después, como sin darme cuenta, recorrí la calle que bordeaba la estación de trenes. Las luces de la noche fluían húmedas sobre las aceras y yo, como he dicho, carecía de objetivo. Si un hombre hubiera aparecido y me hubiera llevado a rastras hasta su habitación, hubiera ido. Nadie se acercó a mí. La marea de gente se apresuraba. Me dolía que nadie se me acercase, que todos me ignoraran, pero seguí caminando. No sé por qué, giré y me

metí en una calle lateral. Mientras caminaba, vi una luz mortecina y me llegó el olor de comida judía. Sentí un enorme deseo de subir hasta el primer piso y pedir un poco de sopa, pero no me atreví. Me quedé parada, esperando que se abriera la puerta y alguien me llamara: «Katerina, entra. ¿Qué haces ahí fuera?». Pasé allí de pie un buen rato. Mis esperanzas, se vio enseguida, eran vanas. Una tras otra, las casas se fueron cerrando tras muros de oscuridad. «¿Por qué nadie me da un poco de sopa?», grité al final. Nadie respondió. Las casas parecían fortalezas, la oscuridad caía sobre más oscuridad. Seguí andando y, mientras avanzaba, el olor me perseguía. Estaba tan irritada que tenía ganas de subir hasta el primer piso y armar un escándalo delante de la puerta, pero no lo hice.

Mientras seguía allí, me di cuenta de que estaba ante la puerta de una tiendecita. Viendo la puerta y el cerrojo, supe que era una tienda judía. Estuve a punto de seguir andando, pero algo me dijo que me quedara en el sitio, y eso hice. Ahora resultaba fácil entrar. Rompí el cristal de la ventana con un golpe del brazo, y un segundo después estaba llenándome el bolso de cigarrillos y chocolatinas.

Luego me levanté y, furtivamente, seguí andando por las callejas. Sabía que era un pecado feo, digno de desprecio, pero no sentía remordimientos. Un tosco placer me recorría el cuerpo. La noche se pasó sin sentir. Tenía sed, pero todas las tabernas estaban cerradas. Ya se acercaba el alba cuando caí rendida en la estación de tren y me dormí.

## X

Iba de taberna en taberna. La estación estaba llena de ellas, algunas ordenadas y otras menos. Yo prefería las tranquilas. Dos o tres tragos me devolvían a Rosa y a Benjamin. Nunca me perdonaré por haber permitido que aquellos rutenos me robaran a los niños. A veces sentía que estaban pensando secretamente en mí. Si hubiera sabido dónde estaban, hubiera ido a por ellos a pie. A veces me parece que el tiempo se ha detenido y aún estamos juntos en la misma cabaña, en el mismo invierno. La estufa rústica exhala su espeso calor y yo estoy en la gran cama de madera, acurrucada con los dos niños.

Cada una de las tabernas me hacía evocar una visión diferente. En la taberna Royal, junto al ventanal, veía a Henni. Entonces me parecía entender más cabalmente su rigor. Ella no soportaba los «casi» ni las medias tintas. Sin ese rigor, se hubiera remontado. Así era su carácter, de esa forma se castigaba a sí misma. Ahora corría atosigada por las provincias, deleitando los oídos obtusos de los ricos. El rigor de Izio era incluso más severo que el de ella. Recuerdo haberle oído decir: «Hay que ir pelando las capas superficiales una a una para revelar la semilla». En aquel momento el término «pelar» me dejó boquiabierto. Hoy entiendo el pavor que encerraba esa palabra. La taberna Royal era tranquila, y podía pasarme muchas horas sentada allí. Hubo un tiempo en que los hombres me abordaban, pero ya solo les interesaba a los viejos. En la Royal conocí a Sammy, un hombre alto y de voz ronca con ojos de niño.

Dicen que los judíos son tramposos. Sammy, sin ir más lejos, no tenía ni un gramo de picardía. Le vi sentado en una esquina, tomando su bebida. En Strassov, ningún judío entraba en la taberna. Milagro de milagros, he aquí a un judío sentado y trasegando un vaso tras otro. Me acerqué a él: «¿Qué hace un judío en una taberna?».

—Me gusta tomar un trago, ¿qué se le va a hacer?

—Los judíos no beben, ¿lo sabías?

—Yo soy un pecador, ¿qué se le va a hacer?

Se le veía raro en aquella taberna, como un niño en una cueva de ladrones.

—No debes estar aquí —le dije con descaro.

—¿Por qué?

—Porque los judíos deben llevar negocios. Si no los llevan ellos, ¿quién va a hacerlo?

El hombre se rio con ganas, y su risa me contagió.

Le vi a menudo, pero no volví a acercarme. Sentía que mi presencia le resultaba incómoda. Al final, se sobrepuso a ello y fue él quien vino a mí, pagándome con la misma moneda: «¿Qué hace Katerina en una taberna?».

—Katerina es Katerina, rutena desde tiempos inmemoriales.

Ambos reímos, y bebimos como viejos amigos.

Yo pasaba la mayor parte del día vagando por las calles, absorbiendo lentamente la gran ciudad. Lo cierto es que no me alejaba mucho de las calles que rodeaban la estación, pero hasta esas callejas apartadas tenían algo del aroma de la gran ciudad.

Cuando se ponía el sol, me sentaba con Sammy, y Sammy me contaba su vida. Dos veces casado y dos divorciado. Se había divorciado de su primera mujer porque era una dominante, y de la segunda porque estaba loca. Tenía una hija ya mayor, de su primera mujer, pero la veía muy de tarde en tarde.

—¿Cómo es que no tienes un trabajo fijo? Todos los judíos tienen trabajo fijo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo, reprimiendo una risita.

—He trabajado para los judíos durante muchos años.

—Espero que no te hayan contaminado.

Sus réplicas tenían una especie de honradez cortante. Yo, por mi parte, le hablaba de mi pueblo natal. Sammy era un hombre afligido, y cada palabra que salía de su boca estaba ungida de pena. Sin embargo, algunos de sus movimientos eran un placer para los ojos, y también su voz, o mejor dicho su entonación, me sonaba como una melodía.

Tampoco yo tenía trabajo por entonces. Despilfarraba alegremente el dinero que me había dado Henni y cada mañana me iba a vagar por las calles. La ciudad estaba llena de judíos. Pasaba horas sentada, observándolos.

Por la tarde entraba en algún restaurante judío. Los comensales se quedaban sorprendidos por mi aspecto unos instantes; cuando pedía, en yiddish, una sopa de pollo con croquetas de *matza*, abrían los ojos, pero yo no me daba por aludida. Me sentaba en mi sitio, comía y miraba. Las comidas judías son agradables al paladar: no llevan demasiado vinagre ni pimienta negra en exceso. Al ponerse el sol volvía a la taberna y me sentaba junto a Sammy. Mientras estaba bebiendo, nadie se metía con él, pero cuando se había emborrachado le insultaban, llamándole judío borracho. Sammy era fuerte, se defendía incluso embriagado, pero no tenía fuerzas para enfrentarse al dueño de la taberna, a su hijo y a su yerno. Hacia la medianoche, le agarraban y le echaban a la calle. «¡No volveré por aquí!», gritaba, pero volvía al día siguiente.

—Tienes que sobreponerte —intentaba convencerle yo.

—Tengo que sobreponerme —asentía.

En el fondo de mi corazón, yo sabía que no iba a conseguirlo, que no podría ser dueño de sí mismo, pero aun así lo acosaba con exigencias.

—¿Y tú, qué?

—Yo soy rutena, hija de rutenos. Por mis venas corren muchas generaciones de borrachos.

—Yo me emborracho enseguida —admitía él.

Las horas del día me pertenecían solo a mí. Vagaba por las tiendas, los patios y

las sinagogas, y a mediodía entraba en el restaurante judío. El yiddish es un idioma lleno de sabor; podía pasarme horas sentada, escuchando su sonido. El yiddish de los viejos me evocaba deliciosos platos de invierno. Pasaba horas observando los gestos de los ancianos. A veces me parecían unos olvidados sacerdotes que hubieran perdido la arrogancia, pero a veces uno de aquellos ancianos levantaba la vista y fijaba la mirada sobre algún impertinente, y entonces se veía con claridad el fuego sacerdotal bollándole en los ojos. A mí, por ejemplo, me encantaba sentarme junto a la ventana de una sinagoga y escuchar las oraciones de Rosh Hashaná. La gente dice que las plegarias judías son lloronas, pero yo no noto ningún llanto en ellas. Al contrario, me suenan como la queja de unas personas fuertes, de opiniones firmes.

Mientras vagaba sin hacer nada, olvidada de mí y rodeada de tanto que ver, me fijé en un gran aviso que venía en el periódico: «La gran pianista Henni Trauer ha fallecido en la ciudad de vacaciones de Cimpulung. El funeral se celebrará mañana a las diez». Lo leí, y todo se volvió negro.

Me fui de inmediato a la estación para tomar el expreso. Ya era tarde, la estación estaba vacía de viajeros y solo se veía a borrachos por las esquinas, armando jaleo.

—¿Hay forma de llegar a Cimpulung esta noche? —pregunté, desesperada.

El taquillero abrió la ventanilla y dijo:

—¿Qué pasó?

—Debo llegar a Cimpulung —le hice saber.

—A estas horas no hay trenes para las provincias. Es medianoche, para su información.

—¿No hay ni trenes de mercancías? No me importa. Viajaré como sea, a cualquier precio.

—Los trenes de mercancías son para las bestias, no para los seres humanos.

Las ventanillas se fueron cerrando una tras otra. Las luces se atenuaban. Hasta los borrachos fueron cayendo como fardos y quedándose dormidos.

—Señor, envíame un tren desde el cielo —imploré.

No acababa de decir en voz alta la plegaria cuando un tren de mercancías paró entre una nube de vapor.

—¿Puedo ir hasta Cimpulung con usted? —rogué al maquinista.

—¿Estás dispuesta a ir conmigo en la cabina?

—Lo estoy.

—Sube —dijo, bajando la escalerilla.

—Tengo una gran urgencia —le dije—. Debo llegar a Cimpulung.

—Llegarás —prometió.

Yo sabía que tendría que pagar el billete con mi cuerpo, pero el viaje me importaba más que el cuerpo. Me quedé de pie en aquella cabina estrecha, sabiendo lo que me esperaba.

—¿Por qué tiembles?

Le conté que una mujer más querida para mí que una hermana acababa de morir de repente y que sentía una gran necesidad de darle el último adiós.

Mis palabras no le impresionaron mucho:

—Todos tenemos que morir.

—Es cierto, pero mientras a algunos les llega su hora otros siguen vivos.

—No es nada nuevo.

—Es difícil soportar la despedida —yo trataba de ablandarle el corazón.

—Así va el mundo —el hombre era duro de pelar.

No supe qué más responder y me quedé callada. Mientras el hombre ponía en marcha aquella enorme locomotora, me preguntó de qué pueblo era. Le conté detalladamente; no tenía miedo. Estaba dispuesta a todo con tal de llegar a tiempo a Cimpulung.

En el camino, el hombre empezó a sobarme y me dijo: «Los judíos te han echado a perder. No debes trabajar para ellos».

—¿Por qué?

—Porque te arruinan el sentimiento.

Mi corazón me pedía a gritos decirle: «También los judíos son seres humanos», pero no lo dije.

Luego, estuvo muy ocupado poniendo a punto la locomotora. Tuvo una larga conversación con el inspector de ruta, y al final le pidió que informara a todas las estaciones de que el tren llegaría con retraso. Una vez más, me di cuenta de las noches en una estación de tren son diferentes de cualquier otra noche. El ruido se congela. No es silencio, sino una especie de apresado rumor. Desde que me fui de mi casa, siempre he conocido esos lugares olvidados por Dios.

Luego, el hombre puso en marcha la locomotora y me habló mucho rato de los judíos, del daño que hacen y de la necesidad de barrerlos del mundo.

—También hay judíos buenos —yo no podía quedarme callada.

—Ninguno —esa palabra aislada se mezcló con el ruido del motor, y el hombre no añadió nada más.

Luego, dejó de sobarme y, como quien no quiere la cosa, me dijo: «Has trabajado demasiado tiempo para los judíos. No debes hacerlo más. Te arruinan el sentimiento y el cuerpo». El alba iba iluminando el horizonte, y de repente se me hizo claro que Henni ya no vivía. Esa certidumbre me asustó, y me eché a llorar. El maquinista estaba ocupado con la locomotora y no prestó atención a mi llanto.

Estaba amaneciendo cuando llegamos a Cimpulung. Mi temor de que el hombre me llevara de la estación a un hotel resultó infundado. Me dijo, con cierto asco: «Quedas libre». Me acordé de que así era como el dueño del restaurante en Strassov despedía a las mujeres mayores que trabajaban para él. La luz de la mañana inundaba

el andén vacío. Salí corriendo hacia una cafetería como si en ello me fuera la vida.

El café estaba cargado y muy caliente, y me sumergí completamente en su sabor. Por un instante, olvidé qué me había arrastrado hacia allí. Me quedé sentada largo rato, recordando mi infancia. Mi padre y mi madre me parecían ahora muy borrosos, como si nunca hubieran existido. Solo cuando fui a pagar al cajero me acordé del viaje nocturno. Y mi cuerpo volvió a temblar.

## XI

Como todos los funerales judíos, el de Henni fue sombrío y confuso. La gente se agolpaba junto a la puerta del cementerio y hablaban en tono asustado. Yo me quedé a un lado: aquel tumulto de desconocidos me coagulaba la pena por dentro.

Un hombre alto y muy activo contaba, alargando el relato de forma exasperante, cómo se había enterado de la muerte de Henni y cómo al final habían conseguido, él y sus dos amigos, alquilar un coche para llegar hasta allí. En una esquina, el empresario de Henni hablaba de que el programa para esa temporada se le había desbaratado y de la indemnización que tendría que pagar a los propietarios de las salas de conciertos por las entradas que ya hubieran vendido.

Se habían reunido unas diez personas, que ahora esperaban a la afligida madre de la difunta.

—¿Dónde puedo conseguir un café? Sin un café no soy nadie —reclamaba un hombre que llevaba un abrigo exótico y una ancha corbata de seda.

—Pues aquí no hay más que tumbas —le contestó otro hombre, en voz alta y clara.

—Henni me perdonará. Ella me entenderá. También era una adicta al café.

—El funeral saldrá a las diez.

—Los funerales judíos nunca empiezan a su hora. Hay un bufé por aquí cerca, ¿no quieres venir?

—Gracias, esperaré aquí.

—Yo iré a toda prisa.

Todos aquellos rostros me resultaban extraños. Muy poca gente había visitado la casa durante el año anterior. Henni siempre tenía en la boca esta frase: «Si eso es lo que te dicta tu conciencia, si es lo que tu corazón te dice que hagas, ¿quién soy yo para interponerme?». Recitaba esa frase a todas horas. Cuando la decía, se hacía un silencio, y luego volvía a repetirla. Eso pasó un sábado en que Izio no había vuelto a casa, y Henni sabía que no se podría deshacer lo que había hecho. Se dejó caer al suelo, gimiendo entre lágrimas. Yo, no sé por qué, le dije que aquello no estaba bien: «No se debe llorar de ese modo por alguien que aún está vivo».

Y ahora todo había llegado a su fin. Unos cuantos judíos, vestidos con trajes tradicionales deslucidos, se afanaban yendo de las oficinas a las tumbas. De vez en cuando, abordaban a alguien y le pedían un donativo. Uno de aquellos hombres ateos le dijo en voz alta: «Déjeme en paz», retrocediendo con repugnancia, como si el judío hubiera intentado tocarle.

El tiempo pasaba a toda velocidad, y la madre no llegaba. Los hombres seguían junto a la puerta de las oficinas, hacían preguntas y refunfuñaban. El más impertinente era el empresario de Henni, que decía: «No podemos esperar toda la

vida. La paciencia tiene un límite».

—Muy bien dicho: llame por teléfono.

—¿A quién? ¿A Dios?

—A la madre de Henni.

—¿Le han informado?

—Doy por supuesto que sí.

—Y entonces, ¿a quién estamos esperando?

—A la madre de Henni.

—¿Y si no le han informado?

—Pregunte a la empresa de pompas fúnebres, no a mí —al empleado se le había acabado la paciencia.

El gerente de la funeraria no daba respuesta alguna. Estaba sentado en otro despacho, leyendo un periódico.

—Así es como hacen las cosas los judíos. Lo que hacen los judíos sale contrahecho, enredado y de mala forma —dijo el empresario, saliendo del despacho.

Más tarde, el empresario de Henni y sus dos ayudantes irrumpieron en la oficina, exigiendo:

—El funeral tiene que empezar ya. El funeral tiene que empezar de inmediato.

El gerente de la funeraria puso entonces sus cartas sobre la mesa:

—¿Y quién lo va a pagar?

—¿Quién se supone que debe pagarlo?

—Los familiares, o los amigos del finado, y, si no hay nadie... quienes lo emplearan. ¿Le parece tan difícil de entender?

—Yo, por ejemplo, no lo entiendo.

—Pues es muy simple —la voz del gerente de la funeraria sonaba fría como el hielo—. Mantener el cementerio cuesta una fortuna. Habrá que pagar algo, ¿no?

—¿Y tienen que pagar los deudos? ¿Ahora mismo, con la difunta de cuerpo presente?

—No hay razón alguna para sentirse incómodo por eso. No es más que dinero, como en todas partes.

—Y si no pagamos, ¿qué?

—Pues dejaremos el cuerpo sin enterrar, si ese es el deseo de los deudos.

—Ahora lo entiendo todo —dijo el empresario—. No esperamos a su madre, sino al dinero.

—Caballero, los enterradores también tienen que comer. Por cierto, ¿a quién tengo el honor de dirigirme?

—¿Y eso qué más da?

—No está obligado a decírmelo.

De ahí en adelante, todo se hizo agotador. Ni el empleado ni el gerente de la

funeraria volvieron a salir de sus despachos. El cielo se cubrió de nubes, y empezó a gotear. Poco a poco, me iba rindiendo el cansancio. Si no hubiera sido por la lluvia, me hubiera sentado en el suelo. Intenté recordar el rostro de Henni, pero no conseguía ver nada. Al final, apareció ante mí mi vieja prima Sarina. Yo sabía que venía a atormentarme, así que cerré los ojos.

Seguíamos allí de pie cuando el empresario de Henni volvió a irrumpir en la oficina, gritando: «No voy a esperar más. Me voy. Los estafadores dominan la calle judía. Todo es dinero, dinero, nada más que dinero. Yo quería a Henni y la querré siempre. Desprecio las ceremonias. Todo el mundo sabe que le construí una carrera espléndida. Pueden llevarse su cuerpo, pero no su alma; ella merece un funeral de otra clase, un funeral tranquilo, como se hace entre los cristianos. Y me da igual, porque a mí no me enterrarán aquí: yo haré que incineren mi cuerpo, no creo en la resurrección de los muertos».

Los funcionarios no parecieron muy impresionados, y no hicieron nada. Entonces el empresario empezó a hablar de otra cosa: la muerte de un joven violinista, que había fallecido en un hotel, y la funeraria pedía una tarifa desorbitada por enterrarlo.

—Veo que también usted habla de dinero —le dijo el gerente de la funeraria, sin alterarse.

—Me está permitido hacerlo. Yo recaudo dinero para los artistas. Sin mí, el arte nunca llegaría a las provincias, las provincias languidecerían. ¿Quién iba a traer hasta aquí a pianistas jóvenes, a jóvenes violinistas o a conferenciantes famosos? ¿Quién? ¿Quién les paga? Ustedes solo cobran. Ustedes no son más que ladrones.

—Damos un servicio a la comunidad.

—Un servicio horrible, un servicio atroz, el servicio del mal. Me voy. No quiero verme en compañía de chupasangres. Vamos —dijo, volviéndose y yendo hacia la puerta. Sus dos ayudantes salieron tras él.

El gerente de la funeraria se puso de pie:

—Todo para no pagar. Todo este espectáculo es solo para no pagar. Conocemos bien a los de su calaña.

Solo quedábamos siete personas, ni familiares ni amigos, sino gente anónima que había oído tocar a Henni y la admiraban. Una mujer se dirigió a mí.

—¿Conocía usted a la pianista?

—Yo era su criada —confesé de inmediato.

—Era maravillosa —dijo la mujer—. Yo asistía a todos sus conciertos. Era una gran pianista. Es una pena que se agotara viajando: una artista debe actuar en su ciudad y no andar de acá para allá. En las provincias no saben apreciar la música, ¿no cree?

—La muerte no es el final —dije yo, por alguna razón.

—Para mi padre o mi madre todo era más fácil. Eran judíos creyentes y se

resignaban a su destino, pero nosotros... cómo decir... somos distintos.

—¿Usted no cree en Dios?

—A veces creo con todo mi corazón, pero no es una fe constante, sino como destellos. No sé cómo explicarlo. Habla usted un yiddish muy correcto, ¿cómo lo aprendió?

—He pasado gran parte de mi vida con judíos.

—Un pueblo raro, los judíos, ¿no cree?

El día se iba poniendo oscuro, y nada se movía. Por un instante, pareció como si todo fuera a quedarse así para siempre. Nosotros allí fuera, los empleados sentados en su oficina. De vez en cuando, alguien se acercaría a la puerta y preguntaría algo. El empleado contestaría o dejaría de contestar, y las manecillas del reloj no avanzarían.

Seguíamos todos allí, cansados y enmudecidos, cuando el gerente de la funeraria salió de su despacho y anunció: «El funeral de Henni Trauer comenzará de inmediato. Aquí somos gente sencilla; no hemos estudiado en instituciones de renombre, pero no somos desalmados y no dejaremos un cuerpo insepulto».

Mientras decía las últimas palabras, salieron dos sepultureros con el ataúd a cuestas. Nadie preguntó qué había pasado, por qué en ese momento sí y antes no. El puñado de gente que esperaba junto a la puerta se apresuró a seguir a los sepultureros.

Se dijeron unas plegarias a toda velocidad, comiéndose la mitad de las palabras, y todos vimos con claridad que los sepultureros estaban haciendo su trabajo sin más. He visto muchos funerales en el curso de mi vida, pero ninguno tan apresurado como este.

Tras el funeral, unos cuantos mendigos salieron de los agujeros donde se escondían, gritando: «La caridad os salvará de la muerte». Nadie les dio ni un céntimo. Todo el mundo se fue corriendo como si huyeran de un incendio.

Los asistentes al funeral se dispersaron, y yo me quedé en una calle llena de gente. Me pesaba todo el cuerpo, y me resultaba difícil seguir adelante. Aquella noche me refugié en una taberna judía. Unos cuantos campesinos borrachines estaban inmersos en una animada charla y nadie me molestó. Me senté allí, bebiendo un trago tras otro y llorando.

El dueño se acercó a mí:

—¿Qué le sucede?

—Estoy muy cansada y no tengo dónde dormir.

—No pasa nada —dijo el hombre—. Puede usted dormir aquí. Ahora mismo le doy una colchoneta.

## XII

Al día siguiente, el dueño de la taberna me preguntó: «¿De dónde ha sacado ese yiddish tan bueno que habla?».

Se lo dije.

—Bebe usted demasiado.

—Los rutenos tenemos esa costumbre.

—Una persona que habla yiddish así de bien debería dejar de beber.

Me conmovió. Le hablé del funeral de Henni, y toda la pena que tenía encerrada en el corazón se desbordó de nuevo. En lugar de quedarme allí pasando el día, seguí mi camino. Aquel rostro judío me acompañó durante muchas horas. Recordaba su forma de estar tras la barra, a los borrachines que le llamaban jocosamente rabino, recordaba su silencio y el tacto de sus dedos. A pesar del alboroto, el hombre hacía su trabajo con tranquilidad, como quien sabe que este mundo no es sino un lugar de paso.

El tren discurría a toda prisa por las estaciones sin detenerse. Otra vez pasé por mi pueblo natal, y sentí en el corazón una punzada de dolor. Conocía hasta la última casa, hasta el último árbol. Volvía a ver el rostro de mi madre como no lo había visto en años: la ira le nublabla el rostro. Con esa mirada golpeaba a los animales en el establo, tenía esa misma cara una vez que le gritó a mi padre: «Hijo fornicador de un padre fornicante». Supe que en un momento volvería ese rostro hacia mí, y tuve miedo.

No sé por qué, me parecía que todos, yo incluida, estábamos aún a la puerta de aquella oficina desvencijada junto al cementerio, y que el hombre que había alardeado de llegar al funeral a tiempo estaba otra vez pavoneándose. El director de la funeraria salía de su oficina y se quedaba parado en el umbral. Su cara redonda y llena reflejaba una especie de falsa indulgencia, como si dijera: «Si ustedes no tienen prisa, yo menos. Estoy encantado de pasar la noche sentado aquí. Si no pagan el funeral, no la enterramos». No debe hablar así, quería yo gritarle. Él, al parecer, notaba mi intención, clavaba en mí su mirada, y decía: «Lo primero es ganarse la vida. Dios nos ha creado, para nuestra desgracia, vestidos con cuerpos».

A última hora de la tarde ya estaba de vuelta en Czernowitz, cansada e irritable. Si hubiera tenido una habitación, me habría metido en la cama hecha un ovillo. Entré en la taberna Royal. Para mi sorpresa, allí me encontré a Sammy, borracho y feliz como Lot.

—¿Qué te pasa?

—Nada, todo va bien, de primera —le brillaban los ojos.

—Estás borracho como Lot —algo de su embriaguez me contagió.

—No estoy borracho, sino feliz.

Estaba borracho y mareado, y a todas mis preguntas contestaba lo mismo: «Todo va bien, de primera, no sabes lo bien que me va». Su forma de cotorrear delataba claramente lo desgraciado que se sentía. Tenía la camisa rasgada, el pelo hecho un revoltijo y los ojos hinchados y saltones, pero su desgracia no era fea. De sus labios fluían palabras amables que hablaban de lugares hermosos y de buenas acciones, hasta que llegó un momento en que creí que no era un borracho, sino un creyente cuya fe se hubiera fortalecido en su interior preparándole para superar cualquier prueba. Más tarde, su charla se hizo más tranquila. De repente, levantó la cabeza y dijo: «He tomado la decisión de hacer mañana unas cosas necesarias, cosas importantes».

Al día siguiente estuve esperándole, pero no apareció. Fui hasta la estación de trenes y recorrí las callejuelas; no sé por qué, tenía la impresión de que lo iba a encontrar allí. Las calles judías me hacían pensar en calles antiguas y secretos que nunca entendería. Podía pasarme horas paseando por ellas y observando. A veces, el aroma de una comida judía me envolvía y me sumía en el sueño.

Era ya por la tarde cuando le encontré, saliendo del piso bajo de un edificio viejo, su hogar al parecer.

—No tienes casa, por lo que veo —me dijo.

—No tengo.

—Vente a vivir conmigo.

Dije que sí. El piso de Sammy consistía en una habitación, una cocina pequeña y el cuarto de baño en el exterior. La ventana era estrecha y no dejaba pasar mucha luz, las paredes rezumaban humedad y en el aire flotaba un olor rancio. Esa noche bebimos, pero no demasiado. Sammy habló de la necesidad de cambiar de casa y encontrar un buen trabajo. No se enfadaba ni se quejaba; tenía el rostro relajado.

Sammy tenía cincuenta años, y yo treinta. Aparentemente, había sido guapo en tiempos, pero las malas rachas y el alcohol le habían arruinado la figura. Tenía el estómago hinchado, los ojos saltones e inyectados en sangre. Yo oía en su voz dulzura y deseo de ser bueno con los demás. Tiempo atrás, había sido socio del sindicato, pero había dejado de ir a las reuniones porque aquellos activistas, mientras hablaban a grito pelado de justicia, malgastaban el dinero de la gente.

Al día siguiente, para mi sorpresa, salió a buscar trabajo. Vi cómo reunía todas sus fuerzas, las convertía en una sola y salía a la calle. Yo quise decirle: «Tranquilo, aún me queda dinero», pero no lo hice. Me parecía que no debía echar a perder ese buen impulso. Sammy se fue, y yo limpié la casa.

Al día siguiente, volvió a reunir toda su fuerza de voluntad y salió a buscar trabajo. Yo sabía que solo lo estaba haciendo por mí, y eso me entristecía. También yo, después de limpiar la casa, salía a buscar trabajo. Tras ser rechazada dos veces, estaba sentada en un banco del parque, mirando a los que pasaban; no sé por qué, me

pareció que aquellos campesinos altos, que vendían frutas y verduras junto a sus puestos, estaban a punto de hacer restallar sus látigos sobre las cabezas de los judíos que pasaban a toda prisa.

Transcurrió una hora, y no sucedió nada. Al contrario, los campesinos disfrutaban regateando. La cercanía de los judíos les divertía. Les hablaban con gruñidos, pero no de mala forma. Yo me fui a casa temprano y le lavé a Sammy dos camisas, una camiseta y unos cuantos calcetines. Las camisas de Sammy estaban sucias, pero su olor no era desagradable. Colgué la colada en el patio.

Esa vez, Sammy volvió de buen humor. No había encontrado trabajo, pero tampoco había bebido mucho. Se decía a sí mismo: «No volveré a caer». También yo trataba de no beber demasiado... dos o tres tragos, no más. La cara de Sammy me sorprendió por su suavidad; solo temblaba cuando hablaba de sí mismo. Cuando era joven, había querido partir para América, pero sus ancianos padres no se lo habían permitido, y no se atrevió a escaparse. Sin pensárselo demasiado, se había casado. Y el matrimonio le había hecho la vida odiosa.

El dinero se estaba acabando, y tuve que vender un anillo muy caro que me había regalado Henni. Fui de tienda en tienda; los precios que me ofrecían los comerciantes eran indignantemente bajos. Se lo conté a Sammy.

—Debes saber que los judíos son unos estafadores. Para ellos, el dinero es lo primero —me dijo, con una calma que daba miedo.

Por fin encontré un comprador, un comerciante judío que me pagó tres veces más de lo que ofrecían los otros. Era un anillo bueno, de mucho valor, y el hombre no trató de negármelo. Yo me sentí contenta: Sammy y yo necesitábamos un trago tanto como el aire que respirábamos.

Durante aquel año tan raro y feliz, soñé que me nacería pronto un hijo varón. Sammy no estaba conmigo en eso: los hijos solo traen dolor, para ellos mismos y para sus padres. Ya había bastantes niños en el mundo, ¿para qué añadir uno más? Por esta época, los dos encontramos trabajo en la misma tienda: yo como limpiadora y él en el almacén. Nuestra pequeña felicidad parecía crecer. Los sábados salíamos de excursión, aventurándonos incluso hasta el Prut, en el tranvía.

Los domingos traía una botella pequeña de vodka, y nos sentábamos a beber sin emborracharnos.

—¿Nunca fuiste creyente? —le pregunté una vez.

—No. Mis padres sí lo eran, pero su devoción me molestaba.

A veces, él me decía: «Tú eres joven y guapa. Tendrías que volver a tu pueblo y casarte con un hombre rico y atractivo».

—Yo a ti te encuentro atractivo.

—¿Por qué me tomas el pelo?

—Te lo juro.

Y no juraba en vano. Tenía el encanto de un hombre cuyos sufrimientos le han afligido sin destruirle. Por supuesto, el exceso de bebida había estropeado sus facciones, pero su rostro no se había apagado; todavía se le podía iluminar con una palabra. Después de trabajar, nos sentábamos juntos durante horas. Sammy no era un hombre de muchas palabras; se atrincheraba en sí mismo y no era fácil arrancarle una sílaba. Solo al cabo de dos tragos se le abría el rostro, y entonces solía hablar, incluso contar.

Los días se sucedían, tranquilos y colmados; Sammy trabajaba hasta las cinco, y yo quedaba libre hacia las dos. Agosto fue un mes despejado, sin una sola mancha. Una especie de desasosiego hizo presa en mí; temblaba y tenía fuertes náuseas. Al principio pensé que era un resfriado severo, pero enseguida me di cuenta de que estaba embarazada. En mi corazón, yo sabía que Sammy no iba a recibir esta noticia con alborozo, pero no me di cuenta de hasta qué punto le iba a herir. En cualquier caso, le oculté la nueva. Trabajaba hasta las dos, y luego me iba a casa y guisaba. Cuando Sammy volvía, por la tarde, ya estaba todo preparado. En aquellos días su humor había mejorado; el rubor malsano, esa cara rojiza de los borrachos, se le había borrado, y su frente se había despejado.

Todavía estaba conteniéndome, escondiendo a Sammy mi embarazo, cuando me encontré a mi prima Katya por la calle. Ella me reconoció desde lejos y vino a mí a todo correr. No la había visto en más de diez años, pero no había cambiado. En su rostro aleteaba el dulce asombro de la muchacha de pueblo cautivada por cuanto se encontraba a su paso. La abracé, y sentí en ese mismo instante que su cuerpo suave contenía todo nuestro pueblo.

En el pueblo, al parecer, no me habían olvidado. Desde la distancia seguían mis pasos y, por supuesto, no faltaban los rumores. Uno de los de allí me había visto con Sammy, y de inmediato todos sabían que Katerina se había liado con un judío.

—Te hubiera reconocido incluso a medianoche.

—Yo también te hubiera reconocido, Katya.

Se había casado diez años antes, y tenía ahora dos hijos y una hija, una granja espléndida y un terreno boscoso en la linde del pueblo. Yo había oído todo eso, tiempo atrás, por boca de María, y ahora venía Katya a confirmármelo. Su rostro cordial, su cuerpo pleno y su buena sonrisa no se habían estropeado con los años, seguía tersa y sin mancha. Siempre la quise, y ahora me daba cuenta de cuánto la quería.

Algunas criaturas nacen bajo el signo de la paz, paz consigo mismos, con sus padres y con el lugar donde se crían. Katya era así. Estaba junto a ella, y la lengua se me quedó pegada al paladar, hasta que el dique se rompió y me eché a llorar. Katya me estrechó contra su pecho y dijo: «No pasa nada. Te queremos como te hemos querido siempre». Esas palabras buenas me hicieron llorar todavía más.

Luego nos sentamos en una taberna, mirándonos. Katya dijo, «¿Por qué no vuelves a casa? La casa sigue en su sitio. La tierra está descuidada, pero no será difícil devolverle la vida».

—Ahora no puedo, querida, pero algún día volveré.

Katya no me preguntó más. Yo la acompañé a la estación y le ayudé a llevar sus bultos; había comprado ropa para toda la familia. Los bultos pesaban, y yo me esforcé todo lo que pude para no perder su paso. El esfuerzo me aplacó las emociones.

—Que Dios te proteja, Katerina.

—También a ti, Katya.

Y así nos despedimos. Podía haberme subido en el tranvía para que me llevara a casa, pero, no sé por qué, preferí ir a pie. La caminata cuesta arriba me recordó el rostro amable de Katya, y me aferré a él por un instante como si fuera un icono. Aquella noche me costó mucho dormirme; veía el pueblo y los prados. No me olvidé ni por un instante de que mis padres no me habían querido, ni de que mis tías eran bastas y malvadas, pero aun así el anhelo de un trozo de tierra me desvelaba.

## XIII

Mi secreto, ahora, nos separaba. A veces Sammy se volvía hacia mí, diciéndome: ¿En qué estás pensando?

—En nada.

Nos levantábamos por la mañana a nuestra hora y nos íbamos a trabajar. Solíamos citarnos en la cantina a las diez de la mañana para tomar un café. Ese rato, a pesar de la gente, nos era muy agradable a los dos. Éramos felices estando juntos. En aquellos bancos duros y poco acogedores de la cantina, Sammy me contó algunos secretos de su pasado. Yo tenía miedo de que me hiciera una pregunta directa.

Al parecer, Sammy se dio cuenta de que me sentía muy débil, y se permitía a sí mismo quedarse más rato en la taberna. Volvía alrededor de las diez de la noche, no borracho, pero sí algo nublado, como si supiera que yo no le iba a regañar.

¿Qué iba a suceder, qué nos traería el futuro? No lo sabía; estaba dominada por el miedo. Para aplacar ese miedo, trabajaba. Trabajaba en la tienda, trabajaba en casa, y a veces me levantaba temprano y le preparaba a Sammy un desayuno caliente.

—¿Por qué te tomas tantas molestias? —se extrañaba Sammy.

—Me cuesta mucho dormir.

Esto era una gran verdad. Ya desde las cinco de la mañana reptaban a mi cabeza pensamientos malignos que me llenaban de temor. Por supuesto, podría haberme ido en secreto a un médico que me practicase un aborto, pero esa idea me daba más miedo aún. Las chicas de los pueblos solían viajar a la ciudad para hacerse un aborto; al volver, tenían un angustioso color amarillento en la cara.

—¿En qué estás pensando? —volvía a preguntar Sammy.

—Cosas mías.

—Algo te inquieta.

—No me pasa nada.

La verdad ya no podía esconderse pero yo, no sé por qué, seguía escondiéndola, como si enterrase la cabeza en la arena.

Sin que me diera cuenta, llegaron las noches largas, noches de desvelo. Yo me encontraba muy mal, y tenía que salir a vomitar. Las primeras veces, Sammy no se dio cuenta, pero para cuando lo notó, la visión de mi cuerpo le reveló el secreto. Sammy abrió los ojos, y la sorpresa prácticamente le congeló la mirada.

¿Qué iba a decirle? Las palabras se me atropellaban, y cuantas más decía, más se le congelaba el rostro. Cuando ya salía para el trabajo, me dijo: «Lo siento mucho. No sé qué he hecho para merecer esto. Hay cosas que escapan a mi entendimiento». Cada una de estas palabras, cada una de las pausas que hizo entre estas palabras, me hirieron como cuchillos.

Me sentía muy débil, pero aun así fui a trabajar. No quería quedarme en casa. En

el patio, vi a Sammy; estaba agachado, ocupado en clasificar la mercancía. Reuní todas mis fuerzas y me acerqué a él; el hielo de sus ojos aún no se había fundido. Se le veían las venas rojas, en el blanco de los ojos, hinchadas y saltonas. Su aspecto no era severo, sino el de una persona exhausta.

—Perdóname —le dije.

—No tienes que pedirme perdón.

—Es que no sé qué decirte.

No respondió. Se alejó de mí y se sumió en el trabajo. Yo me quedé donde estaba, mirando sus movimientos reprimidos, como los de quien acaba de levantarse después de una enfermedad. A la hora de cenar, le serví la comida y no dijo nada. Lavé los platos y algo de ropa y, cuando volví a entrar en la casa, ya estaba dormido.

Las palabras fueron reduciéndose entre nosotros. Los judíos no pegan a su mujer, pero se enfadan en silencio; yo sabía eso muy bien. Al final, le dije: «No quiero ser una molestia para ti. En cuanto pasen las lluvias, volveré a mi pueblo. Tengo una casa allí».

Sammy me clavó la vista y dijo: «No hables sin sentido», haciendo un gesto convulso con la mano que fue como un mal presagio. Volvió a la taberna, y empezó a beber como antes. Los primeros días, regresaba a casa como ausente, pero no borracho; antes de que acabara la semana, ya había dejado de levantarse para ir a trabajar. El rostro se le volvió gris, y los dedos empezaron otra vez a temblarle. Yo estaba acostumbrada a sus borracheras, y no le tenía miedo, pero estas resultaron ser diferentes. Volvía tarde y se sentaba a la mesa, murmurando en una mezcla de yiddish, alemán y ruteno. Antes, cuando se emborrachaba, yo solía rogarle que parase, pero ahora me quedaba junto a él sin decir nada. Mi silencio solo servía para aumentar su caudal de palabras. Yo no le tenía miedo a él, pero sí a sus palabras rutenas. Una vez le dije: «¿Por qué no te acuestas y descansas?».

—No me digas lo que tengo que hacer —me reprendió.

Se levantaba tarde y se iba a la taberna; eso mismo hacía mi padre en sus tiempos. Yo, por mi parte, trabajaba de firme desde la mañana a la noche, para que nada faltara en casa. El pequeño amor que alguna vez nos habíamos tenido se iba desintegrando poco a poco. Cuando volvía, solía hablarme en ruteno, como se le habla a una criada que nos parece despreciable.

—Sammy... —le rogaba yo.

—¿Qué dices? —y me miraba de una forma que me hacía apartarme de él.

Una noche se dirigió a mí diciendo:

—¿Por qué no me traes un poco de vodka? No necesito pan ni patatas.

—Está lloviendo.

—Necesito una botella de vodka ahora mismo.

Los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas, con las venas hinchadas de

sangre. Esa forma de ira no era la suya. La borrachera rutena había hecho presa en él. Yo me envolví en mi abrigo y salí a buscarle esa botella. Aquella noche estuvo cantando y maldiciendo a judíos y rutenos. Tampoco a mí me dejó en paz: me llamó mujer callejera.

Entonces tuve miedo y me escapé.

Czernowitz es una ciudad grande; las calles parecen no tener fin. Estuve vagando sin rumbo fijo. Más de una vez pensé en volver, pero no tenía fuerzas para soportar la mirada de Sammy. No era violento cuando se emborrachaba, pero las palabras caían sobre mí como látigos húmedos.

Dormía en pequeñas tabernas de dueños judíos. No tuve más opción que vender otra de las joyas de Henni. Cada vez que me disponía a vender una, el miedo me atenazaba. Llevaba esas joyas pegadas al cuerpo, y me resultaba difícil separarme de ellas.

En esa ocasión le tocó a un broche, un broche hecho de finas hebras de plata, con una gran gema azul en el centro. Lo toqué, y me abrasó los dedos. Yo no odio a los comerciantes judíos, pero sí a los joyeros; a ellos les vendí las joyas de Henni por casi nada. A ellos les guardaba rencor, pero a Sammy no; si me lo hubiera cruzado, me habría ido otra vez con él. Pero no me lo crucé. Fui de comerciante en comerciante, parándome ante sus puertas como una mendiga. Uno de ellos me preguntó, sin pudor alguno: «¿De dónde has sacado este broche, si se puede saber?».

—No lo he robado, señor —dije, sacando fuerzas de flaqueza.

Llegó el invierno, y alquilé una habitación en casa de una familia judía; eran gente pobre, abrumados de hijos, y la habitación era más bien una alcoba, pequeñísima. Por suerte para mí, estaba pegada a donde vivían ellos, y le llegaba algo del calor de la casa. Yo estaba contenta de hallarme de nuevo en un hogar judío, de oír su idioma, sus plegarias, y de poder jugar con la idea de que había vuelto a casa.

Durante aquellos últimos días, vi con frecuencia a Rosa, que se había vuelto muy vieja. Tenía el cabello ralo y gris, y una profunda arruga le dividía el rostro a lo largo. No sé por qué, me pareció que era el tajo que le había hecho su asesino; aunque la herida había cicatrizado, la profundidad del corte se veía aún. Para mi sorpresa, no me hizo falta contarle nada: sabía toda la historia, e incluso pronunció el nombre de Sammy. Cada vez que estoy en los caminos, veo a Rosa; la tengo asociada a mis pensamientos más íntimos. La última vez, hablamos mucho rato, y se mostró muy contenta de ver que yo hablaba su lengua con fluidez y que pronunciaba correctamente los nombres de la gente y de los sitios.

Mi casera se llamaba Perl, y siempre se quedaba maravillada de mi yiddish. Cuando le dije que el yiddish es un idioma agradable, dulce de oír, le vi una sonrisita de sospecha. No dejaba que los niños se me acercaran, y yo pasaba la mayor parte del

día en mi alcoba, pensando, en duermevela.

La venta del broche me dolió. Me dieron mucho dinero por él, y quizá por eso conseguí refrenarme las lágrimas. Pagué la renta a mi casera, que no podía creer lo que veían sus ojos y se azoró tanto que me dijo: «Es usted muy buena».

—¿Qué tiene esto de bondad?

—Hasta hoy, todo el mundo me había engañado, y usted me paga puntualmente.

A la noche me siento en mi cama y anoto los sucesos del día. Adquirí ese hábito cuando vivía con Rosa. Mis seres queridos me han abandonado, y ahora no tengo nada en el mundo más que lo que escribo. En mis notas guardo todo lo que pienso; son abundantes y confusas, y a veces resulta difícil descifrar la letra, pero sigo haciéndolo. Escribo incluso cuando estoy cansada, porque a veces me parece que es mi obligación preservar cada rostro, cada detalle, para que a su debido tiempo pueda regresar y recordarlos. Pero el temor lo traspasaba todo. Yo temía al silencio invernal, a los borrachos que vagaban por la calle, a los policías, a las turbas de campesinos sentados en sus carretas jugando a los dados. El miedo se anidaba en todos los miembros. Veía con claridad que, a lo lejos, la tormenta iba formándose, y que esas turbas caerían como una jauría sobre las casas de los judíos. Recordaba a los jóvenes de mi pueblo, que volvían después de sus saqueos, felices y borrachos. Me acordaba de mi amigo Waska, un muchacho tranquilo y de buen corazón, con el que salía a pastorear los rebaños. Yo le quería por su generosidad, por sus buenos modales y su nobleza. Pasábamos muchas horas en el campo, y cuando mi padre se casó con su segunda mujer, me quedaba con Waska por las noches hasta muy tarde; prefería ver la oscuridad de la noche que la cara de mi madrastra. Ese mismo Waska, que me abrazaba y besaba con tanta dulzura, que se avergonzaba de pedir mi cuerpo, el querido Waska había salido una noche de invierno a cazar judíos junto con todos sus amigos, y cuando un judío que se había topado con ellos, un hombre ya no joven, se las arregló para escapársele de las manos, Waska no se rindió. Corrió detrás del judío, le dio alcance, y descargó sobre él toda su furia. Y, no contento con eso, le arrastró hasta el pueblo.

En Semana Santa, el pueblo se llenaba de un aire apasionado. Los jóvenes desataban toda su furia contra los judíos, y siempre tenían una recompensa rápida; si atrapas a un judío, vendrán otros a salvarle. Si atrapas a un judío, puedes estar seguro de que conseguirás una maleta llena de mercancías.

## XIV

En febrero di luz a un varón. La comadrona, una anciana judía, me informó inmediatamente de que el niño tenía todos los miembros en su sitio y de que su peso era satisfactorio. El parto fue intenso, pero yo estaba tan contenta que no sentí los dolores.

Al día siguiente, le dije a la casera que quería hacer circuncidar al niño y llamarle Benjamin. La casera, que era una mujer sencilla y de fiar, que tenía un puesto donde vendía dulces y semillas, se quedó boquiabierta ante mis planes, y me dijo: «¿En qué estás pensando? ¿Por qué imponer a la criatura un defecto tan grave? Le hará sufrir toda su vida».

—Lo he jurado de corazón.

—No te entiendo —dijo ella.

Yo tenía mucha leche. Daba el pecho al niño mañana, tarde y noche. Era raro, pero había pasado años sin acordarme de la hija que había tenido en Moldovitsa y ahora, mientras amamantaba a Benjamin, recordaba su rostro con gran claridad. Un escalofrío me recorrió por un instante, pero esa tristeza resultó pasajera. Estaba exhausta del parto, de dar de mamar y, cada vez que el bebé se dormía, me dormía yo con él.

Mis pensamientos se iban limitando más y más, y se puede incluso dudar de que en aquella época yo pensase en absoluto.

—¿Dónde vive el *mohel*<sup>[4]</sup>? —dije en un impulso.

—¿Para qué le quieres? ¿Para qué? —el rostro de la casera era como un libro abierto que hablara de lealtad y honradez.

—Le pagaré —repuse, en pleno estupor.

—El *mohel* es un hombre temeroso de Dios, y no hará una cosa así —dijo la mujer, bajando la mirada.

Al día siguiente, fui al tren y viajé hasta un pueblo. Me había imaginado que en el campo no serían tan estrictos, pero enseguida caí en mi error. Pasé muchas horas en tabernas remotas, intentando por todos los medios conseguir a un *mohel*. La gente con la que hablaba no me animaba a conseguirlo: «¿Para qué? Hay que protegerse, a uno mismo y a los hijos».

Tuve una larga conversación con una viuda, en una de aquellas tabernitas que bordeaban los caminos. Aquella mujer me habló como una madre: «Estás castigando a tu hijo con tus propias manos. ¿No ves lo que están haciendo con los judíos? No pasa ni un día sin que asesinen a alguien y tú, en vez de protegerle, quieres dañarle con una tara. Nosotros no tenemos elección, pero tú, con tus propias manos y en plena posesión de tus facultades, le estás sentenciando a ser un desgraciado».

La mujer hablaba de forma cortante y clara. Pero, no sé por qué, y no sé de dónde

saqué las fuerzas, yo seguí repitiendo la misma frase como una imbécil:

—Estoy decidida a hacer que el niño sea circuncidado.

Anduve de pueblo en pueblo y de taberna en taberna. En cada localidad vivían unos cuantos judíos, y en cada taberna encontré a gente tranquila, maravillosa, que ofrecían al niño un poco de leche caliente y a mí una taza de café, pero que no accedían a mi petición, y más de una vez me la echaban en cara. Estaba tan angustiada que a veces sentía el deseo de abrir la boca y decir: «Soy rutena, hija de rutenos, pero mi destino me ha alejado de mis ancestros y ahora no tengo a dónde aferrarme excepto a los bordes de los hogares de los judíos». En el fondo de mi corazón, sabía que no me entenderían, así que me callaba. Por fin, en una aldea perdida encontré a un tendero judío que, en caso necesario, también hacía de *mohel*. El hombre me vio tan afligida que se comprometió a circuncidar al niño. El que aceptara me sorprendió tanto que me eché a llorar.

Aquella noche no dormí. Me atormentaban pensamientos malignos y, como para aumentar mi temor, el bebé mamaba tranquilo, apacible. Súbitamente, la idea de que a la mañana siguiente le harían la circuncisión me llenaba de pánico, y sentí deseos de huir de allí. Pero mi determinación fue mayor que mi miedo y me quedé en la casa.

A primera hora de la mañana fue circuncidado, y yo no pude dominarme: sollocé como una sierva. Cuando me recuperé un poco del mareo, vi que el niño respiraba, y me sentí mejor. Tomé las manos de la señora de la casa, me incliné y se las besé, como hacemos en el pueblo.

La primera noche después de la circuncisión la pasé sin dormir. El bebé, para mi sorpresa, no lloraba, solo murmuraba y suspiraba. Yo le velaba junto a su maltrecha cunita, y de mi boca salían palabras que, sin duda, había escuchado de pequeña, en los prados.

Pasé un mes en la casa del *mohel*. Su mujer me hacía cada mañana cereales con leche y café. Yo daba de mamar al niño a todas horas. Me rodeaba una especie de olvido, como no he conocido en toda mi vida, y dormía muchas horas. De nuevo estaba en compañía de Henni. Henni me contaba muchas cosas de su infancia y de sus padres, que escatimaban hasta el último centavo para que ella pudiera estudiar con un profesor famoso. Las exigencias del profesor eran muchas y difíciles. Tras pasar el día bajo aquella tortura, ella volvía a casa en el tren nocturno. Había rogado más de una vez: «Dejadme en paz, no quiero ser pianista», pero sus padres no la escuchaban. Si no quería levantarse por la mañana, la obligaban, y si se negaba a subirse al tren, uno de los dos, su madre por lo general, iba con ella. Y así año tras año. Cuando tenía veinte, se escapó de casa con Izio. Su madre, de tanta pena, retornó a su religión, y empezó a volverse exigente, en su casa y con su marido.

—Es buena cosa que hayas tenido un niño —me dijo Henni—. Si yo hubiera

tenido un bebé, no me habría suicidado. Pero ¿por qué le has hecho circuncidar?

—Porque es lo que me ha pedido el corazón.

—Los judíos no tienen ninguna excelencia en particular... la misma estupidez y la misma maldad.

—¿Qué voy a hacer? Solo me siento en paz cuando estoy entre judíos.

Mi respuesta la entristeció, y se hizo un ovillo doblando las piernas, como solía hacer en vida, con una pesada tristeza y absoluta abnegación.

—Estás enfadada conmigo —dije, sin poder contenerme.

—Estoy asombrada de tu dureza de corazón.

—¿A qué te refieres con dureza de corazón?

—¿Cómo quieres que lo llame si no? ¿Se te ocurre otra expresión? A alguien que lleva a un niño lleno de salud y le inflige una cicatriz... ¿cómo le llamas? ¿Qué nombre damos a ese crimen?

Yo quería llorar, pero mi llanto se reprimía en mí y no emití sonido alguno.

Abrí los ojos, pero tenía miedo de seguir en aquella casa. La aparición de Henni me había llenado de horror. En aquel mismo momento, decidí ponerme en camino: «¿Cómo es que no te quedas un poco más? Hace frío fuera», me rogó la casera.

—Debo partir —le dije, sin más explicaciones.

La nieve caía en silencio y un sol frío reverberaba en el cielo. Abrigué a Benjamin, y pagué la cantidad que habíamos convenido. La mujer, para mi sorpresa, no quedó satisfecha, y me pidió que le diera más. Añadí más dinero, pero no pude contener mis palabras y le pregunté: «¿Por qué hace esto?».

—He pedido lo que nos corresponde, no más.

—¿No habíamos convenido una cantidad?

—Nosotros hemos hecho lo que se nos pidió... y más —replicó la mujer, hablando con un tono de negocios que imponía.

Hasta que no estuve fuera, bajo el frío sol, no me di cuenta del bien que me habían hecho aquellos días en la casa del *mohel*. En el fondo de mi corazón, sentí irme de esa forma. No hay nada en el mundo que te toque sin dejar huella. Quise volver y pedir perdón, pero, por alguna razón, no lo hice. Hoy, cuando me acuerdo de aquella mujer, me doy cuenta de que no era mala ni codiciosa, que solo estaba amargada. Todo su ser gritaba su esterilidad.

Me quedé en mitad de la plaza del pueblo sin saber hacia dónde tirar. De no haber sido por las joyas de Henni, quién sabe qué hubiera sido de mí. Cubrí a Benjamin con dos retales de piel y se durmió plácidamente. Su sueño tranquilo me dio fuerzas, y pensé muy seriamente en partir a pie.

—¿Adónde vas? —un viejo campesino detuvo su carreta junto a mí.

Yo dije el nombre de una aldea cercana.

—Sube.

—¿Cuánto debo pagarle?

—Nada.

Al cabo de una hora de viaje, me preguntó:

—¿De dónde eres?

Se lo dije.

—Pues no tienes pinta de ser de pueblo.

—¿De dónde, entonces?

—No lo sé.

—Pues soy de pueblo, abuelo, del campo —la antigua melodía de mi lengua natal me salió del alma.

—Tienes algo en la voz.

—¿Qué, abuelo?

—No sé, como otro tono, distinto.

—No entiendo.

—¿Y qué haces por aquí? —indagó.

—Estuve visitando a unos parientes —mentí.

—Yo no dejaría a una hija mía viajar sola.

—¿Por qué?

—Porque los caminos te echan a perder. La persona se embebe de palabras extranjeras, de gestos extraños. Nosotros, los rutenos, tenemos que cuidarnos. Los judíos lo echan todo a perder, ahora están arruinando a nuestras mujeres. No debes trabajar para los judíos: te corrompen el alma.

Me bajé en la plaza del pueblo más cercano, contenta de verme libre de aquel hombre y de sus reproches.

## XV

La nieve se derretía, y un sol radiante pendía del cielo. Sentí mucho el incidente con la esposa del *mohel*. De no ser por ese arañazo, guardaría el recuerdo de su rostro con amor; ahora su memoria está manchada, y solo recuerdo su última mirada. El mal sabor no enturbió mi ánimo durante mucho tiempo; enseguida me di cuenta de que estaba en una calle judía, llena de buenos olores.

Resultó que la fiesta de Pésaj se aproximaba. Quien haya estado en un hogar judío durante el Pésaj no podrá olvidarlo. La ceremonia dura como tres semanas: dos de preparación, la fiesta en sí, y el fin de fiesta. Las etapas estaban claras, nada había de superfluo. Solo había pasado unos pocos años con Rosa, pero aun así tenía las fiestas grabadas a fuego en el corazón. Hoy, el aire está despojado de todo aroma: esa limpieza me ahoga. Hoy no quedan judíos en el mundo, y solo soy yo, en secreto, quien evoca el recuerdo de sus festividades en mi cuaderno. Si no fuera por el mundo que va a venir, mi vieja vida ya no tendría ningún sentido.

Ya he vuelto a adelantarme. Estaba en Zhadova, en el día de mercado, con todo el mundo reunido en la plaza. Al acercarse el Pésaj, la gente encalaba las fachadas de sus casas. Aquellas casitas bajas, hundidas en el fango durante todo el invierno, se levantaban de su humilde posición, erguidas y brillando bajo el cielo azul. «De lo profundo a Ti clamo, oh Señor»<sup>[5]</sup>, leemos en el Libro. Quien haya visto esas casas bajas elevándose sobre el lodazal comprende este versículo como está escrito.

Allí seguía yo, clavada en el sitio y mirando fascinada, cuando me inundó una vieja necesidad. Llevaba más de dos meses sin beber ni un trago. Me tomé dos y salí de inmediato, para que Benjamin no se acostumbrara a esos olores ni al lenguaje de los paisanos. En la taberna, la gente hace lo que le da la gana; no hay nada permitido ni nada prohibido. Juré con el corazón que, por el bien de Benjamin, no me acercaría a las tabernas. Quería criarle en un entorno limpio y tranquilo. Benjamin tenía el rostro franco, y una gran luz emanaba de sus ojos. Cuando abría esos ojos enormes y claros, una gran sonrisa asoma en sus labios. Yo seguía dándole el pecho tres veces al día, y esos momentos de intimidad eran el gozo de mi vida.

Alquilé una habitación en una casa judía. Los judíos son muy estrictos en el Pésaj, aunque no es una rectitud atosigada, sino una atención cuidadosa, como una purificación gradual.

Pagué la renta por adelantado y me dieron una habitación en la buhardilla. En aquella zona, mi situación resultaba extraña. Los rutenos notaban que conmigo algo no encajaba. Mi cara, sin embargo, era la misma, pero había ciertos movimientos, quizá ciertos matices en mi forma de hablar, que se habían dañado. Con los judíos, mi situación estaba más clara: había sido sirvienta en un hogar judío, hablaba yiddish correctamente, estaba familiarizada con sus prácticas y costumbres, y ellos debían

cuidarse de mí. Un judío es siempre un ser cauteloso, y tiene más precaución aún con una sirvienta que haya trabajado en hogares judíos.

—¿Durante cuántos años has trabajado para judíos? —me interrogó el casero.

—Muchos años.

—¿Con quienes cuidan la tradición?

—También con quienes cuidan la tradición.

—¿Y por qué no retornas a tu pueblo?

Estaba acostumbrada a este tipo de preguntas. Toda sirvienta es sospechosa de robar o delatar. No se habla con libertad cuando ella está delante. Pero ¿qué se le va a hacer? Yo entiendo también ese lenguaje secreto, y me divierte. Más de una vez quise decirles la verdad: entiendo cada palabra, cada comentario y cada insinuación que hacéis. No debéis temer nada: no os robaré, y no os delataré. Solo quiero un refugio nocturno.

Me parecía que ahora lamentaban haberme alquilado la buhardilla. Yo bajaba muy pocas veces, solo una o dos al día, no más. El casero no paraba de reprocharle a su mujer que me la hubiese alquilado: «¿Dónde puedo encontrar un sitio para estar a solas durante la festividad? ¿Dónde puedo abrir un libro? Ya verás como no será fácil expulsar lo ajeno de esta casa».

—¿Y qué querías que hiciera? —se disculpaba la mujer—. Me pagó por adelantado. Me dio un buen dinero, eso no lo puedes negar.

El casero no se aplacaba con esto, y al final le arrancó la promesa de que nunca volvería a alquilar la buhardilla.

Pero mientras sucedía todo esto, yo tenía una amplia vista desde mi ventana. En el centro había muchas casas judías, tiendecitas bajas, y entre ellas el taller de un sastre y el de un zapatero. En los días lluviosos, la luz del cielo se volvía gris, y todo el lugar parecía una ciénaga húmeda y sombría. Pero cuando brillaba el sol, el pueblo florecía a la vida, y los preparativos progresaban a toda marcha.

Yo estaba contenta de tener a Benjamin conmigo en mitad de aquel ajetreo. Recuerdo con gran claridad cómo mi bienamado Benjamin recogía los restos del pan con levadura en la noche anterior a la víspera de Pésaj y pronunciaba las bendiciones a la luz de las velas. La quema real del pan con levadura se llevaba a cabo al día siguiente. Esa quema no era festiva, pero a mí me parecía que esa pequeña actividad encerraba un gran secreto.

El casero seguía refunfuñando sin parar. «¿Cómo has podido meter en casa a una extraña justo antes de Pésaj? La he visto merodeando por la cocina. ¿Cómo voy a dirigir el *séder*<sup>[6]</sup>? Ya no me basta con todos los *goyim*<sup>[7]</sup> que hay por ahí fuera, ahora los tengo en mi propia casa». La casera ya no le respondía. Al final, le dijo: «¿Y qué quieres que le haga? Cometí un error».

Esas voces perfectamente claras me hacían daño. Pero no me di por ofendida;

conozco bien a los judíos. Durante todo el año llevan una vida difícil, dispersos por ahí. En estas festividades, un judío lo que quiere es estar consigo mismo y con su libro. Para que mi presencia se hiciera menos evidente, en cuanto acababa de dar de mamar me iba a dar vueltas por las calles del pueblo. Los preparativos de la fiesta crecían más y más; esa expectación solo existe entre los judíos. Si se les miraba a cierta distancia, cuando estaban en el mercado, parecían obreros pequeñitos pasándose unos ladrillos diminutos de mano en mano y acercándolos a toda prisa al andamiaje, donde los izaban para construir un gran muro. El trajín solo se aplacaba el mismo día de la víspera, y una calma repentina caía sobre las calles y las hacía enmudecer.

Llegó la fiesta. Yo dejé abierta la puerta de mi buhardilla, para que le llegara a Benjamin la historia del éxodo de Egipto en toda su extensión. Los bebés aprenden ya en el vientre de su madre, y aún más cuando están fuera. Era importante que pudiera absorber esas melodías siendo aún una criatura; recuerdo a mi bienamado Benjamin dirigiendo el *séder*, un *séder* sin formalidades ni grandes gestos. También yo era capaz ahora de identificar los sonidos, y decía: están dividiendo la *matza*<sup>[8]</sup>, la remojan, comen perejil y hierbas amargas, y me sentía feliz de que Benjamin absorbiera estos sonidos sin obstáculo alguno. Llegará un día, aunque yo no esté ya en este mundo, en que recordará y dirá: «Dios Todopoderoso, ¿dónde he oído estas palabras antes? Me son familiares».

Benjamin se desarrollaba, parecía ya un bebé de seis meses. Yo le hablaba mucho, explicándole que esta era nuestra segunda parada. La primera había sido con el *mohel*, que le había quitado la piel sobrante, causándole dolor. Ahora era la Pascua, el momento de nuestra liberación, y era importante que oyera las melodías de libertad que llenaban la casa. Le hablé del pequeño Moisés, al que escondieron de los asesinos poniéndole en una cesta; pasó muchos días a la deriva en el gran río, y cuando fue mayor se convirtió en salvador, porque había visto con sus propios ojos cuán grandes son las fatigas y cuán dura la esclavitud.

Los días intermedios durante el Pésaj eran festivos a medias. La gente se paraba a charlar en la calle, sin prisa. A veces me daba la impresión de que no era una festividad, sino una especie de emoción. Las fiestas judías, y el Pésaj en especial, se expanden a lo lejos. Cada festividad pintaba el cielo de su color. El Pésaj, por ejemplo, era de un azul claro. Yo quería contarle todo esto a Benjamin, pero Benjamin no me escuchaba; estaba completamente absorto mamando. Mamaba sin parar, y me dejaba débil. Pero yo me sobreponía a la debilidad.

Ahora los días eran cálidos, y las casas tenían las ventanas abiertas de par en par. También yo salía al campo, extendía una manta en el suelo, y colocaba a Benjamin encima. Benjamin se estaba poniendo muy gordito, creía yo: tenía los ojos muy abiertos y llenos de vida, y prestaba atención a todo. Pero, en lo que concierne a mí,

tenía el espíritu turbio. Ya nunca veía en sueños a mis seres queridos. Mi sueño era profundo, pero opaco, como si yaciera a los pies de una tumba. ¿Dónde estáis, amados míos? Tanteaba en la oscuridad, y me despertaba cubierta de sudor. Pasaba gran parte del día al aire libre, sin acercarme a las tabernas para no caer en la tentación. Había muchas tabernas en aquel pueblecito, y la mayoría eran de los judíos. Durante la fiesta y los días intermedios no se notaba el olor del vodka, pero ahora flotaba por todas las esquinas, despertando mi deseo.

La casera no hablaba mucho conmigo; tenía el rostro reconcentrado y, cuando yo le hacía alguna pregunta, respondía con la mayor concisión. Una noche me despertó una pesadilla: un matón ruteno trataba de arrancarme a Benjamin de los brazos. Se parecía a uno de mis primos. Yo forcejeaba con él con todas mis fuerzas y, cuando veía que no podía ganarle, le clavaba los dientes. Él me soltaba y se largaba. Aquel mal sueño me dejó marcada, y al día siguiente me encontraba muy débil. Tenía los dedos congelados. Bajé al campo, pero no dejé a Benjamin jugar sobre la manta, sino que lo tuve en brazos. Aquella noche, oí que el casero le preguntaba a su mujer: «¿Cuándo va a irse?».

—Dentro de dos semanas.

—Ya no la soporto.

—No hace nada malo, ni se la oye.

—Necesito la buhardilla como el aire que respiro. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—No teníamos dinero en efectivo, ¿te acuerdas?

—¿Y me privas de mi rincón por dinero en efectivo?

—Perdóname —dijo la mujer con voz ahogada.

Al día siguiente me levanté temprano, empaqué mis escasas pertenencias, abrigué a Benjamin, y les hice saber que dejaba la casa.

## XVI

Puse rumbo al norte. Viajar era fácil en esa estación: las carreteras estaban llenas de vehículos y carretas. Te subías a una de ellas, y nadie te preguntaba adónde ibas. Por las noches solíamos dormir en alguna posada pequeña, apartada del camino principal, bien escondida entre las colinas.

Después de aquella pesadilla, el miedo no me dejaba. A veces, sentía que el pueblo entero estaba acechándome. Sabía que no eran más que imaginaciones sin sentido, malos presagios, intranquilidad, pero no conseguía librarme del miedo. Iba corriendo de sitio en sitio, y todas las mañanas bendecía mi propia vida y la vida de mi hijo.

Solo un año antes, yo tenía un fuerte vínculo con Rosa y con Henni; hablaba con ellas cara a cara, sin barreras. Pero ahora mi sueño era cerrado, desprovisto de imágenes. Me despertaba llena de pánico y empezaba a empacar mis cosas.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —me preguntó de repente, en yiddish, una voz familiar.

—Tengo que ir a Czernowitz.

—Pero tómate algo antes. Dale algo de beber a ese niño. En esta época salen los carros, y si la suerte te sonríe quizá hasta encuentres un coche de caballos.

La voz de aquella mujer era como la paz misma; solo un creyente tiene una voz tan tranquila. Preparó una papilla para el bebé y un café para mí; los movimientos suaves de aquella anciana me calmaron, y quise llorar. Benjamin se agarraba a mí, sonriendo.

—¿De dónde eres, querida? —me preguntó.

—Soy gentil —dije, sin ocultarlo.

—Ya veo —dijo la anciana—. Pero estás empapada de judaísmo.

—He pasado años trabajando en casa de una judía creyente.

—Sí, pero tu voz me dice que has estado siempre cerca de los judíos.

—Desde que era muy joven.

—Y ahora, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Quiero criar a mi hijo, Benjamin, en una casa limpia y tranquila. Quiero mantenerle lejos de las voces bastas y de la brutalidad. Quiero ver muchos árboles y mucha agua, y no quiero que mi hijo esté rodeado de carreteros.

La anciana me miró con buenos ojos y me dijo:

—Hacía mucho tiempo que no oía una voz como la tuya. ¿Quién era esa mujer para la que trabajaste cuando eras joven?

Se lo conté.

—¿Y dónde está ahora esa mujer?

—Fue asesinada por unos malvados, ella y su marido.

—No nos dejan ni un momento de paz, querida. También aquí los asesinos tienen las manos llenas de sangre. Mi yerno, que en paz descansa, fue asesinado hace diez años en el patio de su casa. Estaba sentado en un banco, tomándose un café, cuando de repente apareció su asesino y le asestó un golpe de hacha.

—¿Y usted no tiene miedo de vivir aquí, madre?

—Yo me levanto cada mañana y pongo mi vida y todos mis anhelos en las manos de Dios. Dejo que haga con nosotros lo que Él quiera. Hubo un tiempo en que tuve mucho miedo de la muerte, pero ya no siento temor. Tengo a muchos seres queridos en el reino de la verdad, no estaré sola allí.

Los judíos del pueblo eran seres fuera de lo común. Los árboles y el silencio purificaban su fe; hablaban con la misma simpleza de las cosas grandes y de las pequeñas. Los campesinos les admiraban, les temían y, cuando el fanatismo se les desbordaba, los mataban.

—Los judíos deberían abandonar el pueblo; el pueblo es una trampa —dije.

—Tienes mucha razón, querida, pero yo nunca me iré de aquí. Yo nací aquí y, según parece, aquí tendré mi tumba.

Yo le pagué a aquella mujer el alojamiento de esa noche, y añadí unas monedas de más.

—Has puesto demasiado. Se ha de guardar el dinero para cuando vengan malos tiempos —me dijo.

Yo la miré de frente y pensé: «No se encuentra un semblante así todos los días. La gente es mezquina y malvada como si este mundo fuera la eternidad. Conservaré el rostro de esta mujer en mi corazón». Ese día, la cara de aquella mujer me dijo que la muerte no es el fin.

Ni una nube cubría el sol, y yo iba a pie. Estaba feliz con Benjamin, y feliz entre árboles. Cuando me cansaba, extendía la manta en el suelo y le ofrecía lo que llevara en la bolsa: queso, pan blando, un tomate o un huevo cocido machacado. Benjamin comía todo lo que le caía en las manos, no hacía falta estar dándole la comida. Y, cuando se sentía saciado, rodaba por la hierba como un cachorrito, riendo y balando bajito como una cabritilla.

Pero las noches me atemorizaban. Yo trataba de superar el miedo, pero era más fuerte que yo. También Benjamin se despertaba a veces en pleno sueño y me asustaba. Yo le decía que los sueños no significan nada: mamá está a tu lado, y siempre va a estar a tu lado. No hay de qué tener miedo. Le abrazaba con fuerza, y así se calmaba.

Una mañana, Benjamin dijo su primera palabra. Dijo «mami», y lo dijo en yiddish. Inmediatamente, se echó a reír muy alto.

—Dilo otra vez.

Volvió a reír, y lo repitió.

Entonces supe que el yiddish sería su idioma, y ese descubrimiento me hizo feliz. La idea de que mi hijo fuera a hablar la lengua de Rosa y Benjamin pareció llenarme el alma de una esperanza nueva, pero..., ¿por qué me temblaban las manos?

Al día siguiente, le enseñé una palabra nueva, «mano». Le enseñé la mía, y él dijo: «mano». Rodaba por la hierba con mis palabras, repitiéndolas con el suave acento de un bebé, haciendo que se me saltaran las lágrimas. Los verdes prados se extendían hasta el horizonte y me evocaban, en contra de mi deseo, los de mi pueblo natal, que ahora me parecía tan lejano como si nunca hubiera existido.

Así seguimos, cada noche en una posada distinta. Los dueños de las posadas no siempre nos sonreían; menos mal que yo podía pagar una comida caliente. Tras pasar el día entero caminando, estábamos vencidos por la fatiga. Benjamin decía unas cuantas palabras en yiddish, y todo el mundo se reía.

—¿Dónde lo aprendió? —me preguntó un posadero judío.

—Lo aprendió de mí.

—¿Y para qué lo necesita?

—Para no ser un *goi*.

Yo sabía que esa respuesta le iba a hacer reír, y por supuesto el hombre se rio.

Me costaba mucho pasarme sin beber. Me prometí a mí misma no hacerlo, y cumplía mi promesa, pero lo pagaba con sangre. Por la noche me despertaba sin aliento, con las manos temblándome. Era una tortura atroz, y a veces me preguntaba si no sería mejor tomarme un trago. A fin de cuentas, no era pecado.

Nunca olvidaré aquel verano. Pero el otoño, que llegó abruptamente, cortó mi felicidad de golpe. Fue un otoño turbio, inundado de lluvias salvajes, que caían de repente convirtiendo los caminos en una ciénaga, y nosotros nos vimos en una posada mal atendida, entre brutos y borrachos, con el suelo lleno de porquería y una cama que no estaba limpia.

—¿De dónde es este niño?

—Es mío.

—¿Por qué habla yiddish?

—No habla, solo balbucea —yo intentaba protegerlo.

—Debería darte vergüenza.

—¿De qué?

—Llévale pronto a un pueblo para que pueda aprender un idioma de personas. Hasta un ruteno bastardo es un ruteno; solo los hijos del demonio hablan yiddish.

—No es bastardo.

—¿Y qué es entonces? ¿Nació con la bendición de un cura?

—Es mío.

Para mi desgracia, Benjamin empezó a repetir todas las palabras que yo le había enseñado. Intenté hacerle callar, pero no pude. Reía y parloteaba, y todas las palabras

que salían de su boca sonaban claras e inconfundibles. No había posibilidad de error: el crío hablaba en yiddish.

—Sácalo de aquí —me gritó uno de los borrachos.

—¿Y adónde me lo llevo?

—Llévalo fuera.

Yo me sentía muy deprimida y me tomé unos cuantos tragos, que me templaron y me hicieron recobrar el valor. El miedo me abandonó, y le hice saber a aquel hombre con toda claridad, sin dejar lugar a ningún malentendido, que no tenía ninguna intención de volver a mi pueblo, pasara lo que pasara. El pueblo estaba lleno de vulgaridad y maldad, y allí ni las bestias del campo eran inocentes.

—Sirvienta —me dijo uno a modo de insulto.

—Villano —tampoco yo me mordí la lengua.

—¡Putá! —respondió, escupiendo.

Me fui de la taberna y encontré refugio en un granero. Tapé la ventana con dos grandes balas de paja, arrojé a Benjamin y le abracé con fuerza contra mí. Se durmió después de pasar un hora temblando.

## XVII

El invierno llegó de golpe, y con toda su crudeza. Las posadas estaban vacías y heladas, y los posaderos de mal humor. Benjamín lloraba, y yo me sentía impotente. Los vientos invernales se habían adueñado de la región. Yo miraba por las ventanas, que estaban cubiertas de escarcha, pateando el suelo de desesperación.

Estaba dispuesta a pagar lo que hiciera falta para tener la habitación caliente, pero el casero ahorra mezquinamente hasta la última astilla, repitiendo el mismo argumento: hay que ahorrar. Quién sabe cuántas heladas nos quedan este invierno. Solo unos días antes, los caminos estaban llenos de gente, coches de caballos y carretas, yendo a galope tendido en todas direcciones, y ahora no quedaba ni rastro de ellos, solo viento y nieve.

Un hombre que llevaba un coche de caballos dijo que me llevaría a la estación de ferrocarril, pero al final cambió de opinión.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo —le dije yo.

—Una madre con un nene tan tierno no debe correr riesgos —me echó en cara.

El hombre tenía miedo, y con razón. Las tormentas eran furiosas, capaces de arrancar de cuajo los tejados.

Por fin, no me quedó otra opción que amenazar al dueño de la casa. Si no me daba leña, pediría ayuda a la policía. La amenaza hizo efecto: me dejó coger leña del almacén al momento.

—Pensábamos que sería usted más dócil —me dijo el hombre.

—¿Por qué?

—Porque habla yiddish muy bien.

—¿Y por eso tengo que morir congelada?

—Ya entiendo —dijo el propietario de la taberna, sin explicarme qué quería decir.

Imperceptiblemente, aquel invierno que me había atacado y encerrado en aquella posada miserable despertó mi vitalidad antigua, adormecida. Estaba hablando como hablan en el pueblo, sin rodeos. Hay que hacer saber a la gente que el mundo no es un lugar sin ley. Ni siquiera Benjamin podía ser débil: un judío débil despierta los instintos más bajos.

Has de ser fuerte, le repito una y otra vez a Benjamin. Él ríe, y su risa tiene el sonido de las campanitas de cristal. Si eres fuerte, también tu madre lo será. De hecho, Benjamin ganaba fuerza de día de día. Sus manos se aferraban a mí con energía. Y, cuando se enfadaba, daba arañazos; me hacía daño, pero me complacía su ira. Después de arañarme, se metía a gatas debajo de la mesa, escondiéndose y riendo.

Enseñé a Benjamin a ponerse de pie; le costaba un gran esfuerzo, pero al final triunfó y se mantenía derecho. Yo no tenía duda alguna de que sería musculoso y

robusto. También su vocabulario aumentaba por días; hacía ya muchos sonidos distintos. Para hacerle reír, yo le decía bajito alguna palabra en ruteno. Se reía como si me hubiera oído decir algo completamente sin sentido.

Fuera, las cosas seguían igual. La nieve se amontonaba sobre la nieve. Yo no necesitaba lujos: compraba víveres a la mujer del posadero y cocinaba platos sencillos. Benjamin comía de todo y tenía buen apetito. Por las noches, caía rendido en el suelo y se quedaba dormido; tenía una sorprendente facilidad para dormirse. Se quedaba dormido instantáneamente. De él aprendí que la línea que separa el sueño y la vigilia es muy fina. Yo no dormía con tranquilidad: por todas partes me invadían visiones turbadoras. El posadero volvió a subirme el precio de la leña, con el argumento de que el precio de mercado se había puesto por las nubes. Yo le pagué sin decir ni una palabra, aunque sentía que me estaba engañando. Sabía que no podía irme, así que se aprovechaba de mí. Al cabo de un tiempo, ya no pude quedarme callada, y se lo dije: «No debe aprovecharse. A los judíos se les dio la Torá para que la respeten». Al posadero le sorprendió este argumento: me sacó todos los recibos y facturas para demostrarme que no estaba ganando nada. Al contrario, las pérdidas eran cuantiosas. No le creí, y le dije que no le creía. Durante aquel invierno, mis sospechas se intensificaron, y no tenía miedo de expresarlas en voz alta.

—Me está usted amargando la vida —me dijo el hombre, tratando de apelar a mi conciencia.

Benjamin me había cambiado. Subí de peso, pero sin perder libertad de movimientos. Me metía con él a gatas bajo la mesa, saltaba a la comba, y rodaba por el suelo de lado a lado de la habitación con él.

Los otros habitantes de la casa eran cautelosos conmigo, apenas hablaban cuando yo estaba presente y, si lo hacían, medían cada palabra. Temían que yo los delatara. Yo no tenía la menor intención de hacerlo; delatar es un acto despreciable. Solo las personas más infames lo hacen. Quería decirles eso, pero sabía que esas palabras solo aumentarían su recelo. Recordé a los miserables que habían calumniado a Rosa, y ella tuvo que ir de despacho en despacho desmintiendo las calumnias. Cuando volvía a casa, caía al suelo llorando de pena y de vergüenza. «Yo no delato, porque la Torá nos ordena no difundir habladurías», pensé en decirles, pero me arrepentí inmediatamente; no quería parecer santurróna.

En poco tiempo más, cuando llegáramos a Czernowitz, le leería libros a Benjamin. Benjamin abriría sus grandes ojos escuchándome. Este pensamiento, no sé por qué, me conmovía mucho. Hacía años que no lloraba. Entonces, cada movimiento de Benjamin me hacía llorar. Tengo que ser fuerte, me decía a mí misma, y me tragaba las lágrimas.

Al día siguiente la tormenta se aplacó y un claro cielo invernal se reveló en todo su esplendor. Debo partir, dije, como si me esperara un hogar lejos de allí. Durante

las últimas semanas, me había dado cuenta de que mi presencia le resultaba agobiante a los dueños de la posada; cada vez que yo salía al pasillo, la mujer se echaba hacia atrás. Tampoco al hombre se le veía mucho; me ignoraba. Mi habitación estaba muy cerca de la suya, y no se permitían ni una palabra de más. No hables, oía decir al posadero.

Empaqué mis escasas pertenencias, abrigué a Benjamin con pieles y pagué. El posadero no me pidió nada de más, y no me dio las gracias. El recibidor de la posada estaba vacío a aquella hora, y partí de allí sin una sola bendición.

El sol brillante no aplacaba el frío. El frío era intenso, pero yo sabía que tenía que alejarme de aquel sitio y seguir adelante.

—Sube —un paisano paró su trineo.

—¿Adónde?

—A Czernowitz.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Lo adiviné.

Y así, aquel hombre decidió por mí. Era un campesino viejo, que llevaba unas cuantas cajas de manzanas, unos paquetitos de fruta seca y una caja de productos lácteos frescos en el trineo. Había dejado un sitio libre en la esquina delantera, para un pasajero.

—No me gusta viajar solo —confesó.

—¿Cuánto tiempo estaremos viajando?

—Hasta que se haga de noche.

Benjamin se quedó dormido en mis brazos. Solo ahora me daba cuenta de cuánto había crecido durante el invierno. Tenía la cara más llena, y la frente cubierta de cabello dorado; habían desaparecido los pliegues de sus mejillas, que ahora estaban acolchadas con un nuevo color rosado.

—¿Dónde vives?

—En la ciudad —dije, sin más detalles.

—Pero eres del campo, ¿verdad?

—Así es, tío —dije, como se dice en el pueblo.

—¿Trabajas para los judíos?

—Así es, tío.

El viaje fue rápido y rítmico, y por la tarde nos detuvimos en una taberna. Yo sentía una urgente necesidad de llegarme hasta la barra y pedir un trago, pero me controlé. Me quedé en mi sitio, vigilando el sueño de Benjamin. Era una taberna rutena, de las que apestan a estiércol y a vodka día y noche; de allí no se salía hasta haberse emborrachado el último nervio del cuerpo.

Cuando el paisano volvió al trineo, me reconvino por no haber entrado a tomar un trago con él. Sin un trago, uno no es gente. El trago despierta el cuerpo y le permite a

uno hablar con libertad.

## XVIII

Yo tenía un tesoro precioso, un gran tesoro. Me miraba en sus ojos, y no podía creer lo que veía. Todo él era luz. Vivíamos en un pisito de una sola habitación, en la calle de los judíos. Ya era abril, pero seguía soplando con fuerza un viento escarchado. Yo pasaba horas junto a la ventana con Benjamin y, gracias a sus grandes ojos, también yo veía milagros.

—Pájaro, mamá.

—Pájaro.

—Pájaros marchó todos. Pájaros marchó.

Cada palabra que salía de su boca era como una exclamación de júbilo.

De nuevo, las noches se llenaban de calma alegría. Yo recibía en casa a mis queridos Rosa y Benjamin, y a veces también a Henni. Mi Benjamin hablaba sorprendentemente bien. Todo el mundo le llamaba el pequeño prodigio, y a mí me asombraba no haber oído antes esa palabra, una palabra tan bonita. De repente, Sammy apareció otra vez, muy borracho. Yo intenté esconderlo de mis invitados, pero él me pasó por encima, se plantó en mitad de la habitación e hizo saber a todos que aquella criatura no era ningún milagro, que no era más que un niño no deseado.

—Debes vigilarle bien —me previno Rosa.

—Le cuidaré como a la niña de mis ojos —prometí.

—Es un niño maravilloso.

De nuevo se acercaba Pésaj, y yo me quedaba junto a la ventana para que Benjamin pudiera ver el trajín, absorber los aromas y aprender que cada festividad tiene su color propio. El mundo no es todo confusión, aunque a veces lo parezca. Si Rosa hubiera estado con nosotros, hubiéramos celebrado el *séder* con ella. Mis seres queridos me fueron arrebatados antes de tiempo; de no haber sido por Henni, que me sacó de la escoria de la estación, seguiría allí revoleándome en el lodo hasta el día de hoy.

Cada pocos meses, vendía una joya. Cada joya que vendía cortaba un pedazo de mi carne, pero el pensamiento de que estaba criando a un niño, de que ese niño haría brillar los ojos de todos, me endulzaba un poco la tristeza. Llevaba las joyas junto a mi corazón.

La idea de que tenía mi propia habitación, de que me hijo estaba junto a la ventana conmigo, mirando... ese pensamiento alegraba mis horas. A última hora de la tarde, solía vestir a Benjamin, y salíamos a escuchar los sonidos nocturnos. Había seres malvados en la ciudad: borrachos que me conocían de la estación, gente de mi pueblo que me acechaba en silencio, y malhechores sin más, que me abordaban en la calle. Yo no tenía miedo. Cuando llevaba a Benjamin en brazos, no tenía miedo. Hazte a un lado y no te cruces en mi camino, solía prevenirles y, si me provocaban,

los maldecía, a ellos y a la madre que los había traído al mundo.

Una noche, se me acercó un hombre de mi pueblo. Me reconoció a primera vista y no quiso dejarme en paz. Yo le imploré: «Pero si crecimos juntos en el mismo agujero dejado de la mano de Dios, mi padre conoció a tu padre, ¿por qué no me dejas en paz?».

—Deja a ese bastardo en el suelo y ven conmigo —dijo, sin atender a mis súplicas.

—¿Por qué llamas bastardo a mi hijo? —no fui capaz de refrenarme.

—Porque es un bastardo.

Yo le imploré: «No ves que soy una mujer sola, sacando adelante a mi hijo con mis propios medios. No es fácil sacar adelante a un hijo, pero lo hago contenta, porque es un buen chico». Le hablé como se habla a un pariente, con todas las palabras familiares que tenía, pero él siguió en sus trece.

—Deja al bastardo ahí. Tengo una habitación aquí cerca.

—¿Cómo le hablas así a una madre? Yo ya no soy joven.

—Tú te acuestas con cualquiera, pero no quieres acostarte conmigo.

—No me hables así.

—Tengo que acostarme con una mujer esta noche —dijo con voz bestial.

—Busca a otra mujer; hay muchas. ¿Por qué quieres a una que tiene un hijo?

—Me apetece acostarme contigo.

Yo reuní todas mis fuerzas, alcé la voz y le dije:

—Si te acercas a mí, te morderé como una perra.

—Putá —me dijo con odio.

—Bastardo —tampoco yo me callé.

Estaba contenta de haber luchado hasta el final. Aquella noche no seguimos paseando. Nos volvimos a casa mientras aún había luz, y al instante le dije a Benjamin: «Debes ser un chico valiente. Sin coraje, te mueres. Tenemos que hacer ejercicio todas las mañanas. Has de endurecerte los músculos y ser un cachorro de león».

Por mi parte, extraía el coraje de donde sabía: me tomaba dos o tres tragos, me calentaba el cuerpo, y veía a mi difunta madre ante mis ojos. Mi madre era una mujer valiente. Todo el mundo le tenía miedo. Nunca bebía en público, siempre sola, por la noche sobre todo.

A última hora de la tarde, cuando salíamos a dar un paseo, yo le decía a Benjamin: «No tengas miedo. Cuando una persona supera el miedo, es libre. El miedo lo afea todo. Hay que erguirse». Tenía dudas de que me entendiera, pero yo le repetía esa lección para que, a su debido tiempo, cuando lo precisara, la tuviera presente en su cabeza.

Pero, a pesar de todo, ya no paseábamos tranquilos. La ciudad estaba llena de

gente del campo y de vendedores ambulantes; todos gritando, amenazando y maldiciéndose unos a otros. No era un espectáculo agradable, excepto por los viejos judíos que salían a la puerta de sus humildes tiendas a aquella hora. Si no hubiera sido por aquellos seres flacos, que siempre me dejaban maravillada, me hubiera encerrado en mi habitación. Yo me quedaba prendida en las miradas de aquellos ancianos, a veces olvidando que la ciudad hervía de malhechores.

De vez en cuando, algún hombre me abordaba, y yo huía de él metiéndome en una taberna, donde solía encontrarme a viejos conocidos. Había conocido a mucha gente en la vida, gente que quería tomar mi cuerpo, y yo generalmente les había dado lo que querían. Ahora mi cuerpo era el refugio de Benjamin, y no les permitiría que se aproximaran.

—¿Cuántos años tienes, Katerina? —me preguntó uno.

También ellos habían envejecido. El vodka les había dejado el rostro vacuo, y la piel de las manos les amarilleaba. Sin embargo, me preguntaban:

—¿Dónde se te puede ver, Katerina?

—He vuelto a casa —decía yo.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido alguna catástrofe?

—Uno ha de volver a casa, ¿no es así? —yo les contestaba en el idioma de la aldea.

Esa excusa les parecía aceptable, no sé por qué, y me dejaban en paz.

Pero aquel matón, aquel repugnante paisano mío, ese no me olvidaba, y seguía esperándome día tras día. Yo sentía que estaba acechándome pero, como no le veía, creía que no eran más que mis miedos. En los últimos días, había dejado de pasear por calles pequeñas: no salíamos del centro de la ciudad, y nos íbamos pronto a casa. Sentía que la hiena yacía esperando su momento. Tampoco en casa estaba tranquila; no había ruido que no me alarmara, pero aun así me negaba a cerrar con pestillo. No debes temer, me repetía a mí misma. Si yo tengo miedo, también Benjamin tendrá miedo.

En la víspera de Pésaj me sentía muy feliz, tanto que columpié a Benjamin en el aire. Benjamin reía, y su risa resonaba por la calle. Después, le compré un helado, y me pidió otro. Se lo compré también, llamándole glotoncito mío. Se rio. Había unos cuantos campesinos en las aceras, y ellos rieron a su vez. Todo el mundo estaba ocupado en los últimos preparativos de la fiesta y yo, con todas las prisas, desprevenida, tomé por una callejuela por la que se atajaba hasta mi casa.

No acababa de poner un pie allí, cuando aquel bruto apareció, como si saliera de un hoyo, cortándome el paso. Supe que era el final, pero aun así grité: «No me toques». Era aquel mismo bruto, Karil, el mismo villano que me había acosado unos días antes, pero ahora tenía valor en la mirada. Estaba bebido, pero no borracho.

—Deja al bastardo y ven conmigo —dijo, agarrándome del brazo.

—No tengo miedo. Puedes matarme aquí mismo.

—Ya me has oído, y lo que dije lo digo en serio.

—Solo tengo miedo de Dios.

—Deja al bastardo —dijo, enseñando los dientes.

Asesino, estuve a punto de gritar, pero, antes de que me saliera la voz, me arrancó a Benjamin de los brazos y lo golpeó contra un muro. Y yo vi, Dios del cielo, la divina cabeza de mi hijo, el cáliz más precioso del mundo, abrirse en dos, y la sangre salpicando a borbotones que nublaron el atardecer. Por un instante, me quedé helada, pero inmediata, velozmente, saqué mi navaja. Di un salto, le agarré por el cuello, y le acuchillé una y otra vez. Sentí que la hoja le cortaba los tendones, y que las manos se me llenaban de sangre. El asesino se desplomó en mis brazos, dando patadas al aire, pero yo no le solté. Le descuarticé como se descuartiza a una bestia en el matadero.

## XIX

Eso fue la mitad de mi vida. Desde ahí en adelante, el color de mi vida es rojo. También yo fui asesinada aquella noche: lo que queda de mí es un muñón. Dos hombres me arrastraron por las calles como se arrastra un saco grande. «Asesina, asesina». Oía las voces, que me resbalaban sobre el cuerpo como hielo. Luego dejé de oír, solo me llegaban unos ecos que me hacían añicos con su estruendo. Mientras me llevaban a rastras, mi cuerpo perdió el peso, y mi dolor se congeló.

Me arrastraron durante mucho rato; yo tenía la certeza de que era mi fin, pero no tenía miedo. El tipo de alivio que se siente después de seis o siete vasos de vodka me rodeaba. Si esto es la muerte, no es tan atroz, me dije. En un momento dado, los hombres que tiraban de mí se cansaron y me dejaron en el suelo, sin parar de imprecarme: «Asesina, asesina». La gente venía de todas direcciones y se arremolinaba a mi alrededor. En el tumulto, recordé a los Slavo, dos hermanos que habían proferido un grito similar después de dar caza al lobo que había devorado a su hermano menor y de traerlo a la plaza del pueblo.

—¿A quién ha matado? —preguntó un hombre que tenía voz joven.

—Ha matado y descuartizado a un hombre.

—¿Y adónde la llevan?

—A la policía.

Las voces sonaban tan nítidas como pasadas por un fino cedazo. Yo abrí los ojos y vi a una masa de gente que me rodeaba, en un negro círculo. Los hombres que me habían llevado a rastras hasta allí estaban a mi lado, jadeando pesadamente. Supe que les bastaría con hacer una señal para que la turba me aplastara.

Esa pausa no duró mucho. Volvieron a arrastrarme con fuerzas renovadas, como si trataran de arrancarme los brazos. Yo sentía cómo mi cuerpo iba en volandas, golpeado y llevado como por una tempestad, como si tuvieran miedo de que me muriera antes de que pudieran determinar que tenían un monstruo entre manos.

El cuartel de la policía resultó estar cerca de allí. «Una asesina», dijeron, dejándome en el suelo.

—¿A quién ha asesinado?

—Ha descuartizado a un hombre. Sus restos están tirados en la calle.

Según parece, me desmayé o caí en un sueño profundo. Al despertar, sentí que la sangre que me cubría las manos se había coagulado. No tenía recuerdos en mi interior, era como un cubo que se hubiera vaciado.

—No va a decir nada —dijo una voz de hombre.

—¿La golpearon?

—Yo la he golpeado.

No sentía dolor. La idea de que me habían pegado y yo no había sentido los

golpes me despertó del desmayo. En la habitación de al lado, que tenía luz, se oían voces, pero llegaban a mis oídos como si vinieran de muy lejos.

Esa noche no pude dormir; me apreté con fuerza contra la pared, que estaba fría y mohosa, y sentí que el frío me penetraba todos los poros. Llevaba el abrigo desgarrado, pero el forro estaba intacto. Estiré las piernas, y entonces me di cuenta de que tenía una rodilla hinchada. La hinchazón era más grande que el dolor; eso es, me dije a mí misma, una inflamación exagerada. Las voces de la habitación de al lado no se disiparon. Al principio me pareció que hablaban de mí, pero enseguida quedó claro que hablaban de una antigua hipoteca. Una de las voces se quejaba de que esa hipoteca le estaba arruinando. Si no fuera por la hipoteca, sería un hombre libre.

Era como si mis recuerdos se hubieran hundido a lo más profundo, pero me daba cuenta perfectamente de los movimientos y de los chirridos que se producían a mi alrededor. También me fijé en que los barrotes de la celda eran gruesos, pero no estaban muy juntos.

Conseguí quitarme los zapatos. Resultó que también tenía los tobillos hinchados, pero no demasiado. Me acordé de que mi madre siempre decía: «Katerina se hace unos agujeros en los calcetines que no se pueden ni zurcir. Ya estoy cansada de decirle que no gatee por el suelo». Tenía yo entonces tres años, mis padres aún se hablaban y mi madre, no sé por qué, se quejaba de mí pero parecía contenta, y yo me sentía feliz de que mi madre me amara.

Un rato después, se me acercó un policía, que se quedó junto a la puerta de la celda. Me pareció gigantesco. Me miró como se mira a una vaca desbocada, y me dijo: «Levántate, asesina». Al oír su voz, me puse a gatas, pero no tuve fuerzas para levantarme. El hombre se dio cuenta de que yo intentaba ponerme en pie, pero pensó que no me esforzaba lo suficiente y me pegó con la porra. El golpe fue fuerte y me derribó en el suelo.

—¿Qué quiere de mí? —le dije, como suele la gente.

—No me hables como si fueras una persona.

—¿Y qué tengo que hacer?

—No te hagas la inocente. Habla como una asesina, ¿me entiendes?

Entonces llegaron dos hombres y me levantaron en vilo, llevándome a una habitación iluminada. Mi aspecto, según parece, era horrendo. Se quedaron allí, algo separados de mí, hablando entre ellos en rumano. Yo no entendía ni una palabra. Uno de los policías se dirigió entonces a mí en ruteno, y me dijo: «¿Por qué lo mataste?». No recuerdo lo que respondí. Creo que luego me dieron patadas y bofetadas. Caí, y ellos siguieron golpeándome. Yo no grité, y eso les enfureció. Al final, me llevaron otra vez a la celda. No sé cuántos días me tuvieron sin ver la luz del sol; en la celda la oscuridad era grande. Durante todo ese tiempo, sentí que me arrastraba un río ancho y profundo. Las olas negras me cubrían pero yo, que tenía agallas como los peces,

conseguía no ahogarme. Cuando abría los ojos, me daba cuenta de que estaba en el río Prut; su flujo era denso y rojo.

## XX

El domingo me llevaron a la cárcel. Sonaban campanas, y un sol otoñal inundaba las calles. Dos agentes armados me condujeron, y había gente señalando hacia mí por todos los lados: el monstruo. Yo me sentía vacía y helada, y ningún dolor llegaba a molestarme. De hecho, me parecía que, a ese paso, hubiera podido seguir horas caminando. Sentí por primera vez que tenía a mi madre dentro, no a la madre que me pegaba, sino a la madre valerosa que me había querido transmitir su valor durante años sin saber cómo. Ahora andaba con ella, indivisibles las dos, como un único cuerpo.

Y así empezó mi nueva vida. Las mujeres de la cárcel lo sabían todo, hasta el último detalle, y no tuve buen recibimiento. Más tarde me enteré de que tampoco recibieron con alegría a otras mujeres. El que entra en prisión sabe que aquí uno no se muere, sino que se desintegra. No hay hilo que pueda zurcir los desgarros. Tuve miedo no de los muros, sino de los rostros.

El juicio no había sido largo. Admití la acusación con todos sus detalles, y el juez, un hombre viejo, dijo que hasta ese día no se había encontrado con un horror semejante. Si no se hubiera tratado del asesinato de un asesino, hubiera ordenado que me hicieran el nudo de la horca alrededor del cuello. No hubo nadie en la sala de juicios. El defensor de oficio dijo: «Puede usted estar contenta. Mientras hay vida, hay esperanza». Era un abogado judío, que iba siempre corriendo de un lado para otro y parecía avergonzado de sí mismo. No sé por qué, me recordaba a Sammy, aunque no se parecían en nada.

En la cárcel, la vida era muy metódica. Nos levantábamos temprano y las luces se apagaban a las ocho y media de la noche. Entre la hora de levantarse y la de irse a dormir... trabajo. Un equipo iba a trabajar a una fábrica textil, otro al campo y un último realizaba el mantenimiento de la cárcel. Años atrás, se había encadenado a las mujeres por las piernas, pero esa práctica ya se había abolido. En ese tiempo, se las ataba unas a otras con una cuerda, y las llevaban en grupos de tres. Cada equipo constaba de treinta mujeres. Algunas, más mayores, sobrellevaban su castigo con desprecio y la espalda muy recta. A la edad de setenta años, se ponía en libertad a las presas, pero esto no era siempre así: había una mujer de noventa y un años.

A mí me tocó integrarme en el equipo de mantenimiento. Yo prestaba mucha atención y hacía lo que se me ordenaba, pero mi vida era muy reducida, como la de una bestia de carga. Después de diez horas fregando suelos, caía sobre el catre como un fardo. Dormía como confinada, como si estuviera en un pasillo oprimente.

Cuando sonaba la campana, me levantaba y me presentaba al trabajo. Hacía mi tarea a conciencia, y las guardianas no me pegaban ni me atormentaban. Tenía muy poco contacto con mis compañeras de presidio. Ellas pasaban horas sentadas y

charlando. A veces, como entre la penumbra, escuchaba sus confesiones y sonaban como anhelos que ya no tocaban la vida.

Una vez, durante el almuerzo, una de las presas me dijo: «Katerina, ¿de dónde sacaste el valor?».

—No lo sé —le contesté.

Y esa era la verdad. Mi vida se había visto truncada, como si ya no me perteneciera, pero yo, yo misma, qué milagro, seguía en pie.

Las otras presas no se metían conmigo ni se burlaban de mí. Hay que tener cuidado con una mujer que ha sido capaz de destazar un cadáver en veinticuatro trozos, las oía decir en susurros. La mayoría estaba en la cárcel, según me fui enterando con el paso del tiempo, por envenenar o tirar ácido. Solo había dos verdaderas asesinas, y yo era una de ellas. El alcaide me llamó a su presencia y me preguntó: «¿Tiene usted familia?».

—No. Mis padres murieron, y soy hija única.

—¿Y de qué se ríe?

—La expresión «hija única» de repente me ha parecido graciosa.

—¿Tiene algún otro pariente?

—Mi padre tuvo hijos bastardos, pero yo no les conozco —dije, y seguí riéndome.

—Aquí la gente no se ríe. Salga de mi despacho.

Yo sentía estar riéndome, pero no podía controlarme. Veía ante mis ojos a los dos bastardos pelirrojos de mi padre, tal y como les había visto muchos años antes, sentados en una carreta estrecha.

Aunque aquí todas están sentenciadas a muchos años de prisión, siguen contando los días, los meses y los años. Yo estaba tan hueca que todo lo relacionado con el tiempo me daba igual. Trabajaba como una máquina, y por la noche, al sonido de la campana, dejaba mis útiles en el almacén y me presentaba al recuento. Tras la cena cerraban los barracones, y yo caía en el catre como un fardo.

Los días pasaban, cada uno igual que el anterior. Las presas que trabajaban al aire libre solían hablar del sol del verano y de las cosechas. Aquí, entre cuatro paredes, hacía frío siempre, incluso cuando lucía el sol. Pero a mí, la verdad sea dicha, nada me molestaba.

Una vez al mes había visitas. Todas las anhelaban, e incluso se ponían maquillaje. No había nadie que viniera a visitarme, y yo estaba contenta de no tener que pasar por esa consternación. Tras las visitas, la cárcel estaba en efervescencia toda la noche.

—¿En qué piensas? —una presa me sorprendió con esta pregunta mientras yo fregaba de rodillas.

—No pienso, estoy cansada.

—Me dio la impresión de que estabas pensando.

—¿Y en qué voy a pensar? —dije, tratando de poner fin a la conversación.

La mujer, que era de mi edad, me contó que ya llevaba seis años presa, y le quedaban aún diecisiete más por delante.

—¿Por qué te enviaron aquí? —le pregunté, y me arrepentí de inmediato.

—Por tirar ácido —me dijo, y sonrió con un gesto extraño.

Antes de casarse, también ella había trabajado para unos judíos durante muchos años. Yo me di cuenta enseguida de que recordaba esos años con cariño, y, como yo, primero había trabajado en una familia religiosa y luego, en la ciudad, para unos judíos laicos.

—Fueron los mejores años de mi vida —dijo, y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

Así es como empezó nuestra amistad. Se llamaba Sigui. En el invierno, con la oscuridad y las heladas, sacábamos nuestros recuerdos de Jánuca y Purim; en primavera, de Pésaj y Shavuot. Por Yom Kippur, se cubría con un chal y ayunaba. De no haber sido por el hombre que la había seducido, de no haber sido por aquel farsante, ella se hubiera quedado con los judíos para siempre.

Y así, milagrosamente, encontré un túnel secreto que me llevó de vuelta a mis seres queridos. Una noche vi a Henni. Sabía lo que había sucedido y cómo había llegado yo allí. Yo le dije que no tenía remordimiento en el corazón; estaba dispuesta a vivir largos años en la cárcel, sin ilusión alguna.

—¿De dónde sacas esa fe? —me preguntó Henni.

—De mi madre —dije sin dudar.

—Qué raro —dije Henni—. Si tú no querías a tu madre.

—No sabía quererla.

—¿Y ahora sí la quieres?

—Ahora la tengo dentro.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando una gran oscuridad cubrió la clara visión y me sumergí en el abismo.

## XXI

El trabajo consumía los días, las noches parecían no acabar nunca por culpa del frío, y aun así yo me levantaba cada mañana y me ponía en la fila. No hay límite para lo que uno puede aguantar.

A veces, sentía que estaban teniendo lugar ciertos cambios en mi cuerpo: se me hinchaban las piernas, y las venas de las manos se me ponían azules, pero no tenía dolores. Trabajaba de la mañana a la noche. Por la noche, a veces me quedaba de pie y me decía a mí misma «otro día». Las ideas se me secaban dentro de la cabeza, como si fuera una calabaza ahuecada.

—¿Estabas casada? —me preguntó Sigui.

—No, pero tuve un hijo.

—Hiciste bien.

Más tarde, ella me contó cosas de sus primeros días con los judíos, del miedo que les tenía y cómo había superado ese miedo. En su primer invierno había caído enferma, con neumonía, y había creído que seguramente la despedirían de inmediato, pero ellos la sorprendieron cuidándola. En el primer verano había conocido a Herz Reiner, un judío joven y laico, que estudiaba en Lemberg y la había cortejado con una gentileza aterradora.

—¿No te gustaría volver con ellos?

—Ojalá.

Sigui era alta, fuerte y llena de contradicciones. «Amo a los judíos», solía decir, «pero qué pena que sean judíos. Si no lo fueran, los amaría todavía más. Son seres únicos. Me encanta estar con ellos».

—¿Te hubieras casado con Herz Reiner? —ya no podía sujetarme la lengua.

—Eso es distinto. Una mujer debe casarse en la iglesia. Nosotras pecamos, nos enamoramos de los judíos jóvenes, pero en la iglesia no se les quiere. Debemos casarnos con los de nuestra clase.

—Eso es que no les amas.

—Soy rutena, querida, una salvaje bestia rutena. Los judíos son de otra raza. Podemos admirarlos, acostarnos con ellos, amarlos y maldecirlos, pero no nos casamos con ellos. Somos distintos, ¿qué le vamos a hacer? No es culpa nuestra. Así nos hizo el Creador.

Yo quería a Sigui. No hablaba con ella de todo, pero sentía que estábamos vinculadas a unos recuerdos llenos de calor y pecado, y que ese sentimiento nos daba como cierta ventaja invisible. No hablábamos de eso con nadie, ni tampoco mucho entre nosotras, pero lo pasábamos bien juntas.

Por la noche se charlaba mucho. Hubo noches en que se dejaban llevar y hablaban de amores desgraciados, y hubo noches en que hablaban de padres duros y

despiadados, o a veces sobre hermanos y hermanas, y hubo noches en que solo hablaban de los judíos, y esas eran las noches más animadas. Todas habían trabajado para los judíos. Había algunas cuyos padres y antepasados habían trabajado para la misma familia.

Robar en la casa de un judío era un arte que se aprendía con los años. No era fácil robarles a los judíos, que siempre eran rápidos y estaban atentos pero, si se les liaba, podía hacerse. Al cabo de un año o dos, una se sabía todos los secretos: cuándo rezaban, y cuándo se apareaban. Durante los días de fiesta se iban todos a la sinagoga, y ese era el momento de revolver los cajones. Robar en la casa de un judío era un placer especial, dijo una, casi como hacer el amor, y eso hizo reír a todas. Los asuntos amorosos con los judíos... eso también era un asunto que les gustaba analizar en profundidad. Sobre ese tema había diferencias de opinión: algunas decían estar seguras de que no hay nada como el amor de un judío; eran limpios, delicados, y nunca trataban mal a una mujer. Otras sostenían que sus modales eran demasiado refinados. Una mujer necesita una bestia del campo, no caricias y susurritos.

Uno de esos días, me hicieron saber que mi abogado había venido a visitarme. Las horas de visita eran tensas: en un plazo de tiempo muy corto, había que contar y volver a contar todo, y siempre con una valla de por medio. Los gritos eran ensordecedores. Mi abogado consiguió permiso para verme en la sala de los guardias, no con los demás.

Desde el juicio, su pelo, o mejor dicho lo que quedaba de su pelo, se había vuelto gris. El hombre era bajo y se estaba quedando calvo, pero nada había cambiado en su expresión, afable y atenta. «Hace mucho tiempo que quería venir a verla, pero no pude organizarlo», se disculpó. Me había traído una caja de dulces y un tarro de mermelada. Durante la visita me contó que se las había arreglado para recuperar las joyas que Henni me había dejado, del despacho donde me las había confiscado. En adelante, estarían en las oficinas de la cárcel y, llegado el momento, cuando me dejaran libre, me las devolverían. «Y tendrá por lo menos un mendrugo que llevarse a la boca».

—No hacía falta —le dije, estúpidamente.

—Nadie sabe qué nos traerá el día de mañana.

Ahora, también él parecía avergonzado. Quizá estaba molesto porque yo no había apreciado sus esfuerzos suficientemente. Para corregir esa impresión, le dije: «A mí todo me parece bien». Y ya no me salían más palabras. El hombre tampoco supo qué más decir, y se puso en pie. Nadie nos urgía para que pusiéramos fin a la conversación, pero yo, no sé por qué, me fui corriendo al barracón.

Por la noche, yo seguía tratando de encontrar un camino que llevara a mis seres queridos. Me parecía, por alguna razón, que, si conseguía llegar hasta Henni, llegaría a todos. Esa idea me tenía sin rumbo. Las noches se volvieron completamente opacas:

ni una grieta, ni una luz. Solo oscuridad y más oscuridad, y también aquí, de litera a litera, como en cualquier taberna, maldecían y culpaban a los judíos. Si no fuera por los judíos, todo sería diferente. Hay que exterminarlos, borrarlos de la faz de la tierra. Esas voces no tenían ningún tono de falsedad: sonaban con la misma claridad que el mugido de una vaca, a veces como una ordinaria canción campesina.

En lo profundo de mi corazón, yo sabía que esas voces no tenían el poder de dañar a mis seres queridos, pero aun así no me sentía tranquila. ¿Quién sabe qué daño puede causar una maldición? Mis seres queridos andaban errantes por el reino de la verdad, al desnudo, almas sin cuerpo, pero aquí los malvados seguían injuriándoles día y noche.

Y no temía en vano. Al día siguiente me enteré de que se había producido un pogromo en uno de los pueblos que estaban cerca de la cárcel. No había muchos muertos, pero sí muchos heridos. Uno de los carceleros nos contó los detalles, y las noticias se difundieron con rapidez. Al parecer, el botín había sido suculento: los paisanos ya no necesitarían las tiendas de los judíos. Tendrían sus propias ropas, su propio azúcar, y zapatos de todos los modelos y tallas. A última hora de la noche, una botella de vodka fue pasando de mano en mano. Todo el mundo estaba feliz de que al fin les estuvieran dando lo suyo a los judíos.

En Pascua, cuando estaba permitido llevar a las presas ropa y comida, ya se veían abrigos de los judíos... hasta vestidos de encaje y medias de lana, y también algunas fajas nuevas. Todas estaban muy contentas, y todas se probaron las prendas.

—¿Por qué estás aquí sola? —dijo una de las presas, volviéndose hacia mí.

—Echo de menos a unas personas —las palabras me salieron solas.

—Deberías olvidarte de todo. Todo lo que fue es como si nunca hubiera sido.

—¿Y tú nunca tienes recuerdos?

—Claro que tengo, pero enseguida me digo a mí misma: «No debes recordar». He mandado a mis hermanas y a mis primos que no vengan nunca a visitarme. No me deben nada. Las visitas solo sirven para sacar a la gente de quicio. Yo ya no echo nada de menos. Hice lo que tenía que hacer, y ahora ya puedo sentarme tranquila.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Maté a mi marido. Solo tú y yo hicimos el trabajo entero, hasta el final. Las otras solo lo intentaron y acabaron arrepintiéndose —le brillaba una lucecita en los ojos.

La cárcel estaba bien protegida, pero aun así las noticias se colaban por cualquier grieta. El día anterior, habíamos oído que habían matado al marido de Sigui en una taberna. Todo el mundo se alegró y bebió, y también yo me uní al regocijo. Sigui se emborrachó y, en plena borrachera, declaró: «Amo a nuestro Señor Jesucristo con un amor inmenso y poderoso. Es nuestro Señor, nuestro Salvador. Sabía que Él se vengaría por mí. Y ahora les ha llegado el momento a los judíos, que mataron a

nuestro Señor. Cómo se atrevieron esos hijos de Satanás a matarle, a Él que es el amor, que es la gracia. Dios no les perdonará, y ha preparado para ellos una gran venganza. ¡Ya veréis!».

Sigui habló tanto que acabó vomitando y se puso blanca como una sábana, pero no por eso dejó de maldecir a todos los que la habían atormentado en el curso de su vida: a su padre y su madre, a su marido y sus hijos, a los judíos y sus engaños. Si no hubiera incluido a las carceleras en sus maldiciones, la noche hubiera acabado felizmente y todo el mundo hubiera dormido en paz pero, como las incluyó, las carceleras cayeron de inmediato sobre ella, le pegaron y la llevaron a la sala de los guardias. Las súplicas de la mujer no sirvieron de nada. Esa noche la juzgaron y la metieron en una celda incomunicada, y así acabó la gran celebración.

## XXII

Desde que salió de la celda de aislamiento, Sigui ya no dejó de rezar y de persignarse, proclamando que tenía a Jesús posado en la palma de la mano, que el Dios de la venganza había llegado y que también les había llegado su hora a los judíos. Una especie de llama brillaba en sus mejillas huesudas. Hasta su forma de hablar en ruteno había cambiado: hablaba como las viejas del pueblo, mencionando a Jesús cada vez que abría la boca, y a la Sagrada Madre y a los ángeles, que vencerían al mal y a todos los hijos de Satanás.

Yo había perdido a una amiga. Hablaba con ella muy pocas veces, pero ella, no sé por qué, buscaba mi compañía, echándose en cara y recordándome que no hay vida sin fe, y que sin Jesús estamos perdidos en el mundo. Su voz daba miedo: «A ti te han influenciado demasiado los judíos. Te han echado uno de sus conjuros y han destrozado la fe pura que había en ti. Los hijos de Satanás distinguen muy bien el alma pura de una mujer y la compran por nada. No debes tenerles pena; han ennegrecido el alma rutena».

Yo me zafaba de su presencia, y estaba dispuesta a trabajar en el campo helado con tal de no estar cerca de ella. Una noche no pude soportarlo más y le dije: «¿Qué quieres de mí?». Ella se sobresaltó y dijo: «Nada. Yo te quiero. Quiero que vuelvas al seno de la fe. Los hijos de Satanás te han hecho mucho daño».

—No sigas esparciendo esas chifladuras —dije, y mi propia voz me dio miedo.

—No lo hice para mal, solo por ti. Yo te quiero —tembló su voz.

Pero la advertencia tuvo efecto. La gente, según parece, tiene miedo de los asesinos, y hasta yo tenía miedo de mi propia voz. Durante el juicio, habían exhibido la navaja que yo había usado para asesinar al asesino, y preguntaron si era esa misma navaja. No era más que una navaja normal, que yo me había llevado al irme de casa de Henni. Un pequeño hurto sin razón alguna.

Luego, los días se hicieron cortos. Hacía mucho frío, y el trabajo era agotador. Las ideas se me secaban, y las piernas se me movían como por sí mismas. Yo había quedado separada de mí misma y de mi vida, inmersa en una especie de dura vaciedad. No estaba enfadada ni quería nada; si me hubieran castigado con horas extra, hubiera trabajado sin decir ni una palabra. Todo el mundo esperaba los días de visita con impaciencia, pero yo no los anhelaba. Mi abogado venía una vez al mes y me traía, como una costumbre suya, unos cuantos dulces y algo de mermelada.

—¿Cómo les va a los judíos? —pregunté, con una voz que no era la mía.

Al abogado le sorprendió esta pregunta, y me dijo: «¿Por qué lo pregunta?».

—Por aquí corren rumores de que ha habido matanzas de judíos en los pueblos.

—¿Y eso le preocupa?

—Usted debería saber que yo me siento muy próxima a los judíos.

—Mejor haría pensando en cosas más alegres —me dijo en un susurro.  
—Me son muy queridos —dije, con una voz que me salía de la garganta.  
—No entiendo adónde quiere llegar.

—Me encantan sus casitas.

—No hable tan alto —me interrumpió.

—Me encanta hablar en yiddish. Lo echo de menos como al aliento de la vida.

El abogado se levantó y dijo:

—Esto es irrelevante. Ya lo hablaremos en otra ocasión.

—No tengo miedo.

—Aunque no lo tenga.

—No voy a dejar de amarles —conseguí decir esa frase antes de que terminara la visita.

Más tarde, supe que quien hablaba no era Katerina. Cuando Katerina estaba vinculada a sus seres queridos, tenía una voz plena, su vocabulario era diferente, y sus sentimientos le emanaban del cuerpo; pero, cuando la habían arrancado de ellos, estaba como cualquiera, agotada y deprimida.

Aquel fue un invierno muy largo. De vez en cuando, me asaltaban sentimientos poderosos, creencias agudas que me turbaban hasta el desmayo. Hubo momentos en que estaba muy cerca de mis seres queridos, con una cercanía muy grande, muy íntima, especialmente de Benjamin, mi angelito. Durante aquel invierno, le dije a una de las presas: «No necesito a Jesús. Yo tengo a mi propio Jesús». No sabía de qué hablaba, pero me dejaban decir y pensar lo que quería. La gente tiene precaución con los asesinos.

Pero la mayor parte de los días me sentía deprimida y me encerraba en mí misma. Mi vista disminuyó, mis oídos se volvieron sordos y yo estaba sellada como un muro. Cuando apagaban las luces, me hacía un ovillo como un animal abandonado. Las mañanas no me inspiraban deseo ni fe: me vestía y me presentaba al recuento como si fuera una extensión de un sueño agitado. Esperábamos a la camioneta largo rato, y cuando por fin llegaba, las presas subían a bordo a toda velocidad, golpeándose entre ellas con las prisas. La camioneta estaba cubierta con un toldo, y allí dentro hacía más calor.

«Empezad a trabajar. Así entraréis en calor», decía el viejo guardia. No nos pegaba, pero nos reprendía por todo, diciendo que el hombre había nacido para trabajar, que no había pecado sin castigo, y que uno debe aceptar los sufrimientos con amor. Los guardias no eran espíritus del mal, sino seres humanos que cumplían con su obligación. Este mundo no era sino un lugar de paso hacia una antecámara. Indudablemente, sus palabras tenían un dejo religioso; a veces, ese tono me inspiraba una especie de sobrecogimiento, como las plegarias funerales de un cura.

Pasábamos seis horas sacando remolacha de la tierra helada. Las palas eran poco

útiles, pero a fuerza de brazo conseguíamos lo imposible, sacar las remolachas de sus lechos congelados. Al cabo de unas pocas horas, teníamos ya una pila de remolachas blancas. Por la tarde nos daban sopa y una corteza de pan. Esta comida era insípida, pero uno se acostumbra a todo. A veces, alguna mujer no podía más e intentaba escaparse, pero no llegaba muy lejos. Los guardias la encontraban.

—¿Por qué no aceptáis los tormentos con amor? —nos sermoneaba el viejo guardia.

—Esto no son tormentos, son humillaciones —le respondió una de las presas sin alterarse.

A mí todo me daba igual. En aquellos días oscuros y opacos, hacía lo que tenía que hacer. No me quejaba ni acusaba a nadie. Pero, algunas veces, en el invierno —y esto sucedió más de una vez—, cundía una especie de alegría maliciosa que me destrozaba los nervios. Me resultaba muy doloroso, pero me aguantaba. Al final no podía soportarlo más, y alzaba la voz para gritar: «¡Silencio!».

—¿Qué quieres? —me preguntó otra presa a bocajarro.

—A callar.

—¿Yo?

—Tú.

La gente trata con respeto a los asesinos. A mí no me gritaban ni las carceleras, pero en el fondo de mi corazón yo sabía que esa fuerza no me pertenecía. Yo solo tenía una voz cuando estaba cerca de mis seres queridos, y solo entonces tenía poder.

A finales del invierno nos llegaron un montón de blusas y jerséis robados. Todo el mundo estaba feliz, pero no lo demostraban. «No te pongas esa blusa, que anda Katerina por aquí», oía susurrar, mi pequeña venganza entre tanta oscuridad.

## XXIII

En abril los días eran claros; hacía mucho frío por la mañana, pero por la tarde bajaba un sol que nos daba calor. Trabajábamos en el campo, al aire libre, y volvíamos embriagadas de aire puro. De no haber sido por algún intento de fuga, los días se hubieran sucedido sin nada que contar. Tras las escapadas, venían los azotes y los gritos. La carcelera en jefe, una mujer robusta y cruel, era la responsable de los azotes; pegaba con pasión, aplicadamente. No atormentaba a las asesinas, pero las manipulaba: «¿Para qué quieres meterte en líos? La celda de aislamiento no es ningún paraíso, puedes creerme».

El tiempo pasaba perdiéndose en la rutina diaria. La vida anterior parecía cada vez más lejana, más vaga, como si no hubiera sido la de una. Se volvía al barracón, tras la jornada de trabajo, sin pensar en nada más que en el catre. Una mujer contó una vez que, cuando estaba en el colegio, la habían hecho repetir curso, y su padre, que era un alto funcionario del ayuntamiento de la localidad, había llorado de tanta vergüenza.

—Según parece —me confesó esta mujer—, mi padre tenía sangre judía. Sea como sea, tenía algo de judío; solo un judío puede llorar por una cosa así.

—¿Te pegó?

—No, solo lloró.

—¿Tienes buenos recuerdos de tu padre?

—No. Me dio miedo que llorara. Era como un desconocido para todos nosotros.

—¿Y por qué sospechas que era judío?

—No lo sé. De joven, trabajó para los judíos, y también su madre, mi abuela... ella trabajó para los judíos durante muchos años. Se les pegaron las maneras judías.

—Pero tú le querías.

—No sabía quererle. Le gustaba pasarse horas sentado en el jardín mirando a su alrededor. Yo le tenía miedo. En verdad, todos le teníamos miedo. Los judíos habían tenido muy mala influencia sobre él.

—¿Todavía vive?

—Murió el año pasado. Yo pedí permiso para ir a su funeral, pero no me dejaron. Mejor. Todo el mundo me hubiera mirado con pena, y no me gusta que me tengan pena. La persona debe sufrir en silencio.

Y así, de la maraña, emergían alguna vez pequeños destellos. Eran susurros que se difuminaban rápidamente en el barracón, pero tenían el poder de conmoverme por un instante.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—No lo he contado. Da igual, porque no viviré para verme libre.

Yo me guardaba mis secretos, y no se los contaba a nadie. Solo con mi abogado

intercambiaba algunas frases y me conmovía. Venía a visitarme una vez al mes, trayendo fruta de temporada. Tenía cincuenta años, pero parecía mayor por su ropa raída. De haber podido, le hubiera lavado la camisa, planchado el traje y sacado brillo a los zapatos. Su lealtad me resultaba dolorosa.

—¿Cómo les va a los judíos de los pueblos? —preguntaba yo, con una voz que no era la mía.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque tengo miedo.

—Cada uno debe preocuparse de sí mismo. Usted ya tiene bastante con lo suyo.

Aquí se sabía todo lo que pasaba en los pueblos: cada mes, un saqueo o un asesinato. Llegaban con frecuencia ropas judías, una vez incluso un par de candelabros. Si yo hubiera tenido dinero, hubiera comprado la ropa a aquellas mujeres para guardarla en mi catre y oler por la noche el almidón embebido en sus fibras. Echaba de menos a los judíos del pueblo... sus tiendecitas exhalaban un aroma de aceite de girasol, los niños corrían por el patio, el silencio del sabbat y de los días de fiesta, los viejos parados en las esquinas, mirando todo con asombro maravillado. Pasaban largo rato allí de pie y de repente les venía una sonrisa a los labios y entonces se ponían en marcha y desaparecían. Yo podía quedarme horas contemplando sus andares de pájaro. Siempre tuve la sensación profunda de que estaban estrechamente vinculados a mundos azules y callados.

Pero ni a mí misma me revelaba el gran secreto. Mi Benjamin había subido al cielo y él era el verdadero Jesús. El Jesús de las iglesias tiene las mejillas sonrosadas, los brazos regordetes, y todo su ser tiene aspecto de santurrón; una especie de espiritualidad que repele. Un ángel falso. Pero mi Jesús había estado en mi vientre, y sigue llenándome hasta el día de hoy. Mi Benjamin no tiene aire de santurrón, como las imágenes de las iglesias. Mi Benjamin mordía, con mordiscos filosos pero dulces, que me dejaron marcas en la piel hasta hoy. Mi Benjamin sacaba la lengua y me hacía burla, y a veces se escondía debajo de la mesa y me llamaba con voz de pajarito: «Mamá es un ratón, mamá tiene cola». Benjamin era un travieso. Sin esa travesura, no me hubiera dado cuenta de cuánta luz había en él. A veces, me decía para mí: «¿Dónde está mi travieso?». Hubo días en que le vi en mitad del campo, o entre los contenedores abiertos, los cucharones y las palabras malsonantes. Estaba presente en todo. A mí no me gusta cuando la gente se inclina y se arrastra por el suelo. Después de inclinarse y arrodillarse, la gente es capaz de hacer atrocidades. Los domingos, después de las plegarias, solían decapitar animales para darse una comilona.

—¿Por qué estás tan callada, Katerina? ¿En qué piensas? —me preguntó la carcelera en jefe con tono maternal.

—No estoy pensando.

—Pues parece que algo te está molestando. Puedes contármelo, aquí no se castiga

a la gente por pensar.

—No tengo queja alguna.

Me tenían miedo. Una de las presas se negó a dormir a mi lado y, cuando la obligaron, lloró como una criatura a la que hubieran golpeado. Las reprimendas de la carcelera en jefe no sirvieron de nada. Al final, se sentó junto a ella y le dijo con dulzura: «No tienes nada que temer. Katerina no te hará ningún daño. Las asesinas solo matan una vez, y después son tranquilas y agradables. Yo tengo mucha experiencia; ha habido unas cuantas asesinas en esta cárcel». Por raro que parezca, estas palabras la calmaron, y la mujer trajo sus pertenencias y se hizo la cama junto a la mía.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Al oír mi pregunta los hombros se le pusieron rígidos, y dio un paso atrás, diciendo:

—Sofía.

—¿Por qué tienes miedo?

—No tengo miedo, es solo que estoy temblando.

No tienes nada que temer, quise decirle, pero sabía que mis palabras la harían temblar más.

—Me cuesta mucho dejar de temblar. El cuerpo me tiembla solo.

—No hay que temer a las personas —le dije, no sé por qué.

—Ya no tengo miedo, pero me cuesta dejar de temblar, ¿qué voy a hacerle?

Tenía el rostro desaliñado y cubierto de arrugas. Se notaba que había pasado miedo toda su vida. Primero, miedo de su padre y de su madre. Luego, de su marido. Tanto miedo, que había intentado asesinar a su marido. Ahora estaba en la cárcel y tenía miedo de sus compañeras de celda. Tampoco se libró de la carcelera en jefe, que le pegaba aunque no muy fuerte. La atormentaba por sus miedos, más que por sus pecados. «No hay que temer a la gente, ¿me entiendes?».

—Ya no tengo miedo —aseguraba la mujer.

—No me digas que no tienes miedo. No tienes más que miedo.

—No sé qué hacer —admitió al final.

—Debes decirte para ti: «Hay un Dios en el cielo que es el Rey de reyes. Él sabe todos los secretos, y solo a Él le temo». ¿Me entiendes?

El comportamiento de Sofía no era lo habitual. Las presas generalmente aceptaban los golpes en silencio y permanecían en la celda de aislamiento sin un grito, pero había días en que la carcelera en jefe estaba fuera de sí, caían rayos y centellas sobre todo el mundo, y los gritos se alzaban hasta el cielo.

## XXIV

Años después, llegó una mujer que tenía mi mismo nombre. Era más joven que yo, del mismo pueblo, y se alegró de verme. Me habló largamente de una disputa que había habido sobre una propiedad, de los vivos y de los muertos. Al parecer, mi asesinato había causado gran impresión en el pueblo. Como siempre sucede después de algún acto horrible, el pueblo se dividió en dos bandos. Algunos pensaban que yo tenía justificación, y decían que la culpa era de los judíos para los que yo había trabajado, mientras otros pensaban que la culpa era mía y de mi carácter degenerado. A ella la habían sentenciado a cadena perpetua por herir a su marido. El hombre la había pinchado con una horca, cuando estaban en el establo, y ella le había arrancado el utensilio de las manos y, con eso mismo, le había devuelto el golpe, dejándolo herido.

Yo tenía recuerdos de ella, aunque no muy claros. En el pueblo, nuestras casas estaban alejadas, pero a veces nos veíamos en el campo, en alguna boda o en la iglesia. Ya entonces había en su mirada la intranquilidad de un animal acosado. Hacía años que no veía mi pueblo, incluso se me había borrado de los sueños, pero de repente volvió a la vida con un renacimiento doloroso, con todos sus olores y colores.

—Estás igual —me dijo ella.

—¿Cómo es eso?

—Te hubiera reconocido enseguida.

Me acordé de ella. Tenía como cinco años, iba vestida con una larga bata de lino y estaba junto a unos animales enormes, mirándoles con expresión de asombro. Aún tenía en los ojos algo de aquella mirada.

—¿Qué hace aquí la gente? —me preguntó con voz de paisana, como se preguntan las cosas en el pueblo.

—Trabajan —yo intenté suavizarle el momento.

Ella lloró, y yo no sabía qué decirle. Al final, le dije: «No llores, querida. Mucha gente ha entrado y salido de aquí. La cadena perpetua no es el fin. A veces dan la libertad anticipada, o se perdona la condena».

—Todo el mundo me odia, hasta mis hijos.

—No tienes de qué preocuparte. Dios sabe toda la verdad. Sólo Él puede juzgarte.

Aún no había acabado yo de pronunciar el nombre de Dios cuando se le borró la angustia de la cara, se le abrieron los ojos de par en par y me miró con aquella mirada que tenía en la infancia.

—He pensado mucho en ti —dijo.

—No tienes de qué preocuparte, no estamos solos en el mundo.

—¿Quién iba a pensar que nos encontraríamos aquí?

—Este sitio no es tan espantoso —yo seguía con lo mío, para distraerla.

—¿Viene alguien de visita aquí? —siguió preguntando la pobre.

—No hay necesidad de visitas. Aquí cada uno se ocupa de sus cosas.

—Me defendió un abogado judío. No creo en los judíos: siempre hablan mucho, pero su corazón y su boca son distintos. Es mejor que te condenen a cadena perpetua que ser defendida por un judío. Están al cargo de todo.

Dejé que el odio llegara al punto de ebullición, porque hervir de odio de aquella forma parecía hacerle más llevadero el dolor. Más tarde, le ofrecí un trago de licor prohibido. La bebida la calmó, y su rostro volvió a sí. Me dijo: «Gracias, Katerina. Que Dios te ampare. Sin ti, ¿qué iba a hacer yo aquí?».

—¿Qué dicen de mí en el pueblo? —dije yo, tratando de entretenerla.

—Que los judíos te echaron un conjuro.

—¿Tú crees eso?

Las dos nos reímos.

Los días pasaban, y nadie vino a visitarla. En el invierno apenas hubo visitas; la cárcel está en un paraje remoto, y el acceso resulta difícil. Solo se presentaba mi abogado, que aparecía puntual como un reloj.

—¿Por qué se toma tantas molestias? —le reprendía yo.

—Soy su abogado, ¿no? ¿Un abogado no tiene que enterarse de cómo están sus clientes?

—Sí, pero también debe usted velar por su salud. La salud es lo primero.

En los dos últimos años había envejecido. Sus ropas se habían quedado raídas y el labio inferior, que antes tenía un poco hinchado y azulado, se había vuelto aún más azul. Siempre llevaba un cigarrillo allí pegado. En aquel día de frío, su rostro no expresaba ni bondad ni sabiduría; lo inundaba una especie de gelidez. Se pasó todo el tiempo diciendo «Qué frío, qué frío hace ahí fuera». ¿Por qué ha venido, entonces?, quise reñirle, pero en vez de eso dije: «En su oficina tendrá una estufa».

—¿De qué oficina habla? Hace mucho que no tengo una oficina.

—Pero usted necesita una oficina, ¿no? —yo no sabía de qué estaba hablando.

—Ya no tengo necesidad de ninguna oficina —me dijo, haciendo un gesto con la mano derecha.

El viento entraba en la sala, lanzando sus dardos en la antesala mal protegida. Me acordé de la primera vez en que le había visto, en medio de una multitud airada de agentes, guardias y abogados. Me había parecido más bajo que todos ellos, delgado e incómodo.

—Soy su abogado —se presentó a sí mismo—. Trataré de defenderla con todo mi empeño. Su caso es complicado, pero nos sobrepondremos.

—¿Qué puedo darle? —le pregunté yo entonces, muy estúpidamente.

—No hay necesidad de dar nada.

Ese mismo hombre estaba ahora de pie frente a mí, solo que más empobrecido.

Parecía llevar ese cigarrillo pegado al labio azul desde la primera vez en que yo le había visto.

—¿Dónde vive?

—Tengo una habitación en la ciudad. Mis padres viven en un pueblo. Les visito a veces, pero no están muy contentos conmigo.

—¿Por qué no están contentos con usted?

—Hubo un tiempo en que querían que me casara —dijo, y sonrió.

—No se perdió usted nada.

—Mis padres tenían grandes esperanzas en mí. Soy hijo único. Trabajaron de firme toda su vida, e invirtieron sus ahorros en que yo pudiera estudiar en la universidad. Yo quería estudiar pintura, pero no me dejaron. No apreciaban la pintura, así que estudié lo que ellos quisieron.

—Es usted un abogado de éxito —yo traté de darle ánimos.

—No se puede decir que tenga éxito. No tengo oficina, y no sé cobrar las minutas. Pero no parece que yo vaya a cambiar.

Entonces me inundó una especie de humor y le dije:

—A mí me defendió de forma excelente. Con todo su empeño.

—En mi opinión, deberían haberla declarado inocente.

—No estoy segura.

—Yo sí.

El hombre se abrochó el abrigo, a punto de irse. Abotonado hasta arriba, parecía aún más bajo. Yo quería con todas mis fuerzas darle algo para el camino, pero no tenía nada. «No salga en plena tormenta», dije, intentando retenerle.

—No tengo miedo. Una hora de camino... y estoy en la estación de trenes.

—Es menester no correr riesgos con el mal tiempo —le dije, hablando de forma anticuada.

El guardia de la garita no nos estaba presionando. En esa época, todo el mundo está ocupado tratando de conservar el calor en las manos y los pies. También el vigilante estaba dando patadas en el suelo.

—No vaya al pueblo. Usted no va a cambiar a sus padres, ni ellos a usted. Cada uno tiene su destino.

Al hombre le sorprendió mi voz por un instante y luego dijo:

—Solo les he causado infelicidad en todos estos años. Me gustaría mucho visitarles, pero no me atrevo. Me cuesta soportar sus miradas. Ya no me reprenden; mi padre hasta me dio algo de dinero... pero no está bien tomar dinero de un anciano. Han trabajado de firme toda su vida.

—¿Cuida la tradición?

—Ahí ha tocado un punto delicado. A mis padres les cuesta aceptar que su único hijo está pasando por el mundo sin fe. Si me fuera bien en mi profesión, ciertamente

me lo perdonarían.

En aquel momento sentí una fuerte atracción física por aquel hombrecillo apesadumbrado, como la que había sentido en tiempos hacia Sammy. Querido mío, estuve a punto de decirle, estoy dispuesta a ser tu sierva, tu amante, a limpiar tu habitación y lavar tu camisa. Mi cuerpo no es sagrado. Te quiero porque tienes una luz que me calienta el alma. Me cuesta mucho aguantar la tosquedad de las mujeres de aquí.

—Hasta la próxima vez —dijo, levantando la mano.

—¿Cuándo será?

—Vendré dentro de un mes.

—Gracias, le estaré esperando.

—Siento no haber traído buenas noticias.

—El solo hecho de venir, de que esté aquí...

En ese instante fuera rugía una gran tormenta, una tormenta negra. Le vi a través de las grietas de la puerta mientras embocaba el camino, y el viento le columpiaba en sus alas.

## XXV

Los días avanzaban pesadamente, como arrastrados por una agobiada locomotora. El invierno era largo, de oscuridad densa, y el verano apenas se notó. Cada jornada era igual que la anterior; los días no se acababan nunca. Y sin embargo, los años pasaban. Ya nadie buscaba la cercanía del otro. Casi nadie me hablaba: «Una asesina es una asesina», oí en más de una ocasión. Yo no contestaba, ni insultaba. Un cordón umbilical me ligaba a mi secreto, y de él extraía yo la paciencia. Tenía una familia invisible a los ojos de los demás. Ahora, también mi abogado formaba parte de ella. Pasó meses sin venir a visitarme.

A veces le veía con el aspecto de Juan el Bautista, de pie en mitad de las aguas del Prut, derramando agua sobre la cabeza de la gente. Esa tarea no va contigo, le comentaba yo. ¿Y qué tarea iría conmigo?, preguntaba él sin volver la cabeza. Eres el abogado de oficio de los pobres y los afligidos; puedes estar bien seguro de que están esperando por ti. Tienes razón, querida, tienes mucha razón. Pero no olvides que me echaron de mi trabajo el año pasado. Aunque, si mi nueva ocupación no te gusta, volveré a la de antes. Espero que no me maten. Si tienes miedo, no vuelvas, estuve a punto de decirle, pero no tuve ocasión. Desapareció ante mis ojos. Yo entendí qué significaba ese sueño. Le echaba de menos, a él y a sus movimientos reprimidos, y cada mes lo esperaba.

En las últimas semanas, habían vuelto a saquear tiendas judías, y seguían llegando botines no pequeños. Una tía de Sigui le trajo una blusa de popelín; yo me di cuenta inmediatamente de que era una blusa judía. Sigui se ponía de mejor humor cuando la llevaba. Me costaba mucho soportar el aspecto que tenía con esa blusa, pero me reprimía y no decía ni una palabra. Hasta que una tarde no pude controlarme más y le dije: «Esa blusa no te sienta bien».

—¿Por qué?

—Porque les pertenece a los judíos.

—¿Y qué?

—Que no debes ponerte la ropa de gente torturada.

—Los judíos no me dan miedo.

Me temblaban las manos. Este temblor me alarmó, porque sentí que era violento, que no podría aplacarlo. Al parecer, Sigui se dio cuenta de que se había excedido, y dijo: «¿Por qué vamos a enfadarnos por nada?». Y, más tarde, añadió, como si se le acabara de ocurrir: «Veo que todavía quieres a los judíos».

—No te entiendo —dije con inocencia fingida.

—Yo siento una gran aversión hacia los judíos. La verdad sea dicha, nunca me engañaron ni me molestaron, pero aun así no siento ninguna pena de ellos. Hasta tuve un amante judío una vez, y era un joven muy dulce, eso es innegable. Salíamos de

paseo, al cine, a los cafés. Yo sabía que no volverían a quererme de esa forma, pero aun así no me sentía a gusto. Los judíos me desasosiegan el corazón: me hacen sentir culpable. Quizá tú puedas explicarme por qué. Los judíos me sacan de quicio.

La miré y me di cuenta de que era sincera. En cualquier caso, no tenía malicia, sino el deseo de resolver un enigma difícil.

—Es raro —siguió diciendo—. Por las noches no siento ira hacia mí misma, ni hacia mi madre, ni siquiera hacia mi marido, que me maltrataba. Siento ira hacia los judíos. Me sacan de quicio. ¿Tú lo entiendes?

—Pero si ellos no te pegaban.

—Es verdad, tienes toda la razón. Pero ¿qué le voy a hacer? Es así: todo el mundo les odia.

Para quedarme en paz conmigo misma, le dije a Sigui:

—No hables mal de los judíos. Esa forma de hablar me vuelve loca; me cuesta mucho controlarme.

—¿Me vas a pegar? —me dijo, alarmada.

—Yo no —le dije, como si hablara conmigo misma—, pero mis manos sí.

—No me hagas caso.

—Esa blusa de popelín que llevas me ataca los nervios.

—Por tu bien, no me la pondré más.

—Te lo agradezco mucho.

Nos dejábamos llevar por el flujo de los días como las bestias. Trabajábamos. Arrancábamos remolachas de la tierra helada con nuestras últimas fuerzas. La carcelera en jefe pegaba a las débiles sin piedad. Los gritos nos perforaban los oídos, pero el corazón no tenía misericordia. Mi corazón se endurecía de mes en mes. No tenía vida: solo me movía, y por la noche caía en mi catre como las demás y me quedaba dormida. La fatiga era tan poderosa que me había conquistado por completo. Mi contacto con otros mundos era limitado, y muy poco frecuente. A veces, apretaba los puños y sentía mi fuerza, pero enseguida se me abrían las manos.

En el fondo de mi corazón, envidiaba a todas las que se sentaban a pasar la noche charlando, peleando y maldiciéndose. Yo me había quedado sin palabras, como si se me hubieran marchitado dentro. Hasta los simples números que estaban garabateados en la pared me hacían dar vueltas la cabeza. De no haber sido por el trabajo, de no haber sido por esa maldición, me hubiera pasado el día sepultada en el sueño.

Una noche, después de hacer la fila, Sigui se me acercó y me dijo: «Katerina, permíteme que te diga una cosa. Pero no te enfades conmigo ni me pegues».

—No me digas eso —dije, volviéndome al oírla.

—Es que no me lo puedo guardar. Me pesa como una piedra en el corazón.

—Pero ¿por qué tienes que venir a irritarme? —le dije, apretando los puños.

—Tengo que hacerlo.

—No tienes que hacerlo. Lo que tienes que hacer es controlar tu lengua.

Al oír mis palabras, Sigui bajó la cabeza y rompió a llorar.

—Haz lo que quieras. Pégame hasta que te canses. Tu actitud hacia los judíos me da más miedo que la cárcel, más que la carcelera, mucho más que la celda de aislamiento.

—¡Cállate! —le grité.

Pero no se calló, y vi con claridad que estaba dispuesta a morir bajo mis puños. Y ni siquiera así me escondería su verdad. Su llanto se elevó y, mientras se elevaba, mis manos iban perdiendo fuerza.

## XXVI

Yo leía los Salmos y rogaba a Dios que no me dejara caer en la tentación. Los libros estaban prohibidos, excepto el Viejo y el Nuevo Testamento. Solo allí, en aquella oscuridad, aprendí yo a rezar. No podría decir si eran plegarias convencionales, pero sentía devoción hacia las palabras, y a veces esa devoción me sacaba de la oscuridad en la que yacía.

Pero lo que uno ve tiene más fuerza que los anhelos de su corazón. El ala de las mujeres estaba inundada de blusas, jerséis, almohadas y candelabros. Ese botín me nublaba la vista. Todo el mundo recibía regalos, incluso las que al principio no habían tenido nada. Llegaron a entrar allí lápices de labios, botellas de colonia y alguna pastilla de jabón.

La carcelera en jefe no tomaba en cuenta algunas infracciones, se veía claramente que iba despuntando un nuevo régimen y, fuera, las cosas habían cambiado de cara: todas las mujeres aguardaban a un hombre alto y fuerte que iba a venir, rompería las puertas de hierro y las dejaría en libertad. Una especie de negro jolgorio parecía cubrir a las mujeres junto a sus camas. Reían sin motivo, e iban de aquí para allá con la ropa de los judíos.

A Sofía, mi vecina de cama, su hermana le llevó un vestido largo de seda, un collar y dos chaquetas. El ansia hacia la ropa nueva le calmó el miedo, y andaba dándose aires, estirando el cuello como un pavo real. «No te pongas esa ropa», le dije, pero no hizo caso.

Aquel vestido largo la llenaba de valor. Hablaba como una campesina que estuviera a punto de casar a su hija en la ciudad, como si hubiera olvidado sus temores. Me temblaban las manos, pero yo me contenía. Al final, no pude refrenarme y le dije: «Cuando cayere tu enemigo, no te huelgues<sup>[9]</sup>».

—¿Así que está prohibido vestirse bien? —me dijo, sin ningún pudor.

—Vestirse bien está permitido, pero regodearse no.

—Odio a la gente santurrona.

—Yo soy una mujer sencilla, no una santurrona. Nunca en mi vida he sido santurrona. No me he guardado mi cuerpo para mí, pero no llevaría la ropa de aquellos a quienes persiguen. Ponerse la ropa de las víctimas está prohibido. Los que han sufrido tormentos son sagrados.

—¿Por qué defiendes siempre a los judíos?

—Estoy hablando de alegrarse de la desdicha ajena.

—Yo no vivo de proverbios. Para mí, lo que siento es lo primero.

Yo ya tenía los brazos cargados de energía, pero, no sé cómo, aún me controlaba. Pero ella siguió, diciendo: «Estamos hablando a las claras. No escondamos nuestro odio». Y ya no lo pude soportar. Levanté los brazos y la derribé. Nadie vino en su

ayuda, y me di cuenta de que nadie iba a hacerlo. Me quedé allí, golpeándola sonoramente con los puños. Cuando la carcelera en jefe la rescató, sangraba.

A las verdaderas asesinas no las mandan a la celda de aislamiento, sino a una habitación especial, con un catre y un lavabo. La carcelera en jefe no tardó mucho en hacerme un gesto para que empacara mis cosas y me las llevara a esa habitación especial. Lo hice sin decir nada.

—¿Por qué le has pegado? —me preguntó la carcelera en jefe, sin alzar la voz.

—Porque me sacó de quicio.

—Tienes que controlarte —me dijo, como quien conoce bien las debilidades humanas.

—Hace tiempo que quería pegarle.

—Pues ahora tendrás que vivir en aislamiento total.

—Ya estoy acostumbrada a no hablar.

—Una persona necesita algo de compañía, de todas formas, ¿no es así?

—Yo sé estar sola.

—Vendré a visitarte —dijo la carcelera en jefe, echando el cerrojo.

Ante mí se abrió una nueva vida. La habitación era muy pequeña pero luminosa y, si me ponía de pie en la cama, podía llenarme los ojos de campos y praderas. Y, mejor aún, la celda no estaba completamente aislada. Por las noches, oía las voces de las presas, y por esas voces me enteré de que a los judíos ya los habían expulsado de sus hogares, y de que los saqueos continuaban. La gente lo celebraba con alegría maligna hasta altas horas de la noche.

Solo después de la medianoche podía estar conmigo misma y con mis seres queridos. Las puertas de la tierra se abrían frente a mí, y Benjamin venía a mi encuentro, gateando bajo la mesa. Veía las sombras de sus manos, y su risa llenaba la habitación. No había crecido desde que me lo arrebataran: ahora se parecía más a un jesusito, sujeto en brazos por su madre, igual que el que se veía en el retablo de madera que había en la capilla. Yo doblaba las rodillas y le llamaba: «Benjamin, querido mío». Pero enseguida me alarmaban las palabras «querido mío», porque yo nunca le decía querido mío. «Benjamin», le digo, «tu madre te está hablando. ¿Por qué te escondes?». Y daba un paso atrás, esperando que apareciera, pero no salía de debajo de la mesa. Yo reunía todas mis fuerzas y avanzaba un poco, de rodillas, diciendo: «Benjamin, soy tu madre. ¿No te acuerdas de mi voz?».

—Estoy aquí —oí su voz, tan familiar hasta a la última fibra de mi cuerpo.

—Quiero verte.

—Estoy justo a tu lado —oí su risa.

Yo intenté levantarme, pero tenía las rodillas clavadas al suelo.

Al despertarme, al día siguiente, sentía su cuerpo entre mis brazos.

Esa mañana nos colocaron, a Sofía y a mí, en la misma fila. Todavía tenía en la

cara algunas marcas negruzcas y azuladas de los golpes que yo le había propinado. Sofía rogó y suplicó que no la pusieran junto a mí. Unas cuantas presas le tuvieron pena y dijeron que le cambiarían el sitio, pero la carcelera se negó con terquedad. Al final, no tuvo más opción que agarrar la pala y clavarla a la fuerza en la dura tierra. Trabajó a mi lado muerta de miedo, sin levantar la cabeza y sin decir ni una palabra.

—¿Por qué no hablas? —la interpele.

Sofía se alarmó. Levantó la cabeza y dijo:

—Tengo miedo. Te mandaron a la celda de aislamiento por mi culpa.

—No volveré a pegarte.

—Tengo miedo igual.

—Por mi parte, no te voy a pegar. Te juro por mis difuntos padres que no voy a pegarte. La celda de aislamiento no está tan mal. Y, ¿qué tal van las cosas por el barracón? —dije, intentando seguir la conversación.

—Todo bien. La gente está de buen humor. Los alemanes están haciendo grandes cosas en el frente, sacando a los judíos de los pueblos. Hay un buen botín: todo el mundo está sacando algo.

Por un instante, Sofía se dejó llevar por el entusiasmo, pero enseguida se dio cuenta de su error, se agarró la cabeza con las dos manos y gritó:

—¡Ya he vuelto a equivocarme! ¡Ya he vuelto a pecar!

—¿Qué pasa? —dije yo, tratando de calmarla.

—Siempre acabo por molestarte.

—Hoy ya no me estás molestando. Puedes hablar todo lo que te apetezca.

—No diré nada. Me da miedo hablar.

—Yo soy rutena, hija de rutenos, y nada de los rutenos me es extraño. Cuando me muera, me harán yacer junto a mi padre y mi madre. No debes tener miedo.

—Tengo miedo, ¿qué le voy a hacer? Me cuesta dejar de tener miedo.

Al parecer, se sentía aliviada, y se echó a llorar. Por un instante, estuve a punto de ponerle las manos en los hombros, pero en el fondo de mi corazón sabía que eso la asustaría muchísimo. Lloró durante largo rato, y al final se concentró en el trabajo, y no volvió a hablarme otra vez hasta última hora de la tarde.

## XXVII

Durante aquella atroz década de 1940 casi no escribí y, lo que escribí, lo destruí con mis propias manos. Trabajaba sin desmayo, como si el campo de remolachas fuera mi propia granja. Los trenes que pasaban por delante de nosotras iban atestados de judíos. Todas las mujeres estaban encantadas de librarse de ellos, de una vez por todas.

Peleaban entre sí por cada trozo de pastel, cada blusa o cada unguento. Las celdas de aislamiento estaban llenas, y se oían gritos día y noche. Las carceleras rociaban con agua el interior de las celdas para acallar a las mujeres. Durante la década de 1940, la oscuridad se cernió sobre mí. Quedaron rotos todos mis vínculos con mis seres queridos. Por las noches, golpeaba las puertas en vano. Ningún signo, ni una palabra me llegaba de ellos, solo oscuridad sobre más oscuridad, y un gran abismo.

Por aquella época se me extendió por todo el cuerpo una afección de la piel. La enfermedad me devastó el rostro, afeándolo. «El monstruo», susurraban las presas. Tenía la cara cubierta de puntos rojos y rosas, y las manos hinchadas. Yo era como una cueva deshabitada, no veía nada ni pensaba en nada. Ciertamente, las mujeres seguían sin atreverse a ofenderme, y nadie me maltrataba. Trabajaba sola casi siempre y, si me ponían a otra presa al lado, la mujer se guardaba de hablarme. A veces la carcelera en jefe venía a mi habitación y cambiábamos unas cuantas palabras. Una vez me preguntó si quería volver al barracón. «Estoy mejor aquí», le dije, y no se molestó en volver a hablarme de eso más.

Nos llegaban por todos los lados bocanadas de olores agridulces. Yo no sabía que era el olor de la muerte. Todas las demás sabían, y lo decían, que era el olor de la muerte de los judíos, pero yo me negaba a escuchar. Estaba segura de que eran alucinaciones malignas.

A primera hora de la mañana, cuando estaba aún sacando remolachas de la tierra, pasaban largos trenes de carga. Las presas solían saludar estos trenes con gritos de alegría. «Muerte a los mercaderes, muerte a los judíos». Lo sabían todo. Tenían los sentidos bien despiertos. Estaban metidas en una cárcel, pero sabían todo lo que sucedía a su alrededor: a cuántos judíos habían mandado ya, y a cuántos iban a mandar. Cada tren levantaba una ola de alegría, y por la noche solían cantar:

Ya arden entre las llamas  
Los que mataron al Señor  
El humo de esas hogueras  
Nos deleita con su olor

Era un cántico poderoso que reverberaba hasta muy tarde. Las carceleras

simplemente no cumplían las normas y las dejaban cantar. Las mujeres cantaban con entusiasmo, como lo hacían con los villancicos, dando pasitos de baile y rugiendo.

Y yo, Dios Todopoderoso, me cuidaba a mí misma. Estaba segura de que aquella enfermedad rosada y virulenta acabaría conmigo. Esa preocupación llenaba todo mi ser. Ahora, cuando pienso en mi ceguera, en mi egoísmo, me devora la vergüenza. Dejarme añadir rápidamente que fue entonces cuando de nuevo encontré un camino que me llevara a los Salmos. Me aferré a las palabras sagradas, y pasaba largas horas rezando. Los versículos aplacaban mis temores. Perdóname también, Señor, por esa forma egoísta de orar.

Los trenes pasaban día tras día. Ya no había dudas de que la muerte se hallaba cerca. En el patio, se veían carros abandonados llenos hasta los topes de ropa. Nadie la quería. La humedad la echaba a perder, y en cuestión de días perdía la forma. En los días de visita, la gente ya no traía ropa, sino joyas de oro.

Sigui se me acercó, a la hora de comer, y me dijo: «Me cuesta mucho soportar tu silencio, Katerina. No hace tantos años, éramos amigas. ¿Por qué me apartas de tu lado? No tengo a nadie en el mundo».

—No estoy enfadada contigo.

—Entonces, ¿por qué no vuelves al barracón con nosotras? Todo es más fácil juntas que solas. El aislamiento te enferma.

—Necesito estar sola. Sentarme tranquilamente y curar mis heridas.

—Ven con nosotras. Te necesitamos mucho.

—Gracias, Sigui.

—Nosotras, las mujeres, somos responsables unas de otras, ¿no?

—Es verdad —dije como respuesta.

Sigui se había avejentado en los dos años anteriores. Su cara llena, que había conocido tanto la lujuria como la fe, se había marchitado. Cuando llegara el momento y la dejaran libre, no sabría qué hacer con su libertad. Su cara llevaba puesta una máscara de la cárcel, la misma palidez y el mismo abandono. Ahora aún cantaba por las noches, pero fuera no sabría ni abrir la boca. No era de extrañar que todos sus parientes la hubieran abandonado, que sus hijos no la hubieran visitado ni una vez.

—Estás pensando en los judíos —dijo, sorprendiéndome.

—Es verdad, ¿cómo lo sabes?

—No debes pensar en ellos. Es su destino. Es lo que Dios ha querido.

—Ya entiendo.

—No debemos preguntar por lo que está encima de nosotros ni por lo que tenemos debajo. ¿Me entiendes?

## XXVIII

Otra vez los días eran claros y calurosos, y trabajábamos en la cosecha de maíz. La enfermedad de la piel seguía extendiéndose por mi cuerpo en forma de una erupción gruesa, y todo el mundo me evitaba. La carcelera en jefe me asignó a una esquina del campo, para que no tuviera contacto con nadie. Tras la jornada de trabajo, volvía sola y, detrás de mí, a buena distancia, me seguía la carcelera. Si no hubiera sido una asesina, seguramente me hubieran dejado en libertad. Dejan libres a los enfermos, pero con los asesinos son muy estrictos.

Solo la otra Katerina, la de mi pueblo, osaba acercarse a mí. Yo le conté que no me dolía mucho, que podía soportarlo. Era una incomodidad que podía superarse. Me alegré de haber encontrado las palabras justas. Katerina bajó la cabeza, como si yo hubiera recitado un versículo de las Escrituras.

La pobre Sofía, la mujer a la que había pegado, me llamó un día desde lejos: «Katerina, por mi parte te perdono todo. Ojalá pudiéramos verte con salud entre nosotras». Llevaba una pañoleta ancha de campesina en la cabeza, y tenía el aspecto de una sirvienta miserable.

Las noches eran cálidas y oprimentes, sin aire para respirar. Los trenes serpenteaban por el valle como culebras negras. Las presas ya no se asomaban entre los barrotes a gritar «Muerte a los mercaderes, muerte a los judíos». Ahora ya no había duda de que, cuando todos los judíos hubieran muerto, nos pondrían en libertad a todas. Había que esperar con paciencia hasta su muerte. Ya no quedaban muchos, y esos pocos iban ya en los trenes. Oí estos susurros a través de las grietas de la pared. No era maldad, sino una tensión expectante.

Cuánta razón habían tenido en sus predicciones, solo lo vi más tarde. Incluso durante aquel verano maldito yo seguía desvinculada de mis seres queridos. Mi aislamiento y mi enfermedad me rodeaban como un anillo asfixiante. El fuego atrapado en los huesos aniquilaba todo lo demás. Mi alma se secaba día a día dentro de mi cuerpo inflamado.

Y por las noches, unas llamas violentas penetraban en mi sueño y abrasaban mi carne. Me hallaba al borde de la muerte, pero siempre se abría ante mí una vía de escape. A fin de cuentas, una cárcel no es un vagón de carga sellado. Durante aquel largo verano, más de una vez quise quitarme los grilletes de las manos, agarrar a una de las presas y sacudirla con todas mis fuerzas. Solían rebajarse ante las carceleras como esclavas, solo por un poco de bebida, o polvos, o colonia.

No debe uno humillarse, y no se debe desear la muerte del prójimo. La muerte no es el final. Hay alturas por encima de todas las alturas, gritaban todas las fibras de mi cuerpo. Mi madre solía volver a mí y llenarme el cuerpo de valor. Tenía los brazos preparados para la lucha, pero sin fuerzas. Las presas lo sabían, y ya no me tenían

miedo.

En los barracones había una mujer muy vieja, de unos noventa años, que ya había cumplido su condena años atrás, pero se negó a que la pusieran en libertad y pidió quedarse. Le concedieron el deseo, pero se quedó no solo con las de su generación, sino con las de dos generaciones posteriores. Era la memoria de la cárcel. Se acordaba de todo lo de años anteriores, a quién habían puesto en libertad y cuándo, quién estaba enferma y quién se había curado, quién tenía el rostro amargado y quién tenía suerte. Pero, sobre todo, enseñaba a las presas a tener paciencia. La paciencia es una virtud sagrada. Cuando alguien la adquiere, ningún daño puede acaecerle.

Años atrás, nuestras miradas solo se encontraron, y ya me odió. Al instante, declaró que en mi expresión —aunque era sin duda rutena, y se veía que me había criado en un buen hogar cristiano— había algo que se había enturbiado irremediabilmente. La pobre Katerina intentó defenderme, pero la anciana se mantuvo en sus trece: «Los judíos le han destruido el alma, y nunca podrá redimirse». Desde que había caído enferma, me ponía de ejemplo a todas horas: «Aquí veis con vuestros propios ojos lo que le hicieron los judíos. El infierno la está chamuscando en este mundo».

—¿Cuántos trenes pasaron esta noche?

—Siete.

—Veo que han aumentando su frecuencia —oí la voz de Signi.

Todas comparaban y llevaban las cuentas. Los trenes cruzaban el valle con vigorosa velocidad, como balas al rojo vivo. Yo estaba encerrada en mí misma y me sentía pesada. Si a alguien odiaba, era a aquella anciana. La mujer ya no hablaba, sino que profetizaba, y sus profecías eran flechas envenenadas: «Dentro de muy poco», susurraba, «muy poquito, llegará el final para todos los que mataron a Nuestro Señor Jesús. No hay que acelerar el fin. Dejad que las cosas sigan su curso. Todo es para bien».

Nadie se daba cuenta de lo cerca que estaba el final. Una mañana, vimos que ya no quedaba nadie en las torres. Había cuervos negros dando saltitos sobre los tejados. Las carceleras habían huido también. Hasta el encargado del economato había abandonado su almacén. Nadie podía creer lo que veían sus ojos.

«Ya no quedan judíos», anunció la anciana. «Levantaos, mujeres, y regresad a vuestros hogares». Pero nadie osaba levantarse. El sol estaba lleno, bajo en el horizonte, y un silencio como el de después de una gran guerra cubría el valle y las cordilleras yermas. Signi sacó una mano, una mano muy grande, por entre los barrotes de la ventana, y dijo: «Todo ha dejado de moverse».

## XXIX

Yo no sabía qué hacer, y caminé hacia la salida. Me sentía en paz. Las verdes praderas se extendían ante mí. Los años en la cárcel hicieron que mi corazón se olvidase de mucha gente, pero no de los prados. Unos cuantos animales abandonados pastaban en las zanjas. Por el aspecto de estos animales, supe que había sido un año lluvioso, que los cultivos se habían dado bien y a su debido tiempo, y que también la cosecha había sido puntual. En épocas de cosecha, mi madre era como un viento tempestuoso. Prefería a los temporeros antes que a mi padre, que no conocía la devoción al trabajo. Cuanto más viejo se hacía, más perezoso. Mi madre, por el contrario, nunca descansaba. Trabajaba desde la mañana hasta última hora de la noche. Al finalizar la cosecha, llevábamos los sacos de grano al molino de harina, donde la gente reñía y se insultaba. Recuerdo que, en una ocasión, apuñalaron a un hombre en el pecho.

Me volví y vi que la cárcel seguía de pie en su sitio. Desde allí parecía desvencijada. Vistos en conjunto, los edificios recordaban los refugios que se construyen los campesinos en la época de la cosecha. El miedo era infundado: toda la fortaleza tenía aspecto precario, y hasta las vallas estaban hechas con descuido.

Por alguna razón, quería ver qué me había quedado de aquellos años de reclusión, y lo único que veía eran brotes de remolacha entre la nieve. La gente que me había rodeado, y hubo años en que no estuve en régimen de aislamiento, no me habían dejado ni el recuerdo de sus rostros ni su olor.

No lejos de allí, las presas iban en grupo levantando columnas de polvo, y por un momento creí que sería así para siempre. Yo las miraría desde lejos, y ellas se dirían cosas en voz baja unas a otras y, aun si nos movíamos, no se acortaría la distancia entre nosotras. Esa idea hizo temblar en mí un miedo antiguo.

Fui hacia las zanjas. Las vacas levantaron la cabeza; yo me acerqué y les toqué la piel. Hacía muchos años que no tocaba un animal. De hecho, no lo hacía desde que me había ido del pueblo. Luego, caí de rodillas y arranqué puñados de hierba.

El tacto de la hierba fresca me conmovió, y volví cuesta arriba, hacia la parte superior de las colinas, que me recordaba la casa de mi tía Fanka. La tía Fanka, la hermana de mi madre, era una mujer muy especial. Vivía en las afueras del pueblo, en la cima pelada de una colina, y no necesitaba a nadie. Yo solo la vi una vez, pero su delgado rostro se me quedó grabado; tenía un tipo de espiritualidad que no se encuentra entre los rutenos. Esa cara no se me había revelado en muchos años, pero de repente, como salida de las profundidades de la oscuridad, apareció de nuevo.

Al pie de la colina se veía un estanque lleno hasta los bordes. Ese tipo de estanques se encuentran en los alrededores de todos los pueblos: aquí vienen a dar de beber a los animales, y los chicos a bañarse. Una vez, Waska me había llevado al

estanque, pero era recatado y no me tocó los pechos.

Se veían unas cuantas balas de paja abandonadas junto a un roble. Me acerqué a ellas y dije, «Descansaré un poco». La paja seca me hizo caer en un sueño profundo, una ensoñación sin visiones. Al principio era ligero como un vuelo, pero se hizo más denso durante la noche, arrastrándome hacia abajo. De no haber sido por la sed que me despabilaba de vez en cuando, dudo de que hubiera vuelto a despertar.

Una lluvia súbita me hizo dejar las balas de paja, y me cobijé bajo un árbol. No se veía a nadie hasta donde alcanzaba la vista, solo campos de rastrojos amarillentos, con matices azules como de ámbar oscurecido. No había visto un color amarillo como aquel en muchos años. Sobre mí cayó el temor de Dios, y me arrodillé.

La lluvia resultó ser un chaparrón de verano pasajero. Las nubes se fueron dispersando y el sol volvió a lucir en lo alto del cielo, un sol enorme y redondo como el que brillaba sobre mí en los prados, cuando era niña. También este iba descendiendo progresivamente, como si fuera a caer a mis pies. De repente, me di cuenta de que todo lo que veía no era sino un fragmento de una visión cuyo inicio estaba muy lejos de mí, cuyo centro estaba dentro de mí, y de que lo que se revelaba frente a mí en ese momento era meramente un pasaje iluminado que llevaba a un amplio túnel. La luz era potente y se derramaba a mis pies; me pareció que había estado en ese mismo lugar años atrás, pero por entonces bullía la vida, rostros me rodeaban y yo los observaba.

Se acercaba la puesta de sol cuando una carreta pasó cerca de mí. Una campesina, cubierta con una pañoleta rústica azul, dirigía indolentemente sus caballos. Cuando la tuve cerca, le pregunté: «¿Dónde está la ciudad?», e inmediatamente la palabra que acaba de pronunciar me hirió como un rayo.

—Por aquí no hay ninguna ciudad. Está usted en pleno campo, Madre —la mujer me habló de esta forma anticuada, justo como hablábamos en mi casa, en pleno campo.

—¿Y dónde están los judíos? —le pregunté, y supe de inmediato que la pregunta estaba fuera de lugar.

—¿Por qué lo pregunta, Madre? —me contestó, dejando ver su cara, una joven cara femenina, dentro de la pañoleta.

—No lo sé —dije.

Tras un instante de sorpresa, la mujer dijo:

—Se los llevaron.

—¿Adónde se los llevaron? —pregunté otra vez, con una voz que no era la mía.

—A su destino, ahí se los llevaron, Madre. A su destino. ¿No lo sabe? —había ingenuidad en su rostro.

—¿Y tú no tienes miedo? —dije sin pensarlo.

—No hay de qué tener miedo, Madre. Dios se los llevó. ¿Y usted de dónde viene,

Madre?

—De la cárcel.

—Gracias a Dios —dijo, santiguándose—. Alabado sea Dios que pone en libertad a los presos. ¿Estuvo usted allí mucho tiempo?

—Más de cuarenta años.

—¡Dios nos asista! Coja un poco de fruta de temporada —dijo, ofreciéndome un puñado de ciruelas.

—Gracias, hija mía.

No había visto ciruelas desde que había entrado en la cárcel. A veces alguien conseguía colar en los barracones alguna manzana pasada, y las engullíamos a toda velocidad, con corazón y todo. La vista de las ciruelas me conmovió, como si fueran un regalo del cielo.

—Gracias por este precioso regalo, hija mía. Nunca lo olvidaré. Que Dios recompense tu bondad con todas las cosas buenas y preciosas que Él tiene.

—Gracias por la bendición —dijo, inclinándose como hacemos en el campo—. ¿Cuál es su nombre, Madre?

—Katerina.

—¡Dios Todopoderoso! —dijo, abriendo los ojos de par en par—. ¡Usted es Katerina, la asesina!

Y, sin un instante de demora, como quien se ha encontrado con el mismo diablo por el camino, levantó la fusta y azotó a los caballos en la grupa. Los animales, sorprendidos por el latigazo súbito, se irguieron sobre las patas traseras y salieron a toda prisa, arrastrando la carreta.

## XXX

No me moví de donde estaba. Las luces del día se mezclaban con las de la noche, y en esa estación la noche era corta como un latido del corazón. Apoyas la cabeza en la paja, y ya está rompiendo la aurora. Sabía que tenía que hacer algo, avanzar o levantar la voz, pero el silencio que me rodeaba era enorme y denso, y las piernas me pesaban como si me las hubieran fundido con metal.

A cierta distancia, se veían carretas cargadas de trébol avanzando pesadamente. Supe que lo habían segado menos de una hora antes, y que ahora los campesinos irían a echarlo en los grandes comederos. Los niños saltaban delante de los carros como yo lo había hecho cuando tenía su edad. «¿Quién anda ahí?», dije en alto. Desde el encuentro con aquella campesina, estaba atenta al menor ruido. En los pueblos perdonan a los asesinos, pero a las asesinas no. A las asesinas, desde tiempos inmemoriales, se las ve como un horror y una maldición, y las persiguen hasta matarlas. Un asesino, cuando ha cumplido su sentencia, vuelve a su pueblo, se casa, es padre, y nadie le recuerda nunca su acto. Pero una asesina es asesina para siempre. Yo eso lo sabía, y no tenía miedo. Al contrario, sentía un gran deseo de acercarme a los carros y tocar el trébol con mis propias manos, pero los carros me sobrepasaron enseguida.

En aquel momento, me acordé de que, en las largas noches de verano, los judíos solían ir al pueblo y exhibir sus mercancías en colgadores o en puestos improvisados. Y había puestos de frutas especiales, higos y dátiles, puestos de cremas y perfumes, de artículos para el hogar y de pieles que venían de la ciudad. En el crepúsculo veraniego, los vendedores ambulantes parecían sacerdotes ancianos, capaces de insuflar magia a sus mercancías. Eso era el mercado de verano, al que todo el mundo llamaba el mercado largo de los judíos. Vendían durante toda la noche, y cuando se acercaba la madrugada los precios podían caer hasta la mitad. Yo no dormía aquellas noches, y mi madre, que sabía lo que yo deseaba, me hacía entrar en casa a palos. Aun así, yo robaba, a veces junto con María, pero casi siempre sola. En el mercado de verano, todo el mundo estaba embriagado de luz nocturna y del reflejo del lago, que difundía un resplandor fascinante. En aquel mercado se podía comprar de todo: botines y zapatos de tacón, cuentas, telas, y hasta medias de seda transparentes. En aquella época, mi joven cabeza no estaba entregada a los milagros; la ansiedad de robar era mayor que todo lo demás, y robaba todo lo que tenía a mano. Pobre María... la última vez que nos vimos, en la estación, llevaba un collar, uno que habíamos robado juntas a los judíos. También ella está en el reino de la verdad y solo la luz del verano, la eterna luz del verano, fluye como fluía siempre.

Arranqué mis piernas de donde estaba y avancé. La luz iba creciendo sobre mí. Tenía sed. Los años de pasar hambre en la cárcel no me habían dejado con hambre,

solo con sed. Bebí agua del lago, y vi mi rostro por primera vez: no era Katerina la de los prados ni Katerina la de la estación de trenes, ni era Katerina la de los judíos. Me quedaba muy poco pelo en la cabeza y tenía el rostro flaco y envejecido.

A cierta distancia, en lo alto de las colinas, el humo se elevaba sosegadamente en columnas sobre las casas. Supe que todo el mundo estaba sentado a la mesa, y la señora de la casa estaba sirviendo tocino, y repollo, y patatas. En esas largas veladas de verano es difícil dormir: hasta los bebés están despiertos en su cuna, absorbiendo la murmurante luz de la noche. Por un instante, olvidé mis largos años, y me envolví en los momentos de paz que me quedaban de la infancia.

Pero no duró mucho. Un olor a quemado me llegó hasta las ventanas de la nariz. Al principio me pareció que el olor venía de las zanjas donde las vacas habían estado pastando a la luz del sol. No era un olor acre, ni opresivo. No sé por qué, me recordó los *picnics* que María y su pandilla solían hacer en la cañadas del bosque, en verano. Los chicos robaban pollos en el pueblo, los mataban y los asaban sobre brasas de carbón. Yo tenía unos doce años, y el ver aquellas aves sacrificadas encima de las brasas me daba mucho miedo. María, de pura rabia, me amenazaba diciendo: «No debes tener miedo. Si te dan miedo unos pollos degollados, ¿quién te librerá de los asesinos?». Ya entonces María era dura y descarada, como si no fuera una chica joven sino un ser del bosque. Aquel miedo de entonces volvió a mí, y eché a andar. Me pesaban los pies, pero caminaba sin tropezarme. La luz de la noche se fue debilitando, pero tenía una claridad sin mancha. Los prados se extendían sobre las colinas, bañados de azul.

Me di cuenta de que algo no estaba bien, pero qué exactamente, no hubiera sabido decirlo. Era como si mi cabeza se hubiera vaciado. Ahora sentía un enorme deseo de beber. Hacía años que mis labios no tocaban una bebida fuerte; lo que bebían las mujeres en la cárcel era peor que el agua de las alcantarillas. Recordé que había prometido a Benjamin que no bebería, pero en ese momento supe que no podría mantener la promesa. Si hubiera venido un campesino a ofrecerme un trago, lo hubiera aceptado.

Mientras estaba allí, entregada a mi deseo, los cielos se abrieron y una luz de lo alto cubrió los prados azules con un resplandor impresionante. Me cubrí el rostro y caí de rodillas.

—Katerina —dijo una voz.

—Tu sierva, Señor —contesté de inmediato.

—Quítate los zapatos de los pies, porque estás en un lugar sagrado.

Me quité los zapatos y me senté, cerrando los ojos. Pasé largo rato encerrada en mí misma, pero la voz no volvió a hablarme.

Más tarde, cuando levanté el rostro, vi unos edificios en ruinas que se cernían sobre mí, mejor dicho un edificio en ruinas y las dos paredes que quedaban de un

edificio que se había venido abajo. Las ventanas vacías estaban llenas de luz.

—¿Qué debo hacer, oh Señor? —dije, y no sabía lo que decía.

Los cielos no volvieron a abrirse, pero la luz era potente, y grande mi atención. Cuando me acerqué a las ruinas, vi con mis propios ojos que no me había equivocado. Eran las ruinas de una casa judía. Todavía había señales de una *mezuzá*<sup>[10]</sup> en la puerta de entrada. Todo estaba arrancado de las paredes, hasta la última estantería y la última alcayata, y lo que no habían desgarrado manos humanas estaba hecho jirones por el viento.

«Te consagro como templo», dije, entrando. Dentro, la luz era más clara que fuera. Yo extendí las manos y quise gritar, Dios del cielo, porque vi de inmediato que la horrible erupción se me había quitado de las manos, y que estaban como antes, cortos los dedos y grueso el pulgar.

## XXXI

En estos campos abiertos no hay secretos. La campesina con la que me había encontrado había difundido el rumor, un rumor que enseguida levantó el vuelo. Ahora se veían paisanos en la parte alta de las colinas, señalándome con el dedo: «Ahí está, el monstruo». Fuerte era mi deseo de arrancar una rama, subir y azotarles. Me temblaban las manos y las sentía llenas de fuerza, y sin embargo mis piernas ya no eran las de antes, ahora estaban hinchadas y me pesaban. Aun así, no me mordí la lengua, y grité: «Malvados, habéis matado a los sacerdotes, y habéis mancillado el altar, y Dios ya no mora entre vosotros».

Esa misma noche, acolché el suelo del templo con paja. Sorprendentemente, este poquito de paja cambió el aspecto de las ruinas, y me senté a rezar salmos durante horas. El cántico me excitó los sentidos, y luego no veía sino visiones de luz.

Entretanto, acabó el verano. Los campos se tiñeron de color marrón, y unas nubes bajas descendieron de las alturas, cubriéndolos. De repente, vi a los judíos de otoño. Los judíos de otoño eran gente solitaria, con grandes maletas en la mano. Solían hacer sus trayectos a pie. Los judíos de otoño, casi todos, eran altos, y podía vérselos apoyados contra un árbol, junto a un manantial, o a veces en las afueras del pueblo, sentados y observando. Los niños les tenían miedo, no sé por qué, y los adultos les echaban, como se echa a un caballo ajeno.

Yo pasaba la mayor parte del día en las ruinas. A veces sentía que mis años más lejanos estaban ahora cerca, y oía la voz de mi madre: «¿Dónde estás? ¿Por qué no llevas el ganado a pastar? Ya es tarde». A veces no oía nada, solo veía: a mi madre en el establo y a mi padre junto a la valla, dando tragos a una botella. Una sonrisa fría y disoluta le cubría el rostro, y no lejos de él estaban sus dos hijos bastardos, iguales a cuando se me habían aparecido en aquella ocasión, muy juntos en una carretita, como convictos que vuelven a la cárcel después de la jornada de trabajo.

Ahora el otoño se iba haciendo más transparente, y supe que ya no quedaban judíos en el mundo, y que solo en mí habían encontrado refugio por un instante. Esa certeza me llenó de un miedo repentino, y salí. Por el camino de arriba pasaba una carreta llena de heno. En el momento en que me vieron, los campesinos levantaron los brazos y gritaron: «Ahí está el monstruo». Tenía las manos llenas de energía otra vez y levanté la voz, gritando: «Perros malvados. Entre vosotros hubo sacerdotes ancianos, que preservaban la fe, que coloreaban este cielo con sus días de fiesta, comerciantes que llevaban fragancias preciosas en sus maletas. Esos seres, los torturados descendientes de Jesús, andaban por aquí recordando a todo el mundo que existe una vida verdadera. Los odiábamos... con un odio sin final. Les robábamos en cuanto teníamos ocasión. Les mordíamos, les pegábamos. Cómo nos gustaba maltratarles. Y, en invierno, salíamos a cazarles. Y así hicimos durante años, año tras

año, con un odio sin final. Ahora les hemos asesinado. Los hemos asesinado a todos, pero debéis saber que nadie de este pueblo puede decir que no ha vertido esa sangre».

Vagaba a lo largo del río durante horas. Cuando llovía, me refugiaba en las ruinas. Había casas judías a las que habían despojado de todo, pero para mí sus ruinas eran como templos. Conocía hasta el último rincón. A veces encontraba un candelabro o un cáliz, objetos sacramentales, que me traían a la mente el recuerdo de los días de fiesta, de Pésaj y de Shavuot.

Y así caminaba, de ruina en ruina. La desnudez yacía expuesta hasta el tuétano de los huesos. Pero justo ahí, entre aquellos restos erectos, se me revelaron los judíos como nunca los había visto antes: como los servidores ocultos de Dios.

Solo aquí me atreví a pedir que me dejaran unirme a esa tribu oculta. Aceptadme, pedí. No sabía si merecería que me concedieran esa gracia. No tenía a nadie en el mundo más que a vosotros. No pedía ningún favor especial, ni para aquí ni para el reino de la verdad, solo vuestra proximidad. Desde que os conocí os he amado. Os amo como sois. No me molesta ninguno de vuestros gestos, ninguno de vuestros movimientos. Amo vuestro caminar como es, sin cambiar nada. Puedo cocinar, coser, limpiar el patio, traer la compra del mercado. Ya no soy joven, pero puedo hacer todo ese trabajo. Ya me conocéis.

Tiempo después, llegaron los días fríos, y lloré mucho. Los niños subían a las colinas y gritaban: «¡Ahí está el monstruo!». Mi deseo de perseguirlos era feroz, pero sabía que las piernas no me llevarían.

Un día, a última hora de la tarde, mientras estaba aún sentada recitando salmos, vi a un joven espíandome a través de la ventana. No dudé, y con un solo movimiento del brazo le agarré y le dije: «¿Qué te pasa, mal bicho?». Tenía el rostro pequeño, como el de un pastor, y la inocencia le cubría los labios.

—No tengo la culpa de nada —dijo, agitándose entre mis manos.

—¿Por qué gritaste «monstruo»?

—Todo el mundo lo estaba gritando.

—De ahora en adelante, mejor que yo no oiga esa palabra —dije, arrojándole fuera.

El chico se quedó un instante en el sitio, sorprendido de haberse escapado con tan liviano castigo. Aquella semana, llegaron las fieras lluvias del otoño.

## XXXII

Encontré un lápiz y unas hojas de papel, y aquí estoy, sentada y escribiendo palabras que me iluminen la oscuridad. Escribo *shabes*<sup>[11]</sup> y, como un milagro, esa simple palabra tiene el poder de evocar no solo silencio sino también una melodía. Desde que ya no quedan judíos en el mundo, todas las semanas hago el sabbat para mí misma. Me libero por dentro de todos los malos pensamientos, proclamo un sabbat para el Señor, y paso todo el día envuelta en él como si fuera un manto.

Al finalizar el sabbat, para mi sorpresa, siento una leve tristeza que me va creciendo por dentro, y me doy cuenta de que la reina del sabbat, bajo cuyas alas me he cobijado por un instante, está a punto de irse. La separación es dolorosa y salgo a mirar como cambian de guardia en el cielo; la suave luz se pierde en la oscuridad.

Ahora escribo *shvues*<sup>[12]</sup>, y de inmediato me llega a la nariz un aroma de plantas verdes y productos lácteos. En Shavuot, se dejan abiertas las puertas de las casas, y el aire tibio fluye por el interior. En Shavuot fue dada la Torá desde el cielo, y Rosa lleva un vestido de flores, que solo se pone en Shavuot.

Ahora escribo *tishebov*<sup>[13]</sup>. Este era el día más triste de todos. Las personas huían unos de otros, como si los persiguiera el ángel de la muerte. Benjamin no hablaba con nadie, tenía el rostro sellado, y Rosa se acurrucaba en el suelo y leía los cantos fúnebres en voz alta. Esta es una destrucción sin fin, una falta que no podrá enmendarse; solo podrá venir a repararla el Mesías. Y ahora anoto: *rosheshone*, y *yonkiper*, y *suques*, y *januke*, y *purim*, y *tubisbas*, y *peisaj*<sup>[14]</sup>, y así una tras otra y tras otra. Escribo y las diversas luces se amalgaman convirtiéndose en palabras, para que las palabras se enciendan en mi recuerdo. Ahora ya no quedan judíos en el mundo, pero un poco de ellos se halla enterrado en mi memoria, y tengo miedo de que esa pequeña parte se pierda. Mi memoria se está debilitando, así que no dejo de escribir: *tref*, *turne*, *orel*, velas de sabbat, velas de *yonkiper*, *nile*, *jaroses*, *tkin-jatzes*, *slijes*, *sbabesnajmu*, *sude-mafsek*<sup>[15]</sup>. Anoto las palabras con letras grandes, comprimiendo mucha vida en palabras, porque tengo miedo de mi memoria. Aquí, en este desierto verde, uno puede perder la memoria con facilidad. Luché contra el olvido durante largos años, y ahora siento que ya no podré vencerle, así que sigo escribiendo.

Por la noche, los niños volvían de la escuela, a la que llamaban *jéder*. Llevaban en la mano unas linternitas, y parecían ángeles en la nieve blanca. Ahora, yo les quitaba los abrigo y allá que se iban. Su padre solía preguntarles algo de la Biblia, y yo no entendía ni una palabra. ¿Qué dice Rashí?, preguntaba el padre, y Abraham le daba una respuesta larga y, al parecer, clara; el padre se sentía complacido, pero no dejaba ver que estaba contento con facilidad.

Luego oía a los niños recitar la *Shemá*<sup>[16]</sup> antes de irse a dormir. Esa plegaria traía

a la casa una especie de luz nueva. En aquellos años, que Dios me perdone, yo no veía la luz que me rodeaba. Mi cuerpo era todo confusión, y yo estaba inmersa en mi interior, sin salida. Ahora todo está lejos, olvidado. Aquí la verde frondosidad es dura y espesa, así que, para no resbalar hacia los abismos del vacío, escribo: *simjestoyre*, banderitas de *hacofes*<sup>[17]</sup> con manzanas rojas en el extremo del palo. Unos perros grandes ladran a mi alrededor, pero los chicos agitan sus banderas y proclaman: «No hay perros, ni lobos».

«Venid, niños, es hora de volver a casa». Oigo la voz de Rosa. Cuesta sacar a los chicos de la celebración, pero Rosa les lleva a la fuerza, riñéndoles y dándole una bofetada a Abraham. Ahora no estoy segura de si realmente todo sucedió así y los perros ladraban de verdad, de si era Simjat Torá o el día antes de que mataran a Rosa. Rosa tenía buenas manos, y pegaba fuerte a los niños. Me da mucha pena que pegara a los niños la noche antes de que la mataran. Uno no olvida los golpes: se nos quedan marcados en la piel.

Tras el asesinato de Benjamin, sentí por primera vez que me temblaban los dedos. Siempre tuve una especie de temblor en los dedos, pero entonces entendí por primera vez que era un temblor que tenía fuerza. Después de que asesinaran a Benjamin, le dije a Rosa: «Deberíamos matar al asesino». Rosa me oyó, pero no contestó, y también yo tenía miedo de hablar. Cuando mataron a Rosa, quise salir por los pueblos en busca del asesino. Ahora ya no hay víctimas en el mundo, solo asesinos. Ahora cierro los ojos y reposo la cabeza contra la pared.

Veo las velas de Yom Kippur. Rosa solía hacer las velas de Yom Kippur con sus propias manos. Compraba la cera de abeja a judíos de las montañas. Preparaba todo con gran cuidado y en silencio. Qué vida tan simple, tan completa. La gente inocente es la única que no tiene miedo de los asesinos; cualquiera que haya nacido en un pueblo sabe que los asesinos acechan en sus cubiles. Más de una vez quise gritar «huid de este lugar malvado». Pero, en el fondo de mi corazón, sabía que no me iban a escuchar. Yo tenía sentidos de campesina, y sabía que el asesino no perdonaría a mujeres ni a niños. Debería haberlo dicho, debería haber gritado, debería habérmelos llevado a un pueblo y enseñarles cómo actúa un asesino. Yo, Dios me perdone, no supe qué decir ni cómo decirlo. Y ciertamente me temblaban las manos, pero no sabía qué querían decirme.

## XXXIII

Pasada la Semana Santa, como ya he mencionado, volví a mi aldea natal, a la granja de mi padre, pequeña y ruinoso, en la que no queda en pie construcción alguna excepto esta cabaña en la que vivo. Pero tiene una ventana, abierta de par en par, que deja entrar todo el ancho mundo. Mis ojos, a decir verdad, ya no son lo que eran, pero aún late en ellos el deseo de ver. A mediodía, cuando más potente es la luz, frente a mí se extiende un paisaje abierto que llega hasta los márgenes del Prut, que en esta época tiene el agua de color azul y vibra esplendoroso.

Dejé atrás este lugar hace más de sesenta años —hace sesenta y tres años, para ser exactos—, pero no ha cambiado mucho. La vegetación, esa verde eternidad que envuelve estos montes, conserva su verdor. Si los ojos no me engañan, está todavía más verde. Algunos árboles de mi lejana infancia siguen en pie, con hojas brotando, y las colinas tienen aún ese movimiento encantador, como de olas. Todo sigue en su sitio, menos la gente. Se han ido todos, y ya no están.

Por la mañana temprano, aparto las envolturas que oscurecen los largos años y los examino, observándolos en silencio, cara a cara, como dicen las Escrituras.

Las noches de verano en esta época son largas y espléndidas; en el lago se reflejan no solo los robles, sino hasta los humildes juncos que se nutren de sus aguas claras. Siempre me ha gustado este lago humilde, pero especialmente durante esas brillantes noches de verano, cuando se difumina la línea que separa tierra y cielo y todo el cosmos queda bañado de luz celestial. Los años que pasé en tierra extraña me distanciaron de estas maravillas y me las borraron de la memoria, pero parece que no del corazón.

Ahora sé que esta luz es lo que me hizo volver. ¡Qué pureza, Dios mío! A veces siento el deseo de extender la mano y tocar la brisa que viene a mi encuentro por el camino, porque en esta época es suave como la seda.

Cuesta dormir en estas brillantes noches de verano; a veces me parece que es pecado dormir en medio de tanto brillo. Ahora entiendo lo que dicen las Sagradas Escrituras: «Él, que extiende los cielos como un tenue velo». La palabra *velo* siempre me sonaba rara, lejana; ahora veo ese velo.

Caminar me resulta muy difícil. Si no tuviera mi ancha ventana, abierta de par en par, que me saca de aquí y me vuelve a traer adentro, estaría encerrada como en la cárcel, pero esta abertura me concede la gracia de dejarme salir con facilidad y vagar por los prados como cuando era joven. A última hora de la tarde, cuando la luz va muriendo en el horizonte, vuelvo a mi jaula, saciada mi hambre y aplacada mi sed, y cierro los ojos. Entonces me encuentro con otros rostros, unos rostros que veo por primera vez.

Los domingos, reúno todas mis fuerzas y bajo hasta la capilla. La distancia entre

la capilla y mi cabaña no es grande, un cuarto de hora a pie. De joven, yo salvaba esa distancia de un salto. En aquella época toda mi vida era como una única bocanada de aire, pero hoy, aunque cada paso me duele, ese paseo aún me resulta precioso. Las piedras me despiertan el recuerdo, más bien el recuerdo anterior al recuerdo, y veo no solo a mi madre que en paz descansa, sino a todos los que alguna vez anduvieron por este camino, todos los que cayeron de rodillas, lloraron y rezaron. No sé por qué, ahora me parece que siempre llevaban abrigo de pieles. Será por un campesino anónimo que una vez vino aquí en secreto, rezó, y luego se quitó la vida. Sus gritos me perforaron las sienes.

La capilla es antigua y desvencijada, aunque tiene encanto en su sencillez. Los puntales de madera que instaló mi padre todavía la sostienen. Mi padre no era muy mirado con el culto, pero creía que era su obligación cuidar de nuestro pequeño santuario. Recuerdo, aunque como en penumbra, las vigas que trajo a hombros, gruesos troncos, y cómo los clavó en la tierra con un enorme mazo de madera. Por entonces mi padre me parecía un gigante, y su trabajo era el trabajo de los gigantes. Y esas vigas, aunque ahora están podridas, siguen bien arraigadas al suelo. Los objetos inanimados tienen larga vida; solo el hombre es arrancado antes de tiempo.

¿Quién iba a pensar que yo volvería? Yo había borrado este primer seno familiar de mi memoria como un animal, pero la memoria de una persona es más fuerte que ella misma. Lo que el deseo no hace, se hace por necesidad, y la necesidad llega a ser, al cabo, deseo. No lamento haber vuelto. Al parecer, estaba de Dios.

En el banco que hay a la entrada de la ermita me quedo sentada una o dos horas. Aquí el silencio es muy grande, quizá gracias al valle que rodea el lugar. Cuando era pequeña correteaba detrás de las vacas y las cabras por estos senderos. Qué ciega y maravillosa era entonces mi vida. Yo era como uno de esos animales a los que guiaba, fuerte como ellos, y como ellos muda. De esos años no queda visible rastro alguno, solo yo, los años que se han ido acumulando en mí, y mi vejez.

La vejez le acerca a uno a sí mismo y a los muertos. Los muertos bienamados nos acercan a Dios.

En este valle oí una voz que me hablaba desde las alturas por primera vez; de hecho, fue en una de las laderas más bajas de este mismo valle, donde se abre y se expande en una pradera llana. La recuerdo con gran claridad. Yo tenía siete años, y oí de repente una voz, que no era la de mi padre ni la de mi madre, una voz que me decía: «No tengas miedo, hija mía. Encontrarás la vaca que se ha perdido». Era una voz muy segura, tan calma que me quitó todo el miedo del corazón en un segundo. Me quedé sentada, sin moverme, mirando. La oscuridad era cada vez más densa. No se oía sonido alguno, y de repente la vaca salió de lo oscuro y vino hacia mí. Desde entonces, siempre que oigo la palabra *salvación* veo esa vaca parda que había perdido y que volvió a mí. Aquella voz se dirigió a mí solo una vez, nunca más. No se lo

conté a nadie; guardé el secreto en mi corazón y me regocijaba en él. Por aquella época yo tenía miedo de todo; de hecho, fui presa del miedo durante muchos años y solo me libré de él cuando llegué a cierta edad. Si hubiera rezado, las oraciones me habrían enseñado a no tener miedo. Pero mi destino se determinó de otra manera, si se puede decir así. Aprendí la lección años más tarde, inmersa en muchas experiencias.

Cuando era joven, no sentía inclinación alguna ni a la oración ni a las Sagradas Escrituras. Lo que decían las oraciones que recitaba me sonaba ajeno; iba a la iglesia solo porque mi madre me obligaba. A los doce años, tenía visiones obscenas en mitad de las plegarias, unas visiones que me oscurecían enormemente el espíritu. Un domingo tras otro fingía estar enferma y, por mucho que mi madre me pegara, no servía de nada. Tenía tanto miedo a la iglesia como al médico del pueblo.

Sin embargo, gracias a Dios, no me aparté del todo de los manantiales de la fe. En mi vida ha habido momentos en que me olvidé de mí misma, en los que caí a lo más bajo, en los que perdí hasta la imagen de Dios, pero, incluso en esas épocas, era capaz de ponerme de rodillas y rezar. Señor, recuerda esos momentos, porque muchos han sido mis pecados y solo Tú, en Tu inmensa misericordia, conoces el alma de Tu sierva.

Ahora, como dice el dicho, las aguas han vuelto a su cauce, el círculo se ha cerrado, y yo estoy aquí otra vez. Qué pena que a los muertos no se les permita hablar; tienen cosas que contar, estoy segura. Pero los días son largos y espléndidos, y paseo a placer. Mientras mi ventana esté abierta y mis ojos despiertos, la soledad no me pesa en el alma.

*Fin*



*1 diciembre 2012*



AHARON APPELFELD, Nació en 1932 en la región de Bukovina, hoy parte de Ucrania, en una familia judía asimilada de lengua alemana. Cuando el ejército nazi ocupa su ciudad es recluido con sus padres en el gueto. Su madre es asesinada y él es deportado con su padre. En otoño de 1942 se evade del campo de Transnitria y sobrevive solo en el bosque acogido por ladrones y prostitutas. En 1946, huérfano, emigra a Israel donde reside desde entonces y aprende la lengua hebrea en la que ha escrito toda su obra. Autor de más de cuarenta obras de ficción y no ficción, sus libros han merecido los más prestigiosos premios literarios de Israel, Francia, Alemania, Italia o los Estados Unidos.

# Notas

[1] Isaías, 40: 22 <<

[2] Fiesta que conmemora la salida de los judíos de Egipto, tal como se relata en el libro del Éxodo. <<

[3] Impuro; es decir, lo contrario de kasher. <<

[4] Encargado de las circuncisiones, generalmente el rabino o el médico local. <<

[5] Salmo 130, I. <<

[6] Cena y lectura de la primera noche de Pésaj. <<

[7] Plural de goi, gentil. <<

[8] Pan sin levadura. <<

[9] Proverbios, 24: 17. <<

[10] Caja cerrada que se pone en la puerta principal de las casas judías, conteniendo un papel con textos bíblicos. <<

[11] Pronunciación asquenazí de la palabra sabbat. <<

[12] Shvues o Shavuot, fiesta que recuerda la entrega de los Diez Mandamientos. <<

[13] Día que recuerda la destrucción de los templos de Jerusalén. <<

[14] Pronunciación asquenazí de los nombres de las principales fiestas judías: Rosh Hashaná, Yom Kippur, Sucot, Jánuca, Purim, Tu Bishvat, Pésaj. <<

[15] Turne o tamé, impuro; orel o arel, no circuncidado; nile o neilá, última oración de Yom Kippur (día del Perdón), jaroses o jaroset, composición de frutas y frutos secos con canela y vino que se come en Pésaj; tkin-jatzes o tijun-jaztot, estudio de las Escrituras en la noche de Shavuot; slijes o slijot, oraciones que preceden a Rosh Hashaná, el Año Nuevo judío; shabesnajmu o Shabt najamu, sabbat de la consolación; sude-mafsekes o sehuda mafseket, comida que cierra el ayuno de Yom Kippur. <<

[16] Plegaria que se reza en las oraciones de madrugada y al atardecer. <<

[17] Simjestovre o Simjat Torá, fiesta de la Torá al acabar la lectura anual del Pentateuco, a fines de la festividad de Succot (fiesta de las cabañas). Hacofes o hacafot, rondas que se realizan dentro de la sinagoga con los rollos de la Torá durante esa fiesta. <<